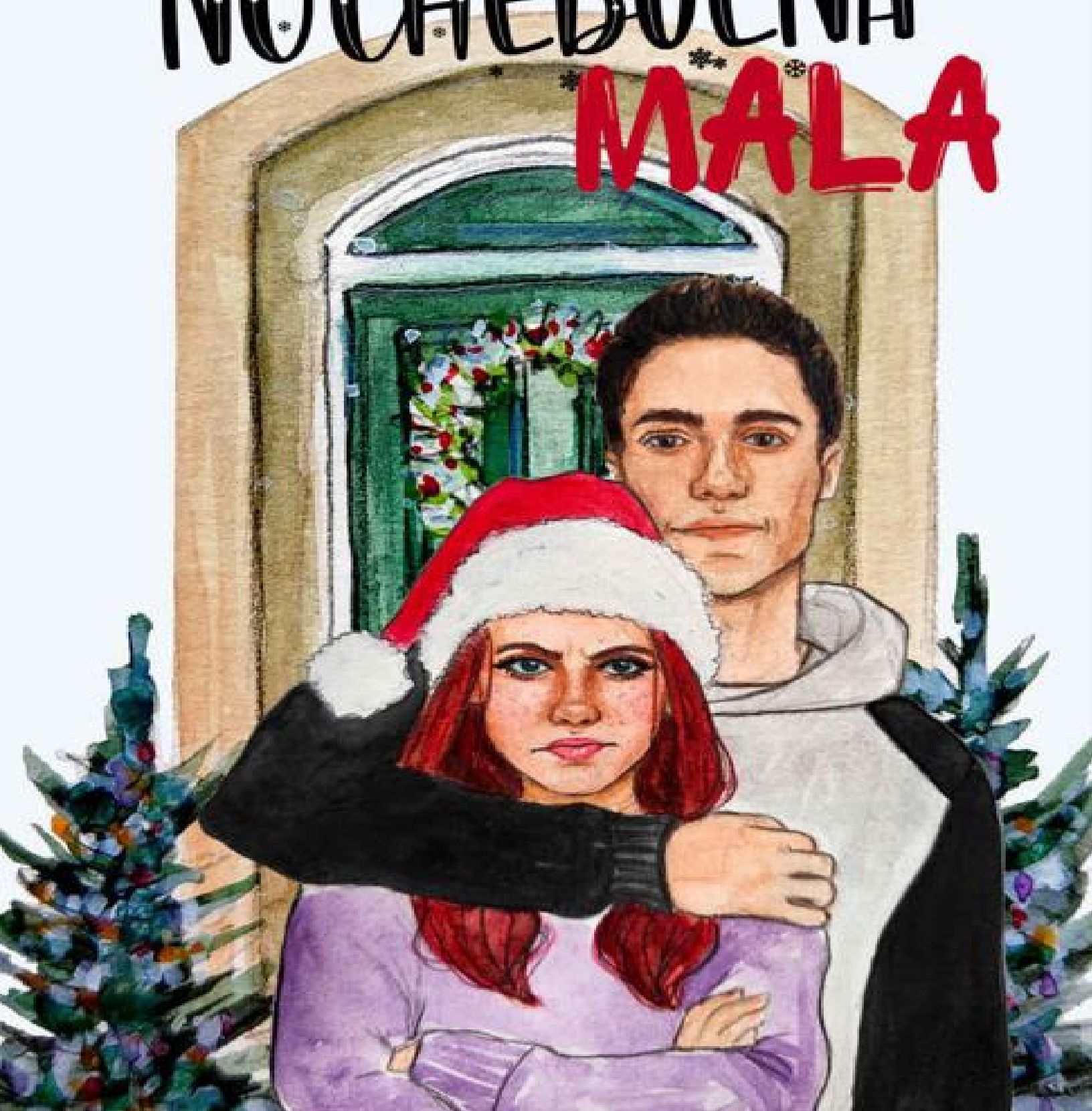


*
FELIZ
* *

LORENA PACHECO

*
NOCHEBUENA
* *

~~NOCHEBUENA~~
MALA



FELIZ

LORENA PACHECO

NOCHERBUENA

MALA

Título: *Feliz Nochemala*

© Lorena Pacheco

1ª edición, noviembre 2023

Imágenes de cubierta: Lorena Pacheco

Diseño de cubierta: Iván Arroyo

ISBN: 9798867267582

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de su autora. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Por muchas *Nochemalas* con los nuestros

PRÓLOGO

1. CLARA

2. SEBAS

3. CLARA

4. SEBAS

5. CLARA

6. SEBAS

7. CLARA

8. SEBAS

9. CLARA

10. SEBAS

11. CLARA

12. SEBAS

13. CLARA

14. SEBAS

15. CLARA

16. SEBAS

17. CLARA

18. SEBAS

19. CLARA

20. SEBAS

21. CLARA

22. SEBAS

23. CLARA

24. SEBAS

25. CLARA

26. SEBAS

27. CLARA

28. SEBAS

29. CLARA

30. SEBAS

31. CLARA

32. SEBAS

33. CLARA

34. SEBAS

35. CLARA

[36. SEBAS](#)

[37. CLARA](#)

[38. SEBAS](#)

[39. CLARA](#)

[40. SEBAS](#)

[41. CLARA](#)

[42. SEBAS](#)

[43. CLARA](#)

[44. SEBAS](#)

[45. CLARA](#)

[46. SEBAS](#)

[47. CLARA](#)

[48. SEBAS](#)

[49. CLARA](#)

[50. SEBAS](#)

[EPÍLOGO. CLARA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)



PRÓLOGO

CLARA

La vibración del móvil sobre la mesilla de noche es suficiente para despertarme. Me cuesta horrores sacar el brazo de debajo del edredón. Frunzo el ceño cuando la luz de la pantalla me da de lleno en la cara. ¿Por qué me está llamando mi madre a las ocho de la mañana de un sábado?

Me incorporo de golpe.

—¿Mamá? ¿Pasa algo? ¿Estáis todos bien? —pregunto con la voz pastosa.

—¡Buenos días, cariño! —canturrea. ¿Cómo se puede tener tanta energía a esas horas?— ¿Te he despertado?

Me escurro de nuevo en la cama y suelto un bufido.

—Pues sí —contesto mientras vuelvo a cerrar los ojos y dejo el teléfono apoyado en el hombro.

—Ay, no me había fijado en la hora —se excusa ella—. Creía que era más tarde.

—Es lo que tiene que te levantes todos los días a las seis de la mañana —gruño—, que pierdes la noción del tiempo. ¿Te pagan por encender las farolas?

Suelta una risotada.

—¡Qué cosas tienes, hija! —Se queda callada un segundo—. Pero yo habría sido perfecta para el trabajo de sereno, ahora que lo dices. Lástima que...

—Mamá, que te lías —la corto—. ¿Para qué me llamabas?

La escucho suspirar, como si tuviera que coger fuerzas.

—Se acerca Nochebuena.

—No.

—¿Cómo que no? Estamos a diecinueve de diciembre.

—Que no voy a ir a casa.

—Cielo, el año pasado ya faltaste y todos te echamos mucho de menos. En especial, el abuelo. Tiene el presentimiento de que estas van a ser sus últimas navidades y le gustaría tanto

disfrutarlas con toda la familia...

—Eso dijo de las nueve anteriores —le recuerdo—. El abuelo siempre se está muriendo. ¿Has llamado para hacerme chantaje emocional? Eso no es muy navideño por tu parte.

—No hay nada más navideño que el chantaje familiar —suelta, sin un atisbo ya de ese inicial tono dulce. Carraspea—. Aunque no sea mi caso.

Suspiro.

—Mamá, tengo mucho que hacer aquí.

—Sé que os han dado unos días de vacaciones, lo he visto en el Instagram de Marc.

Maldigo por lo bajo. ¿Por qué tuve que crearle una cuenta? Y peor aún, ¿por qué me pareció buena idea que Marc aceptara su solicitud?

—Tengo trabajos pendientes y...

—Sebas no va a venir —me corta. Escuchar su nombre todavía me cabrea. Y me jode, porque ya debería resultarme indiferente—. Igual que el año pasado.

Al parecer, él había confirmado su asistencia hasta el mismo día de Nochebuena, pero se echó atrás en el último momento. Imagino que le surgió algo mejor que hacer y con quien hacerlo.

—¿Estás segura?

—Se queda en Madrid hasta enero —sigue informándome—. Tiene que pinchar no sé qué en no sé cuántos sitios.

—Lo único que me importa relacionado con... *ese* es saber que no vamos a compartir techo.

—¿Eso es un sí? ¿Vas a venir?

Me duele notar esa emoción en su voz. La verdad es que echo de menos a mi familia y celebrar estas fiestas con ellos. Mi alternativa para la Nochebuena era comerme un sándwich de queso mientras veía *Solo en casa*.

—Voy a ver si hay vuelos, pero no te prome...

—¡Diana, tu hermana viene en Nochebuena! —grita mi madre al otro lado de la línea—. ¡Ay, cariño, voy a contárselo a tu abuelo!

No puedo evitar sonreír.

—Vale, mamá, voy a seguir durmiendo.

—Sí, sí, por supuesto. Qué contenta estoy, Clara. ¡Qué contenta!

Cuelgo el teléfono con un pellizco en el pecho. Volver a casa puede ser bonito, pero también va a removerme muchas cosas por dentro.

En fin, en algún momento iba a tener que hacerlo. ¿Qué mejor oportunidad que en Navidad?

Al menos sé que él no estará allí.

SEBAS

Me dejo caer sobre el sofá con la chaqueta todavía puesta. Ha sido una noche intensa, pero todo ha salido a la perfección. Voy a celebrarlo durmiendo hasta la hora de comer.

Echo un vistazo al móvil, donde no dejan de llegarme notificaciones. La discoteca y varios de los asistentes me han etiquetado en algunas publicaciones. Sonrío al descubrirme en una de las fotos, particularmente concentrado. Entre las luces y tantos botones, casi puedo imaginar que estoy en una nave espacial. El niño que fui, y que soñaba con ser astronauta, habría estado orgulloso.

Una llamada interrumpe ese pensamiento.

—¿Mamá?

—Buenas noticias, tesoro.

—¿Has conseguido que Leo deje de fumar?

Mi madre chasquea la lengua, exasperada.

—Ya me gustaría. Pero, al parecer, ya no tengo derecho a decirle lo que tiene que hacer porque ha cumplido dieciocho años. ¡Que se lo ha creído! Mientras viva bajo mi techo, le diré lo que me venga en gana.

—A mí también me lo dices.

—¡Porque soy tu madre! Y una madre nunca deja de preocuparse, por mucho que su hijo mayor e independiente viva en Madrid y ya no me necesite.

Sonrío.

—Yo siempre voy a necesitarte, mamá. —Me incorporo en el sofá—. Pero dime, ¿cuáles eran las buenas noticias?

—Clara se queda en Londres a pasar la Navidad.

El corazón me da un golpetazo contra el pecho. Me digo que es por el alivio de esa noticia.

—¿Estás segura? Porque si quiere ir, por mí no hay problema. Podemos turnarnos cada año y...

Mi madre se queda callada unos segundos. Lo tomo como una mala señal.

—¿Me vas a explicar algún día lo que pasó entre vosotros?

—¿Qué quieres que te explique? Salimos un tiempo y rompimos, como cientos de parejas. Fin.

—Pero se os veía tan bien juntos... ¿Qué pudo pasar para llegar a ese extremo? A lo mejor podríais hablar y...

Me froto la cara con cansancio.

—Mamá, no me apetece hablar de Clara, ¿vale? —Temo haber sido demasiado brusco, así que trato de suavizar el tono—. Estoy reventado, necesito dormir un poco. Vamos a dejar el

pasado en el pasado y centrémonos en la rica cena de Nochebuena que vais a preparar.

—¿Entonces contamos contigo? —Vuelvo a notar ilusión en su voz.

—Sí, pero no quiero sorpresas.

—Te digo que Clara no va a venir.

Siento que esas palabras me pesan sobre los hombros, pero me crujo el cuello para ahuyentarlas y me niego a darles importancia.

—Entonces nos vemos en tres días.

—¡Estupendo! Va a ser genial, cielo, ya verás. Como antes.

La escucho parlotear sobre el menú mientras cierro los ojos.

No, nada va a ser como antes. Es imposible si ella no está.



1. CLARA

Mientras veo al Uber alejarse por el camino, me siento tentada de gritarle que vuelva y me saque de allí. Podría llevarme al aeropuerto de nuevo, desde donde llamaría a mi madre para soltarle cualquier mentira sobre aviones que van con retraso o compañías que ofertan más asientos de los que tienen.

Pero me quedo donde estoy, con mi pequeña maleta a los pies y un nudo en el pecho. El sol de esta mañana de diciembre se refleja en el muro de piedra que rodea el chalet, blanco como la nieve, cuyo fulgor amenaza con causarme un desprendimiento de retinas.

La verja está abierta, así que la cruzo sin llamar al timbre. El jardín se ve como siempre, cuidado hasta el detalle. Mi padre tiene el césped tan impoluto, que parece artificial. Distingo el montón de lucecitas que mi madre acostumbra a poner en diciembre en el porche. La mesa alargada, las sillas, el balancín... todo está como la última vez. Entonces, ¿por qué lo siento tan diferente? A lo mejor soy yo la que ha cambiado.

Un Papá Noel de mejillas sonrojadas me sonríe de forma espeluznante desde la mesa, con el culo sobre una vela. Inspiro hondo antes de llamar a la puerta. Con los nervios, me he dejado las llaves en Londres.

—¡Hija! —exclama mi madre al abrir.

Lleva el pelo rubio recogido en un moño y un delantal con abetos pintados en el que se seca las manos antes de lanzarse a por mí.

—Hola, mamá.

Se separa y me observa.

—Qué guapa estás. Aunque un poco más pálida, y eso ya es decir. Se te notan menos las pecas.

—Fíjate, qué raro —suelto con sarcasmo—. La gente no suele broncearse demasiado en Londres y no lo entiendo.

—Anda, pasa, graciosa. ¿Tienes hambre? Acabamos de desayunar, pero ha sobrado de todo.

En cuanto traspaso el umbral de la puerta, me arrolla una ola de recuerdos. La casa está preciosa. Un millón de luces cálidas decoran los muebles y el árbol de Navidad, que este año viste de dorado y marrón. Me llega el olor a chocolate y a churros. Cuando ya estoy dentro del todo, distingo algo más en el ambiente. El perfume dulzón de mi madre. La ramita de romero en la ventana de la cocina. El humo de los puros de mi abuelo.

—¿Dónde está mi nieta favorita?

Sonríó al verlo aparecer.

—Hola, viejo.

Me rodea con sus brazos enclenques y aprieta con fuerza. Al apartarse, sus ojillos me escudriñan tras las gafas.

—Bien, vienes de negro ya. ¿Lista para mi funeral?

—Por supuesto. ¿Ya sabes a qué hora va a venir la parca a por ti? Por arreglarme un poco el pelo.

—Tranquila, tienes tiempo. Creo que a Navidad voy a llegar.

—Estupendo.

Un bufido de mi madre a mi espalda.

—Odio que habléis tan a la ligera de un tema tan serio.

—Vamos, Catalina, un tema tiene la seriedad justa que cada uno quiera darle. Y te guste o no, todos vamos a morir.

—Vaya, veo que el espíritu navideño está por las nubes —comenta Diana, que acaba de bajar las escaleras—. Hola, hermanita.

La abrazo con ganas y acaricio su larguísimo y nuevo pelo rubio.

—Estás muy guapa, Barbie.

—Es la mayoría de edad, que se acerca. ¿No me ves como más madura?

Me río.

—Como una pera en su punto. —Me giro hacia mi madre sin soltar del todo a mi hermana—. ¿Y papá?

—Se ha encerrado con el puzle en la buhardilla —dice con ese tono de estar reuniendo toda la paciencia del mundo.

Sonríó.

—Voy a verlo.

Subo las escaleras mientras recuerdo una de las últimas veces que estuve aquí con un pellizco en el estómago. Alguien a quien he dejado atrás sujetaba entonces mi mano.

Toco a la puerta con los nudillos y, ante el silencio, me atrevo a entrar. Mi padre está con la

nariz pegada a la mesa, farfullando algo sobre el dichoso cielo.

—Papá.

Es mi mano en su hombro lo que le hace percatarse de mi presencia. Da un respingo y se quita las gafas.

—¡Cariño! ¿Cuándo has llegado?

Tira de mí para que me siente en sus rodillas y me da un abrazo.

—Ahora mismo.

—¿Cómo ha ido el viaje?

—Bien. ¿Qué tal el puzle de este año?

Cada diciembre, empieza un puzle imposible que pretende acabar antes de que termine el año. Nunca lo ha conseguido a tiempo.

—Mal. Fatal. Cinco mil piezas y tres mil deben de ser del mismo azul.

Me fijo en la mesa. El puzle no está avanzado ni a la mitad. Y en la tapa de la caja hay un paisaje precioso cuyo protagonista indiscutible es un cielo despejado.

Le quito la pieza que tiene entre los dedos. Durante unos minutos, los dos nos quedamos en silencio, mirando la imagen. Hasta que por fin encuentro el sitio de esa pieza.

—¡Esa es mi chica! —exclama, eufórico, antes de darme un beso en la cabeza—. Siempre has tenido buen ojo para los detalles.

Sonrío y me levanto.

—Voy a deshacer la maleta, pero volveré luego.

—Vale, Clarita. Cuando quieras.

Al llegar a la puerta, ya ha vuelto a inclinarse sobre la mesa con una concentración infinita, como si el mundo fuera de aquella habitación hubiera dejado de existir.

La sonrisa todavía me dura mientras bajo a por mi maleta, pero se me borra de golpe con tres palabras de mi madre.

—Ya están aquí.

«Tranquila, será un poco incómodo volver a verlos, pero él no estará».

Siempre me ha gustado la familia de Sebas. Desde que nuestras madres se hicieron inseparables hace casi una década tras conocerse en pilates, los González y los Martín hemos compartido estas fiestas.

Diana me lanza una mirada de soslayo, pero me esfuerzo en sonreírle para que entienda que no hay nada de lo que preocuparse. Hasta que...

—¿Vienen en dos coches?

Frunzo el ceño. ¿Por qué iban a venir en dos coches tres mujeres, un chaval y un niño? ¿Es que han invitado a alguien más?

Me empieza a palpar el corazón más deprisa. Mi hermana se adelanta y mira por la ventana.

Espero su reacción con la respiración contenida. No me gusta lo que veo en su cara.

—¿Tú sabías esto? —le pregunta a mi madre, pero ella corre hacia la puerta, ignorándola a propósito—. Joder.

Ahora no me gusta lo que percibo en su tono de voz. Mi abuelo me pone una mano en la espalda.

—¿Qué pasa?

—No lo sé, hay dos coches —consigo decir. Tengo la boca seca.

—Leo se acaba de sacar el carnet. Seguro que ha querido...

—No es Leo, abuelo —espetea mi hermana. Se gira hacia mí—. Lo siento, Clara. Te juro que no sabía nada.

Sea lo que sea lo que haya al otro lado de ese cristal, la creo. Porque mi madre sabe que ella me lo habría contado.

Me atrevo por fin a dar unos pasos al frente, lo justo para mirar por la ventana. Veo a las tres mujeres y al niño salir del primer coche y saludar a mi madre. Mis ojos vuelan al segundo, un BMW X1 de color blanco que no reconozco. De la puerta del copiloto sale la versión en miniatura de la persona a la que menos quería ver hoy.

Pero a continuación...

El corazón me da un vuelco. El estómago se me retuerce. Creo que he empezado a sudar. Un pitido me atraviesa los oídos. Me doy de bruces contra el sofá cuando doy unos pasos atrás, aturdida.

Sebas está aquí. Está en mi casa. Está...

Tan guapo como recordaba, el maldito. Con su pelo oscuro recién cortado y unas gafas de sol Rayban apoyadas sobre la punta de su nariz, una de sus armas letales. Se las coloca antes de saludar a mi madre con esa sonrisa de sobrado que conozco tan bien. Él se cree que es Dios y yo creo que es imbécil.

—¿Sabes, abuelo? —comento con los dientes apretados—. Date prisa si quieres ser el primero en morir esta Navidad porque te ha salido competencia.

—Ah, de eso nada. Ese ataúd es mío. —Me acaricia la espalda y susurra a continuación—. Estamos contigo, cariño.

—Voy a matar a mamá —es todo lo que consigo decir antes de que la familia de Sebas entre en casa.



2. SEBAS

Me quedo mirando los columpios del jardín y la piscina. Joder, la piscina. Los recuerdos me asaltan en oleadas. Sabía que venir aquí no me dejaría indiferente, pero no esperaba sentirme así de... ¿triste? No sé cómo llamarlo.

Mi hermano me pone la mano en el hombro.

—Me alegro de que estés aquí, tío. El año pasado se te echó de menos. —Revuelve el pelo de nuestro primo pequeño—. ¿A que sí, enano?

El crío asiente y sonríe, dejando a la vista el hueco de su dentadura.

—Los tres mosqueteros juntos de nuevo, ¿eh? —Estiro la mano al frente y él deja la suya encima enseguida—. ¿Uno para todos?

Carraspeo y miro a Leo, que pone los ojos en blanco, pero coloca su mano sobre la de nuestro primo.

—Y todos para uno —farfulla por lo bajo.

Levantamos las manos a la vez antes de que Raúl salga corriendo hacia el interior de la casa, donde las mujeres de nuestra familia ya se han perdido.

Trago saliva cuando llegamos a la puerta y echo un vistazo a la ventana del primer piso. La que está junto a la copa del árbol que me ayudó a colarme más de una vez en la habitación.

—Al menos, ella no va a estar —comenta mi hermano, que sabe en quién estoy pensando ahora mismo.

Le paso el brazo por los hombros.

—No tienes que preocuparte por mí, colega. Estoy bien.

Sé que no me cree, no del todo, pero asiente.

—Vale, pues vamos.

El corazón me late más fuerte cuando doy un paso adelante y me quedo bajo el marco de la puerta. Qué tontería, solo es una casa. Solo un suelo, paredes y un techo. Ella no está aquí, no

dejo de repetírmelo.

Solo que, en realidad, está por todas partes... Mierda.

Catalina, mi madre y mi tía están enzarzadas en una charla animada. Mi abuela está gruñéndole a Amancio por lo bajo y Raúl se ha enganchado de la mano de Diana, que está más alta y más rubia de lo que la recordaba. No me pasa desapercibida la mirada fría que intercambia con mi hermano. ¿Qué les habrá pasado? Solían parecer el perro y el gato, pero nunca se enfadaban hasta el punto de no saludarse.

—Tranquilos, ya puedo yo con todo —me quejo al entrar. Doy varios pasos mientras trato de no tirar nada con las bolsas y las maletas.

El silencio repentino me obliga a alzar la cabeza. Y las bolsas se me caen a los pies. ¿Qué cojones...? Hay una pelirroja al otro lado de la sala a la que se suponía que no iba a ver aquí.

—Venga, vamos a llevarnos esto —dice mi tía. Cuando se agacha a coger una maleta, susurra para que solo la oiga yo—. Dile algo, idiota.

Todo el mundo se apresura en dejarnos solos. Bueno, excepto Diana y Leo, que nos dan espacio pero se quedan cerca, como nuestros fieles escuderos. Si no estuviera tan alucinado por tener a Clara delante de mí, podría reírme de la situación.

Me humedezco los labios y trago saliva. Necesito aparentar tranquilidad, no puedo permitir que ella me note nervioso. Pero está preciosa. Pensaba que había llegado a idealizarla durante este tiempo, que nadie podía ser tan perfecto en realidad. Está claro que me equivocaba.

Me mira fijamente. Creo que lleva varios segundos sin parpadear. Ni siquiera sé que hacer o decir, pero mis pies se mueven sin pedirme permiso.

«Hazte el despreocupado, Sebas. No le hagas ver lo mucho que te afecta tenerla tan cerca».

Tengo experiencia fingiendo, así que apenas me cuesta unos segundos ponerme la máscara. Me quito las gafas de sol con una lentitud premeditada y le lanzo una de mis sonrisas arrebatadoras.

—Hola, Ginger.

Hacía mucho tiempo que no pronunciaba ese nombre en voz alta. Me atrevo a inclinarme para acercarme a su mejilla, pero su brazo se interpone entre nosotros. Tiene la mano extendida.

—No vuelvas a llamarme así.

La decepción no me pilla por sorpresa, pero escuece. Estoy convencido de que la amargura ha traspasado la puta sonrisa que intento mantener. Sin embargo, cuadro los hombros y asiento.

—Por supuesto —respondo, estrechándole la mano—. ¿Lady Ginger, mejor?

Veo cómo aprieta los dientes. Sé que tiene ganas de cruzarme la cara, pero se contiene y acepta mi mano. Y en el momento en que nuestras pieles se rozan, siento una descarga eléctrica que me sube hasta el cuello. Trago saliva. Por un segundo, me ha parecido que a ella le ha afectado este contacto tanto como a mí.

Estoy a punto de decir algo más, lo que sea, pero se da la vuelta y se aleja a toda prisa. Y yo solo puedo soltar el aire que he estado reteniendo.



3. CLARA

Lanzo la maleta sobre la cama y la abro. Comienzo a sacar ropa indiscriminadamente, con las lágrimas acumulándose en mis ojos. Siento rabia por lo que acaba de pasar y por cómo me siento, porque ya debería tener toda esa mierda superada.

Si se lo cuento a Marta, se va a reír de mí. Ella siempre me ha apoyado mucho, pero no ha dejado de repetirme en todo este tiempo que tenía una conversación pendiente con Sebas.

Mejor no le digo nada hasta que vuelva a Londres. Bastante tengo ya con lo que tengo.

—Toc, toc. —Mi hermana entra en la habitación que compartimos durante la Navidad para dejar espacio a nuestros invitados y se sienta a los pies de su cama—. Si te sirve de algo, has aguantado muy bien el tipo.

Dejo de arrugar el jersey que tengo en las manos y la miro.

—Le ha dado igual verme, Diana. Al muy gilipollas le ha dado completamente igual.

—Te aseguro que no.

—Lo has visto. Me ha vacilado. ¡Si parecía estar a punto de echarse a reír! —Gruño de frustración y le doy una patada a las botas que hay a los pies de mi cama—. Porque todo esto es de lo más gracioso.

La risa que me nace de la garganta parece un graznido. La mano de mi hermana se posa en mi antebrazo.

—Deja de maltratar a tu ropa y mírame.

Respiro hondo e intento tragar el nudo que tengo en la garganta en vano. Miro los ojos color miel de mi hermana y, de forma automática, me desinflo. La rabia da paso a algo mucho más triste y desolador.

—Después de todo lo que pasó entre nosotros, después de lo que hizo...

—Los tíos dan asco.

Suspiro y me siento en la cama.

—Ni siquiera puedo culparlo por haber seguido adelante. Yo lo dejé, yo decidí que se había acabado.

—Tenías una buena razón, ¿no te parece?

—Sí, pero no quiero estar toda la vida guardando este rencor dentro. Es agotador.

—Lo sé.

—Lo llevo mejor cuando estoy a miles de kilómetros de distancia.

Mi hermana me pasa un brazo por los hombros.

—Solo unos días. Y yo estoy aquí, ¿vale?

—Y yo, aunque no sé por cuánto tiempo.

Ambas nos giramos hacia donde proviene esa voz. Mi abuelo ha asomado la cabeza por la puerta. Sonrío.

—Aguanta un poco, por favor —le pido—. Te necesito en mi equipo.

Entra en la habitación. Le dejamos un sitio entre nosotras.

—Supongo que puedo morirme en otro momento.

Diana y yo reímos, pero abrazamos a nuestro abuelo porque, en el fondo, tememos que llegue el momento del que tanto habla.

—Por cierto, Diana, ¿qué te pasa a ti con Leo? —pregunto, recordando de pronto la frialdad con la que se han tratado.

Mi hermana suelta un bufido.

—Que es casi tan idiota como Sebas.

—¿Qué ha hecho?

—Ponerse de su parte. ¿Te parece poco?

—Es su hermano.

—Genial, pero yo soy la tuya. Y estoy en mi derecho de mandarlo a tomar por culo cada vez que intente defenderlo.

Sacudo la cabeza y sonrío. Diana siempre ha tenido carácter. Es leal, obstinada y valiente. A veces, siento que ella cuida más de mí que yo de ella.

—Esta niña podría dominar el mundo si quisiera —suelta nuestro abuelo.

—Tiempo al tiempo. —Mi hermana se pone en pie—. Y ahora... voy a tener una conversación con nuestra querida y traidora madre.

Me levanto también.

—No hagas nada, soy yo la que tiene que hablar con ella.

—Se habrá escondido —sugiere mi abuelo—. Sabe que le va a caer una buena.

Cojo aire y lo expulso despacio.

—Vale, no pasa nada. Sebas está aquí, vamos a pasar las navidades juntos, en familia, y luego cada uno seguirá con su vida. ¿Verdad?

Los dos asienten.

—Pues claro que sí. Somos un montón en esta casa, puedes ignorarlo con facilidad —dice mi abuelo—. Eres una mujer fuerte y valiente que se fue a Londres a empezar de cero y un guaperas no va a cambiar eso.

El hombre nos da un beso en la cabeza a las dos y sale de la habitación. Diana lo sigue, pero antes de cruzar la puerta, se gira una última vez.

—Estás por encima de todo esto, Clara. De sus sonrisas torcidas, sus miraditas con esas estúpidas gafas y sus Ginger con voz ronca.

Escucharlo llamarme así antes me ha removido por dentro. Mi cuerpo ha reconocido su cadencia al hablar, su tono de voz, cada sílaba que me susurraba al oído cuando aún tenía derecho a hacerlo.

—Tienes razón. —Levanto la barbilla y me peino con las manos—. ¿Y sabes qué? Yo también puedo jugar a quién lo ha superado mejor. Voy a demostrarle a todo el mundo que la presencia de Sebas me afecta lo mismo que la de un mosquito insignificante y molesto. Estoy en mi puñetera casa y no pienso salir huyendo.

Diana levanta el puño.

—¡Así se habla, joder!

Estoy ya lanzada. Casi me dan ganas de ir a buscarlo a su habitación y gritárselo a la cara.

—A mí este tío no me va a comer la tostada.

—Ten cuidado, a ver si quiere comerte otra cosa —suelta mi hermana a bocajarro.

—Cállate, burra.

Le tiro un cojín a la cara y rompemos a reír.



4. SEBAS

Mi madre y la de Clara se han atrincherado en la cocina. Fingen estar muy ocupadas con los preparativos para Nochebuena y, además, han puesto la radio bien alta.

Mi tía está preparándole un sándwich a Raúl, que ha salido con Leo al jardín a jugar.

—Bueno, ¿me va a explicar alguien de qué va todo esto?

Catalina se acerca en cuanto me ve y me aprieta las mejillas.

—Qué guapo estás, Sebas. ¿Cómo te va todo?

Alzo las cejas.

—Pues... bien, supongo.

—Qué alegría que hayas podido venir este año.

Escucho una risita a mi derecha y descubro a mi tía mordiendo el labio. Le lanzo una mirada molesta y cojo aire.

—Clara también está aquí —es todo lo que soy capaz de decir.

Mi madre sigue dándonos la espalda, ocupada con un pollo.

—Ah, sí. ¿No es una bonita coincidencia? —comenta Catalina—. Todos reunidos de nuevo.

No sé si es bonita y, desde luego, no estoy nada convencido de que sea una coincidencia.

—Mamá —la llamo para que se dé la vuelta de una vez—, da la cara.

—Estoy ocupada, cariño. Luego hablamos.

Me acerco y le quito el cuchillo de la mano.

—Dime que no sabías lo de Clara.

—¿El qué exactamente?

Suelto un bufido, exasperado.

—¿Recuerdas cuando me aseguraste que se iba a quedar en Londres? —Catalina y ella intercambian una mirada cómplice. Las señalo a las dos—. Un puto complot.

—No digas tacos —se atreve a reñirme—. Y las personas cambian de opinión. Eso es lo que

habrá hecho Clara, ¿verdad, Cata?

—Verdad, Marisa. Clara no pensaba venir, pero... eso, cambió de opinión.

—Y tú no lo has sabido hasta ahora, ¿no? —le espeto a mi madre. Sé que esto es una batalla perdida, que nada de lo que diga puede arreglar la situación.

Se encoge de hombros.

—Sorpresas de la vida, cariño. ¿Qué quieres que te diga?

Mi tía se echa a reír ya sin cortarse.

—Joder, qué mal mientes, hermana.

—¡Lucía, cállate!

—¿Qué son esos gritos?

Genial. Ahora también la abuela.

—Nada, Amparo —contesta Catalina—, estábamos aquí celebrando que su nieto haya vuelto por Navidad, como el turrón.

Mi abuela entrecierra los ojos y las observa.

—Esto apesta a encerrona que tira para atrás.

Abro mucho los ojos y la señalo.

—¿Lo veis? ¡Hasta la abuela se ha dado cuenta!

—Niño, ¿qué quieres decir con «hasta»? ¿Es que crees que soy una tonta que no se entera de nada?

—Yo no he dicho... Joder, estoy en clara desventaja numérica. —Como invocados por mis palabras, Leo y Raúl entran en la cocina para picar algo—. Menos mal, llegan los refuerzos.

—¿Qué pasa? —pregunta mi hermano, cogiendo un puñado de avellanas y llevándoselas a la boca—. ¿Ya han confesado sus crímenes?

—Todo fruto de la casualidad —respondo.

—¿Y te lo has tragado?

—¡Mírales la cara! No me he tragado una mierda.

—¡Ha dicho una palabrota! —suelta el pequeñajo, que ya ha empezado a devorar su sándwich.

Mi tía me da un codazo.

—Córtate un poco.

—Perdón —me apresuro a decir. Me inclino hacia el niño—. Se me ha escapado.

Pero a él parece divertirle mucho haber pillado a su primo mayor cometiendo tal ilegalidad.

Me dejo caer en una silla y suspiro.

—Qué bonito es volver a casa por Navidad.

Mi madre tiene la decencia de acercarse. Se arrodilla delante de mí y me coge la mano.

—Cariño, todo va a ir bien. Sois adultos, podréis convivir bajo el mismo techo unos días.

—No estoy tan seguro.

Su máscara de amabilidad se ve arrastrada por la de frustración.

—¿Qué leches os pasó, Sebastián? ¡No puede ser tan terrible! —Siento todos los ojos de la cocina puestos en mí. Intercambio una mirada con mi hermano que a mi madre no se le escapa—. ¿Tú lo sabes?

Leo se cruza de brazos.

—No soy un chivato.

Catalina chasquea la lengua con fuerza.

—Otro como Diana.

Mi madre me suelta la mano de golpe y se pone en pie para estirarse el delantal.

—Bueno, da igual. Vais a comportaros, ¿me habéis oído? Se acabaron las tonterías ya. Y ahora, todos fuera de la cocina.

Obedecemos sin rechistar. Sé que no voy a obtener nada más ahí dentro. No ahora, al menos.

—No irás a largarte, ¿no? —me pregunta mi tía.

—Claro que no. Él no le daría un disgusto así a su abuela.

—Ni a su primo, que lo adora.

Las miro a las dos y niego con la cabeza.

—Estoy rodeado de una panda de manipuladoras.

Es toda la respuesta que necesitan para entender que voy a quedarme. Son solo unos días, no puede ser para tanto.

—Bueno, y ahora que estamos todos otra vez... —comienza a decir nuestra tía, como si nos tanteara—. ¿Ya sabéis lo que significa, no?

Hace un paso de baile ridículo. Mi hermano y yo nos miramos, horrorizados.

—¡Ni de coña! —suelta él.

Ella nos coge del brazo a cada uno.

—¡Vamos, es justo lo que necesitamos!



5. CLARA

—¿Perdón?

No debo de haber oído bien lo que la tía de Sebas me está diciendo.

—Venga, Clarita, te encantan los Backstreet Boys. ¡No me dejes sola en esto!

—Lucía, sabes que te quiero, pero no me voy a poner a hacer *playbacks* después de...

—¿De que mi sobrino haya aparecido y te haya puesto la vida patas arriba?

Me sacudo una mota de polvo inexistente de la manga.

—Tampoco diría tanto.

—Va, unos chupitos, algo de música... Y esto será pan comido.

—¿He oído chupitos?

Amparo acaba de entrar al salón, donde su hija pequeña me ha interceptado hace un momento.

—Mamá, ayúdame a convencer a Clara de que es una buena idea.

—¿Qué es una buena idea? —La voz de mi abuelo desde arriba de las escaleras. A continuación, unos pasos lentos que indican que también va a unirse a esta conversación.

—El que faltaba... —murmura Amparo.

—Querida, también me alegro de verte —le dice él, que la ha oído perfectamente.

La anciana lo mira con indiferencia.

—¿Aún no te has muerto, vejstorio?

—¿Y perderme la Navidad a tu lado, mi dulce Amparito?

—Llevas años amenazando con irte al otro barrio y aquí sigues, dando por saco.

De repente, se enzarzan en una discusión de quién da más por saco de los dos, con Lucía como mediadora. Cada maldito año igual. Aunque, por una parte, me alegra que desvíen el foco del drama de sus nietos y se centren en el suyo.

Diana baja las escaleras a toda prisa.

—¿Qué es ese escándalo?

Leo aparece por el pasillo.

—Tu abuelo está sacando a mi abuela de quicio —responde.

Mi hermana llega hasta el final de las escaleras y se pone frente a él.

—Claro, porque sabemos que tu abuela es toda amabilidad y cortesía.

—¿Estás llamando borde a mi abuela?

—¿Y tú tocapelotas a mi abuelo?

—Está claro que os viene de familia.

Diana se cruza de brazos.

—No me hagas hablar de lo que te viene a ti de familia, imbé...

—¡Ya vale! —grito yo—. ¿Qué cojones os pasa a todos?

Todo el mundo se calla. Alguien ahoga un grito a mi derecha. Raúl se ha llevado la mano a la boca. Sebas tiene las manos en sus hombros y me mira con los ojos muy abiertos. ¿Cuándo han aparecido?

—¿Qué? —pregunto, aturdida.

—Has dicho una palabrota —me informa mi odiado exnovio.

—¡Oh! —Me agacho hasta quedar a la altura del niño—. Ha sido sin querer, perdóname, Raúl.

—No pasa nada, Clara.

Su manita atrapa la mía y yo sonrío sin poder evitarlo. Este crío siempre consigue calmarme, no sé cómo lo hace. Cuando levanto la cabeza, Sebas también está sonriendo. Carraspea al darse cuenta de que lo miro y se dirige al resto.

—Bueno, ¿se puede saber qué estaba pasando aquí?

Lucía da un paso al frente.

—Todo ha empezado cuando he propuesto retomar cierta tradición de baile.

Sebas pone cara de estreñido.

—¿Aún sigues con eso?

—He estado pensando... —comienza a decir Leo.

—¡Qué novedad! —suelta Diana.

El chico le lanza una mirada de odio y continúa.

—Pues que a mí ya no me parece tan mala idea lo del baile —suelta—. Estáis todos muy tensos.

—¿Estamos? —pregunta mi hermana, incrédula—. ¿Y tú qué?

—Yo solo reacciono cuando me provocan.

—Ah, así que yo te estoy provocando.

El chico la mira de arriba abajo con una sonrisa que conozco muy bien.

—Bueno...

Diana arruga la nariz.

—Cerdo.

—Era broma, rubia. ¿Ves como hay tensión? Necesitamos calmarnos un poco.

—Y ahí es donde entran los Backstreet Boys —añade Lucía, sonriente.

—La verdad es que sería una buena forma de terminar mis últimas navidades —dice mi abuelo.

Amparo pone los ojos en blanco.

—Yo también soy vieja y no estoy todo el rato rogando un poco de atención.

—No te pongas celosa, Amparito —le dice él—. Podemos estirar la pata juntos, en plan tragedia romántica del siglo... no sé cuántos. Sería muy cinematográfico.

—Dios... Qué fantasma eres. La única película que tú podrías protagonizar sería *Casper*.

—Pues yo a ti te veo más en *La Momia*, ahora que lo dices.

—Viejo inútil, te voy a dar yo a ti mo...

—Mamá, por favor. —Lucía se pone en medio de los dos otra vez, con las manos extendidas, como si tuviera que separarlos—. Deberíais dar ejemplo a los más jóvenes.

Todos miramos a Raúl, que se ha puesto a jugar en la alfombra y pasa de todos nosotros.

—Venga, ¿entonces lo hacemos? —sigue Leo—. Yo tengo algunas ideas de TikTok.

Diana suelta una risita por lo bajo.

—¿Sabéis qué? Yo también me apunto, aunque solo sea por ver a este hacer el ridículo.

—Ten cuidado, rubia, que no vas a poder resistirte a mis pasos prohibidos.

Mi hermana se ríe, y esta vez sé que es de verdad.

—Eso ya lo veremos.

El chaval le guiña un ojo y luego nos señala a su hermano y a mí.

—¿A vosotros os parece bien? ¿Clara?

—Pues...

Diana da otro paso hacia él.

—¿Por qué la miras a ella? ¿Es que crees que no ha superado lo del capullo de tu hermano?

—¡Eh! —se queja Sebas.

—Después de su reacción al verlo, está claro que no —sigue Leo, que casi ha juntado su nariz con la de mi hermana.

Ouch. Eso ha dolido. Diana le da con el índice en el pecho.

—Te equivocas, chaval, porque para Clara, tu hermano está muerto y enterrado.

—¿No me digas?

—Pues sí, te digo. De hecho, está saliendo con alguien.

La miro fijamente. ¿Qué está diciendo?

—¿En serio? —Es Sebas el que pregunta ahora. Su cara de incredulidad aviva mi rabia dormida.

—¿Qué pasa? —le suelto—. ¿Tanto te sorprende?

Me dedica media sonrisa y me mira desde los pies a la cabeza de una forma que me seca la boca al instante.

—Claro que no.

¿Qué coño pretende decir? ¿Me está tirando los trastos?

—Todo aclarado, entonces. —Leo se gira hacia él—. Clara tiene novio y tú vía libre para presumir de ligues en Instagram sin temer hacerle daño.

Esa última frase es como un pequeño puñetazo en la boca del estómago. Qué gilipollez, está claro que Dj Sebas no iba a estar precisamente en cuarentena.

Diana lo taladra con la mirada.

—Las tías no somos trofeos, estúpido.

Leo bufa.

—No quería decir eso.

Pero yo me he quedado mirando al hermano mayor, que me observa muy serio.

—¿Y desde cuándo te importa hacerme daño, Sebastián?

Lo veo apretar los puños. Su fachada de rompecorazones insoportable se resquebraja un poco.

—Yo nunca he querido...

Alzo la mano.

—¿Sabes qué? Eso ya da igual. Nuestros hermanos tienen razón. Cada uno hemos hecho nuestra vida. —Me dirijo a Lucía—. Cuenta conmigo para ese *playback*. Puede ser divertido.

O una completa tortura, pero me niego a ser la pobrecita que corta el rollo a los demás. Estoy aquí y pienso bailar, comer polvorones y cantar putos villancicos como si me fuera la vida en ello.



6. SEBAS

Salgo al jardín en busca de un poco de aire. El ambiente se ha cargado demasiado antes y empezaba a asfixiarme. Rodeo la casa hasta la parte de atrás en busca de un poco de intimidad y me encuentro a mi tía sentada en uno de los columpios. Parece concentrada en algo que tiene entre las manos y un humo delator asciende por su cabeza.

—¿Relajándote un poco?

Suelta el boli de golpe, asustada.

—Joder, sobrino, pareces un ninja.

Le quito el canuto de la boca y le doy una calada.

—¿Qué te tiene tan absorta que no me has escuchado tropezar con la cortacésped de Jesús?

Se recoge el pelo oscuro en un moño que se sujeta con el boli y me muestra el papel sobre el que estaba garabateando hasta hace un momento.

—¿Ya estás con la lista de canciones?

—He pensado que podrías pinchar varias. Hacemos un *mix* y entramos y salimos en escena.

—Nunca he pinchado nada de los Backstreet Boys.

—¿Y tú te llamas Dj? Anda, ven aquí.

Veo que a sus pies tiene dos auriculares blancos. Me coloca uno en la oreja y ella se pone el otro.

—¿Aún sigues colada por Kevin?

—Yo no estoy colada por Kevin Richardson, lo mío es amor verdadero.

—Lo que tú digas, pero es el que menos canta.

—No en mi corazón.

Me echo a reír y le devuelvo la marihuana. Da una larga calada y cierra los ojos.

—¿Cómo estás?

Su pregunta me pilla desprevenido.

—Bien, ¿por qué?

—A mí no me engañas. Ver a Clara te ha afectado, aunque trates de disimularlo. —Al ver que no contesto, continúa—. Está preciosa, ¿verdad?

—Sí.

—¿No vas a contárselo nunca?

Me encojo de hombros.

—¿Qué sentido tendría ahora?

—Quizá podríais volver a ser amigos, como antes.

Me crujo los nudillos. Me esfuerzo por no levantar la vista de ellos.

—No sé.

—¿O es que no te vale solo con ser su amigo?

Alzo las cejas y niego con la cabeza.

—Está superado, tranquila. Yo tengo mi vida y ella también. En Londres, además. ¿Para qué remover el pasado?

Da una larga calada y me mira. Sin decir nada, da a *play* en su móvil. *Shining Star*, de los Backstreet Boys, continúa desde donde la había parado. Sonríe de medio lado y enarca una ceja mientras sus labios se mueven para hacer *playback*.

*You're my shining star
That is what you are
There is no one like you baby*

Me quito el auricular.

—Corta el rollo. Clara no es mi estrella.

—Pues se te ha iluminado la cara al verla.

Bufo, exasperado.

—Por favor...

—Sebas, soy una ferviente defensora de no mirar atrás, pero a veces me parece necesario. Porque los asuntos sin resolver no se quedan en el pasado, te siguen para susurrarte en el silencio de la noche que aún están ahí. Así que, respondiendo a tu pregunta... Solo removería el pasado si creyera en la posibilidad de conseguir un presente mejor.

—Me impresiona lo profunda que te pones cuando vas colocada.

—No voy colocada, y yo siempre soy profunda, atontado. —Me da una colleja. O lo intenta, porque consigo esquivarla—. Anda, ve a pensar en lo que te he dicho y déjame con Kevin.

Vuelve a su lista de canciones y yo me alejo de allí más aturdido por sus palabras que por el humo que nos rodeaba.

¿Debería hablar con Clara? ¿De qué, exactamente? ¿De lo mentiroso que soy? ¿O de lo cobarde? No, ni de coña. Tomé una decisión hace tiempo. Que yo siga pensando en todo aquello no implica que ella también lo haga.

Joder, si hasta que la he visto esta mañana, mi vida era de lo más sencilla. Me encanta mi trabajo, tengo mis líos... nada serio, pero no lo necesito. Hace mucho que asumí que volver a sentir por alguien lo que sentía por Clara sería una misión imposible.

Sentía. En pasado. Porque ya no lo siento. Y me da igual lo que diga la señora de Kevin Richardson. Es mejor dejar el pasado oculto bajo el doble fondo del último cajón. Me gusta que todo sea fácil, sin riesgo a que nadie salga herido.

Solo que en cuanto cruzo la esquina, el pasado está sentado en el balancín de la entrada con un libro entre las manos.

Más presente que nunca.



7. CLARA

Acariciar este libro es una especie de bálsamo. La portada está descolorida y las puntas un poco dobladas. La palabra *Mujercitas* ha perdido gran parte de su color. Pego la nariz a las páginas amarillentas y aspiro. Cierro los ojos y me traslado a otro tiempo en el que las cosas eran mucho más fáciles.

—¿Sigues leyéndolo cada Navidad?

Levanto los párpados de golpe, cohibida, como si me hubieran pillado haciendo algo demasiado íntimo. Sebas me está observando a través de sus gafas de sol. Siempre he creído que las llevaba para presumir, pero quizá también haya cierto deseo de esconderse. Puede que tenga miedo de que su mirada hable más de la cuenta.

O puede que se me esté yendo la cabeza.

—Casi —respondo—. El año pasado no.

—Ah, ya.

Se queda ahí de pie sin decir nada, mirándome. Con su sudadera Vans y sus vaqueros rotos. Joder, ojalá no estuviera tan bueno.

—¿Querías algo? —pregunto, molesta.

—No, solo... ¿Estamos bien?

—¿Perdón?

—Sé que hace mucho que no hablamos, y que no terminamos precisamente siendo amigos, pero... a lo mejor podríamos...

—¿Fingir que no pasó nada?

La verdad, me está costando asimilar que esta situación sea real. ¿Qué coño quiere, que juguemos a las cartas y veamos pelis juntos?

—Un poco de cordialidad navideña no estaría mal, *lady* Ginger.

Un pellizco en el pecho.

—Ya soy cordial.

Se pasa la mano por la nuca.

—Guay, porque... en fin, ha pasado el tiempo. Cada uno tiene su vida. Tú incluso tienes novio. —Me quedo callada—. Porque tienes novio, ¿no?

Frunzo el ceño.

—¿Crees que me inventaría algo así?

—No es lo que he dicho.

—Claro que sí, es justo lo que estás queriendo decir. ¿Para qué iba a mentir al respecto? —Su sonrisa torcida me responde por él—. Crees que quiero darte celos.

—No he dicho...

—Deja de repetir eso —lo corto—. Mira, no es que sea de tu incumbencia, pero estamos juntos desde hace unos meses y nos va de puta madre.

—Me alegro.

—Yo más. Así que ya sabes, puedes presumir de todas las tías a las que te tiras sin cortarte un pelo. Ni siquiera te sigo en Instagram. No tengo tiempo de verte de fiesta en fiesta, campeón.

Eso no es del todo cierto. Bueno, dejé de seguirlo, pero él tiene la cuenta pública, así que... a veces... puede que le pida a Marc echar un vistazo desde la suya.

Se le marca la mandíbula al apretar los dientes.

—Es un alivio, la verdad. No querría que sufrieras más por mi culpa.

No lo aguanto. Quiero ahogarlo en la piscina.

—Descuida, eso no va a pasar.

—Genial.

—Maravilloso. —Finjo que estoy absorta en la lectura otra vez hasta que se da por vencido y se mete en el chalet—. Mierda...

Saco el móvil y voy a llamadas recientes. Me he metido en un fangal y ahora no me queda otra opción que seguir avanzando si no quiero hundirme en él.

—¿Clara?

—Marc, te necesito.

—¿Ya? Nos despedimos ayer.

—Tienes que venir a Valencia mañana.

—Mañana es Nochebuena.

—Lo sé, pero esto es una emergencia. Diana le ha dicho a todo el mundo que tengo novio y ahora...

—¿Por qué ha hecho tu hermana algo así?

—Porque Sebas está aquí.

—¿Sebas? ¿Tu Sebas?

—No es mi Sebas —digo entre dientes.

—Ya me has entendido. ¿Está ahí para... quedarse?

—Eso parece.

—¡No jodas!

—El muy gilipollas sospecha que miento sobre lo de tener pareja.

—Es que mientes.

—Pero él no tiene por qué saberlo.

—Está aquí toda mi familia, tía. No puedo escaquearme de la cena.

—Podrías venir por la mañana, así en plan sorpresa porque me echas muchísimo de menos, y estar de vuelta en Barcelona para la cena. Te pago el tren.

Escucho un suspiro al otro lado de la línea.

—Lo que hay que hacer por amor...



8. SEBAS

Me quito los cascos cuando veo entrar en la habitación a Leo. Echa un vistazo al portátil por encima de mi hombro.

—¿Currando en Navidad?

—La tía quiere que haga una mezcla de los Backstreet Boys para el baile.

—Ya... Sobre eso... Quizá no haya sido mi mejor idea, ¿no?

Alzo una ceja.

—¿Tú qué crees?

Suspira y se sienta a los pies de la cama.

—Joder, es que se mascaba la tensión en el ambiente. Y encima, Diana tocándome los cojones. Me he venido arriba.

—Y nos has arrastrado a todos contigo. Enhorabuena.

—Eh, no creo que una coreografía cutre pueda empeorar las cosas mucho más —se defiende. Luego se deja caer sobre la cama y mira el techo—. ¿Tú cómo lo llevas?

—Ya casi termino.

Se incorpora sobre los codos.

—No me refiero a eso. ¿Y lo del novio de Clara? ¿Es un farol, no?

Aparto la vista.

—No lo sé, pero tampoco me importa.

—Diana lo ha hecho para joderme, estoy seguro. Dios... ¿cómo se ha vuelto tan insoportable?

Le lanzo una mirada de soslayo.

—Está muy guapa, ¿no?

Mi hermano frunce el ceño.

—¿A qué viene eso?

—Solo era un comentario.

—Vale, Clara también está muy guapa —repite con intención de provocarme—. Solo es un comentario.

Sonrío, triunfal.

—Has dicho también, así que...

—Vete a la mierda, tío. No soporto a esa chica. ¿Qué más da que sea preciosa y tenga un culo que...? —Se calla de golpe y estrecha los ojos al ver mi expresión—. A ti tampoco te soporto.

—Sigue diciendo eso, a ver si al final te lo crees.

Se levanta de la cama y se encamina hacia la puerta.

—¿Sabes qué? Espero que lo del novio de Clara no sea un farol.

Cierra la puerta de golpe y yo me quedo con la sonrisa congelada en los labios. Sé que el enfado no le durará demasiado, pero lo que ha dicho me ha revuelto el estómago.

¿Clara tiene novio de verdad? ¿Me ha olvidado por completo? ¿Estará ella recordando el pasado igual que no he dejado de hacer yo desde que estoy aquí?

Me vuelvo a poner los cascos. Hace más de un año que rompimos, y fue por mi culpa. No tengo derecho a sentirme así. A pensar en ella de esta manera. A desear que esté sola.

Y, aun así, no puedo evitarlo.



9. CLARA

El suspiro me dura hasta el final de las escaleras. Mi madre me ha mandado a por Raúl, que, casualmente, está en el cuarto de sus primos. No podía estar el crío en los columpios, qué va. Tenía que estar con Dj Arrogante y su versión adolescente.

Escucho música al otro lado de la puerta. Me acerco a la madera y pego la oreja porque la curiosidad es más grande que el respeto que siento por la intimidad de los que hay dentro.

—Creo que tendríamos que dar un giro justo aquí. Y Raúl quizá una voltereta —escucho que dice Leo.

—Tampoco te flipes con las acrobacias —responde Sebas.

—No, puedo hacerlo —asegura una voz más aguda—. En el cole me han puesto un diez en volteretas.

La risa de Sebas me provoca algo extraño en el estómago. ¿Por qué mi cuerpo recuerda tan bien cada detalle de ese idiota?

—Entonces, adelante. El escenario es tuyo, pequeño Nick.

Así que Raúl va a hacer de Nick Carter, el benjamín del grupo. Tendrá que compartir papel con Diana, que, según me ha dicho, con su nuevo color de pelo no puede hacer de otro.

Recuerdo las actuaciones de otros años mientras les doy algo más de tiempo para ensayar. Lucía, fan del grupo, es la que propuso esta tradición ridícula pero divertida. Las canciones eran bailables, pegadizas, y los *looks* no tenían desperdicio. Los Backstreet Boys son cinco, pero a nosotros eso nunca nos ha frenado. Si tenían que cantar dos Brian, pues cantaban. No íbamos a empezar ahora a ser rigurosos, se suponía que solo queríamos pasarlo bien.

Claro que eso era antes, cuando no había mal rollo en cada esquina de esta casa. Cuando la tensión y el rencor no impregnaban el ambiente. Así que... no sé cómo va a salir este intento de Lucía por limar asperezas.

La puerta de la habitación se abre de golpe y yo ahogo un grito porque no me lo esperaba.

Alguien detiene *I want it that way*. La cabeza de Sebas se asoma por la puerta y me encuentra con la mano en el pecho.

Sus ojos me miran divertidos.

—¿Nos estabas espiando, Ginger?

—Que no me lla...

—¡Clara! —Raúl sale al escuchar mi voz y me coge de la mano para arrastrarme a la habitación—. ¿Vienes a ensayar con nosotros?

Levanto la vista hasta los dos hermanos, que me miran con medias sonrisas idénticas.

—Oh, no, no, venía a decirte que vamos a preparar galletas. ¿Te apuntas?

Su carita se ilumina y me suelta para echar a correr escaleras abajo mientras grita ¡galletas!

Estoy a punto de seguirlo, cuando Leo carraspea y se adelanta.

—Creo que yo también voy a bajar, a ver si pillo algo.

Me lanza una mirada de soslayo y lo escucho bajar los escalones de dos en dos. Estoy justo donde no debería estar: a solas con Sebas en su habitación. Podría largarme sin más, pero me permito echar un vistazo. Mis ojos se quedan clavados en la cama.

—¿Recordando viejos tiempos?

Tiene una sonrisilla de suficiencia en la cara que me provoca ganas de lanzarle algo.

—¿Perdón?

—Vamos, reconócelo, no pasa nada. Yo también te he visualizado un par de veces agarrándote a ese cabecero. Creo que todavía se ven las marcas de cuando...

—Cierra el pico. —Bufo, exasperada. Busco a toda prisa algo que criticar para contener el rubor que se está apoderando de mis mejillas. Le doy una patada a unos calzoncillos que hay en el suelo—. Y recoge esta pocilga.

—Había olvidado lo terriblemente sexy que estás cuando te cabreas.

—¿Estás de coña, no?

Alza las manos.

—Eres tú la que se ha fijado en mis calzoncillos.

—Mira, Sebastián...

—Auch —suelta con el ceño fruncido y la mano en el pecho—. Mi nombre completo. Me duele esa distancia, Ginger.

Tengo ganas de gritarle cosas horribles.

—Sé que solo intentas provocarme y no pienso picar.

—Creo que ya lo has hecho.

Tiene razón. En el fondo, sé que tiene razón. Pero finjo una sonrisa y me aliso el jersey.

—Para nada.

Tengo la impresión de que la sonrisa se le diluye en el rostro y se vuelve... ¿triste?

—Añoraba esto.

—¿Sacarme de quicio?

Niega con la cabeza.

—Ahora en serio, Clara, te veo bien. —Estoy a punto de hablar, pero levanta un dedo—. No me refiero solo a lo de *sexy*, que también. Lo que quiero decir es que... me alegro de que seas feliz.

Entrecierro los ojos.

—¿Dónde está el truco?

Alza las manos.

—Ningún truco, lo juro. Londres tiene suerte de tenerte. —Pasa por mi lado y su colonia me marea por un segundo—. Bueno, ¿vamos a por esas galletas?



10. SEBAS

Debo de ser más débil de lo que creía. Un poco más de tiempo a solas con Clara y le confieso que aún me la machaco en la ducha pensando en ella. He tenido que salir de la habitación a toda prisa porque las ganas de besarla se han apoderado de mí. Pero me odia. Y tiene novio. Y yo tenía una vida de puta madre sin complicaciones hasta esta maldita mañana.

Se encamina hacia la cocina en silencio, así que me dirijo al comedor. Ahora mismo necesito unos minutos alejado de ella.

Me encuentro con su padre en el sofá. Está cambiando los canales de la tele con la mirada perdida.

—¿No te decides, Jesús?

Alza la vista y parpadea varias veces, como si acabara de salir de un trance.

—Ah, Sebas, no te había oído. —Suelta el mando—. Solo he bajado porque Catalina me ha echado la bronca por encerrarme con el puzle. Se supone que estas fiestas son para estar con la familia.

Me rio.

—Ya, pero no te lo puedes quitar de la cabeza.

—Te prometo que lo he intentado —se excusa—, pero... es superior a mí. —Cierra los ojos un momento y se lleva los dedos a las sienes—. Veo las piezas en la cabeza. ¿Alguna vez te ha pasado?

—¿Obsesionarme con algo que me persigue día y noche? —Sin querer, mi cabeza se gira hacia la cocina un segundo—. Sí, la verdad es que sí.

—¿Y qué has hecho?

Me encojo de hombros.

—Si depende de mí solucionarlo, voy hasta el final. Pero si no... Bueno, no me queda otra que joderme.

El hombre asiente.

—Está claro. Rendirme no es una opción. —Me da una palmada en el muslo y se levanta—. Gracias, Sebas.

—No hay de qué. Suerte.

Se gira un último momento antes de subir la escalera y sonríe con complicidad.

—Suerte a ti también.

¿Por qué me parece que se ha referido a algo concreto?

El caos que proviene de la cocina me hace levantarme del sofá. Aunque Clara esté allí, es fácil distraerme con otra cosa. Por ejemplo, con la cara de Raúl llena de masa o Diana echándole la bronca a mi hermano por llevarse a la boca un puñado de pepitas de chocolate.

—¿Quieres dejar de comerte los ingredientes, idiota? ¡Dame esa bolsa!

Leo mastica con la boca abierta y luego le enseña los dientes manchados de chocolate en una amplia sonrisa.

—Ven a por ella, Barbie.

—¡Chicos, ya vale! —suelta mi madre, que está guardando unos vasos en el armario—. Clara, Sebas, ¿queréis llevaros a vuestros hermanos de aquí?

La pelirroja y yo nos miramos, pero apartamos la vista deprisa.

—Déjalos, Marisa. ¡Cómo echaba de menos este jaleo en casa!

—Cata, van a romper algo.

—Que nadie toque mis galletas especiales —suelta mi tía, que acaba de guardarlas en la nevera.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo que especiales?

Ella hace un ademán con la mano.

—Ya sabes, avena, eritritol...

—¿Eritri... qué?

—Un endulzante —responde Clara.

—Lady Ginger lo sabe, *of course*. ¿Es lo que le echáis en Inglaterra al té?

Sí, estoy siendo un capullo, pero es mejor así. Volver a la zona de confort de enemigos naturales. No puedo bajar la guardia porque ella no va a dejar de odiarme y yo puedo empezar el nuevo año escaldado.

—Creía que le echarían un poco de *whisky* —suelta Leo.

—Eso es el café y es en Irlanda, cateto —contraataca Diana. Ha aprovechado un descuido de mi hermano para arrebatarme las pepitas de chocolate—. ¡Ajá!

Se lleva varias a la boca y sonríe, triunfal. Cuando se humedece los labios para limpiarse los restos, veo que mi hermano ya no se ríe. Traga saliva y baja la vista. ¿Qué ha sido eso?

—Todas tuyas —le espeta—. Yo me las comeré en las galletas.

—Típico —gruñe ella—. Tú no muevas un dedo, ya te las llevamos a la mesa.

—Qué bien huelen ¿verdad? —comenta Catalina. Está claro que por cambiar de tema.

—No como el patriarcado, que apesta —sigue Diana. Veo a Clara torcer una sonrisa. Joder, qué guapa es, me cago en todo—. Las mujeres a la cocina y los hombres al salón, a esperar que les pongan un puñetero plato delante.

—Yo soy un hombre.

Todos nos giramos hacia esa vocecita aguda. Raúl ha puesto los brazos en jarra y mira muy serio a Diana. Está de lo más gracioso con los trozos de masa todavía en la cara.

La chica le pasa un brazo por los hombros y le da un beso en la cabeza.

—Tienes razón, cielo, perdona. Y eres el único que vale la pena en esta cocina.



11. CLARA

—Claro que sí, cariño, esta tarde vamos a recogerte —dice mi madre al teléfono—. No, no te preocupes, no es ninguna molestia. Vale, un besito.

—¿Quién es? —pregunto.

—Tu primo Carlos. Vuelve a casa por Navidad, pero a sus padres les han cancelado el vuelo. No llegan hasta el veinticinco por la tarde, así que le he invitado a que se quede con nosotros.

—Ah, genial.

Carlos y yo tenemos la misma edad y siempre nos hemos llevado muy bien. De hecho, solemos mantener un contacto más o menos frecuente, aunque hace más de una semana que no hablamos.

—¿Puedes ir a por él a la estación? Llega a las siete.

—¿Quién llega a las siete? —pregunta Sebas, que acaba de aparecer en el salón. Me mira con una ceja levantada—. ¿Tu novio?

Le lanzo una mirada de odio profundo.

—No.

Asiente.

—Claro, debe de estar muy ocupado en su trabajo de mentira.

Tengo que respirar hondo para no mandarlo a la mierda. Por suerte, es mi madre quien se me adelanta.

—Es Carlos.

—¿Tu primo? —me pregunta—. Me cae bien.

—Pues tú a él no.

—Ah, le has contado lo malo que soy y está en el equipo Ginger.

—Efectivamente. —Cojo las llaves del cuenco del recibidor—. Creo que voy a ir tirando, quiero darme una vuelta por el centro.

—Yo podría llevarte.

Miro a Sebas con la nariz arrugada.

—No, gracias.

—De todas formas, quería llevar a Raúl a ver el árbol de la plaza del Ayuntamiento.

Me cruzo de brazos.

—¿Justo ahora? Qué casualidad.

Me enseña sus dientes blancos en una sonrisa perfecta y tintinea las llaves del BMW.

—Qué suerte la tuya. —Da unos pasos hacia el pasillo—. ¡Raúl, nos vamos a ver el árbol!

Chasqueo la lengua.

—No he dicho que yo...

—¡Vale! —exclama el niño, que entra corriendo desde el jardín—. ¿Clara también viene?

Me quedo plantada sin saber qué decir. Por supuesto, su primo mayor siempre tiene algo que aportar.

—Se lo está pensando. Creo que prefiere ir sola.

Imbécil. ¿Cómo le dice eso al niño?

—No es por ti, Raúl —le explico antes de lanzarle una mirada de odio profundo a Sebas.

El pequeño se acerca a mí y susurra para que no lo oiga nadie más, pero falla estrepitosamente.

—¿Te cae mal mi primo porque fuisteis novios y ahora ya no?

Por una vez, busco a Sebas con la mirada esperando que me ayude con esto.

—Qué va, colega. Clara y yo ya hemos superado todo eso y ahora somos grandes amigos otra vez, ¿a que sí?

—Tampoco diría tanto —murmuro entre dientes.

—Entonces te vienes, ¿no? —insiste Raúl.

Suspiro, derrotada, y cojo el abrigo.

—Eso parece.

La media hora que estamos en el coche se hace mucho menos incómoda con el niño presente. El BMW de Sebas es precioso, con un interior amplio en color negro. Lleva puestas las puñeteras gafas de sol y el ceño fruncido mientras su mano izquierda se desliza por el volante. Ha dejado apoyada la derecha en el cambio de marchas, cerca de mi pierna.

Siempre me ha parecido muy *sexy* cuando conduce y, por desgracia para mí, eso no ha cambiado.

—Entonces... ¿podrías diseñar mesas y que se vendieran en Ikea? —me pregunta Raúl.

Le he explicado, a grandes rasgos, en qué consiste el máster de Diseño de Producto que estoy

estudiando y eso le ha generado más preguntas.

—Pues... técnicamente, sí, supongo. Si Ikea quisiera mis diseños.

—La madre de mi amigo David trabaja en Ikea. A lo mejor podría hacer algo.

—Vaya, tienes contactos.

El niño se queda callado un momento. Giro el cuello para mirarlo entre los asientos.

—Y también tengo algunas ideas —dice de repente.

—¿En serio?

—Podría compartirlas contigo, solo te pediría que me dejaras ponerle el nombre a los muebles.

Escucho una risa baja a mi lado y giro un poco el cuello. Sebas está sonriendo sin perder la vista de la carretera.

—Me parece muy razonable —respondo a Raúl—. Tendremos que concertar una reunión un día de estos.

—Buscaré un hueco en mi agenda del cole. Los martes por la tarde no tengo judo ni inglés.

Extiendo la mano.

—Perfecto. Los martes me van bien.

Él me la estrecha y sonrío antes de volver a mirar por la ventana.

—Llama a mamá y ella me dará el recado.

No le alboroto el pelo porque no quiero que piense que no lo tomo en serio, pero es que es adorable.

Sebas me da un pequeño codazo.

—Ya tienes socio, Ginger.

No puedo evitar que se me escape una sonrisa.



12. SEBAS

Me gusta Madrid, pero el sentimiento de volver a pisar Valencia es diferente. Sobre todo por la compañía, no voy a mentir. Porque el año pasado me dolía solo imaginarme recorriendo estas calles sin la pelirroja que lleva un rato riéndose a carcajada limpia con Raúl sobre la pista de patinaje.

El edificio del Ayuntamiento preside la plaza, cruzada ahora mismo por un montón de personas que cargan con las bolsas de las últimas compras, aunque en estas fechas comparte protagonismo con el gran árbol de Navidad, que aún luce apagado.

Mi móvil vibra en el bolsillo del vaquero. Me alejo de la pista de patinaje y descuelgo.

—¿Cómo va la reconquista, Casanova?

Suspiro. Mi hermano es un pesado de cojones.

—No va.

—Pues más vale que te des prisa, porque tengo noticias.

Paseo por alrededor de los puestos de flores, sin ningún rumbo fijo.

—¿Qué noticias?

—El novio de Clara viene mañana.

—¿Qué?

—Como lo oyes. He oído a Diana hablar con él por teléfono. Encima es amiguito de su hermana, colega. Vas a tener que espabilar y desplegar todos tus encantos esta noche.

Trago saliva.

—Entonces... ¿es real?

—Sí, así que deja de provocarla con eso porque vas a hacer el puto ridículo. Esa chica te importa todavía, tendrás que elaborar un plan más sofisticado que llamar su atención con gilipolleces.

—Leo, no tengo ningún plan de reconquista y tú no deberías espiar conversaciones ajenas.

—Y una mierda. Dile la verdad y termina ya con toda esta pantomima.

—No voy a decir nada. Y tú tampoco —me apresuro a añadir—. Si Clara está con ese tío, bien por ella. No tiene nada que ver conmigo.

—A veces, me gustaría darte un puñetazo en la cara.

—El sentimiento es mutuo. —Levanto la mano para saludar a Raúl, que me está llamando a gritos—. Tengo que colgar.

—Menudo cagón.

Corto la llamada con ganas de estampar el teléfono contra el suelo. Pero en lugar de dejarme llevar por la decepción y la ira que siento ahora mismo, me pongo la mejor de mis sonrisas y camino hacia la pista de hielo.

—¡Te has perdido la caída de Clara! —exclama Raúl entre risas.

La pelirroja se está frotando el culo y lo mira con un fingido enfado.

—Eh, oye, que no todos tenemos tu destreza, chaval.

—Te voy a invitar a un chocolate.

—¿Eso me curará el culo?

—Mamá dice que vale para todo, así que podemos probar.

Los dos salen de la pista con cuidado. Les ofrezco la mano para ayudarles, pero Clara me evita. Prefiere la barandilla y poner al límite su equilibrio. Suspiro, resignado.

Nos acercamos al árbol y nos sacamos algunas fotos. Raúl nos obliga a posar juntos, pero a través de la pantalla del móvil veo a Clara apartarse para dejar al niño entre medias de los dos.

Echo un vistazo al reloj.

—Tu primo está a punto de llegar. Deberíamos ir hacia la estación.

—¿Y el chocolate? —pregunta Raúl.

—Lo pediremos para llevar —responde Clara—. Podemos coger otro para Carlos, ¿qué me dices?

Nos hacemos con cuatro vasos de cartón humeantes que guardamos en una bolsa y cruzamos la calle Xàtiva hasta la Estación del Norte, un edificio que siempre me ha gustado y que se encuentra pegado a la Plaza de Toros. Coches, bicicletas, patinetes, peatones... Esta zona es una auténtica locura. Clara y yo cogemos al crío de las manos antes de cruzar el largo paso de cebra.

Ya en la entrada de la estación, saco los chocolates de la bolsa y le ofrezco un vaso a Raúl.

—Sopla, que todavía quema —le advierte Clara. Cuando le paso el suyo, hace una mueca con la boca que no se parece en nada a una sonrisa—. Gracias.

—¿Cómo llevas el culo?

—Bien.

Me fijo en esos vaqueros ajustados que le sientan que te cagas.

—Diría que más que bien.

Me señala con el dedo.

—Eh.

Sonrí y sacudo la cabeza.

—Era broma. —Quito la tapa del vaso y doy un pequeño sorbo—. O no.

Me enseña su dedo corazón, gesto que a Raúl parece hacerle gracia, así que la imita.

—Eh, colega, ¿tú de qué parte estás?

—De la de los dos. Me gustaba más cuando estabais juntos.

Nos miramos por encima de los vasos sin decir nada. Clara consulta el reloj.

—El tren ya debería haber...

—¡Clarita!

Carlos lleva un gorro de lana rojo, así que es fácil interceptarlo entre el montón de gente que sale de la estación. Abraza a su prima cuando llega hasta ella, que se ha adelantado para ir a su encuentro. Sin embargo, cuando se aparta y me ve a mí, alza las cejas.

—¿Ese es...? —lo escucho decir.

—No preguntes.

—Creo que tienes que contarme muchas cosas. —Sonríe cuando se acerca a mí.

—Me alegro de verte, Carlos.

—Quisiera decir lo mismo, Sebastián, pero han pasado cosas.

Hace tiempo me llamaba primo. En fin, los tiempos cambian.

—Eh... vale.

—Te voy a dar un medio abrazo, no puedo ofrecerte más.

Me da unos toquitos en la espalda y yo hago lo mismo, ligeramente incómodo.

—Un momento... ¿Este hombrecito es Raúl? —El niño asiente—. ¿Cuántos años tienes ya?

—El mes pasado cumplí cinco.

—¡Cinco! —Carlos le pasa un brazo por los hombros y comienza a andar, arrastrando la pequeña maleta con la otra mano—. ¿Y cómo te trata la vida?

—Bastante bien —responde mi primo con esa naturalidad que lo caracteriza—. Te hemos traído un chocolate de bienvenida.

—Sois los mejores. —Carlos le alborota el pelo y acepta el vaso que le ofrece su prima—. Qué bonito volver a casa por Navidad, ¿verdad, chicos?

Nos lanza una mirada por encima del hombro acompañada de una media sonrisa de lo más significativa.

Clara bufa.

—Una maravilla.



13. CLARA

Todos reciben a Carlos con los brazos abiertos. No es la primera Navidad que se pasa a vernos, aunque casi nunca se ha quedado a dormir. Mi madre le pellizca las mejillas por tercera vez.

—Qué guapo estás con barba, Carlitos. ¿Te has echado novia ya?

Mi primo y yo intercambiamos una mirada. Soy la única que sabe que eso no va a pasar nunca.

—Eh... no, sigo libre como un pajarillo.

—Qué pena, con las ganas que tiene tu madre de verte sentar la cabeza.

—Mamá, déjalo en paz —le pido.

—¿Qué he dicho?

Mi hermana suelta un bufido exasperado.

—Cada maldito año igual. Los jóvenes estamos hartos de los antiguos estándares de la sociedad. Se espera de nosotros que tengamos pareja, hijos y una hipoteca. ¿Cuándo os va a entrar en esa cabeza de *boomers* que no es necesario todo eso para ser feliz?

Todos se han quedado callados en la cocina. Se escucha un carraspeo.

La madre de Sebas se acerca a mi oído.

—¿Qué son *boomers*? —susurra.

Me da la risa.

—Es otra forma de llamaros viejos, mamá —le explica Leo.

Aprovecho el debate que comienza para agarrar del brazo a mi primo y sacarlo de allí.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. Estoy acostumbrado.

—Sé que es cosa tuya y que no le debes nada a nadie, pero algún día tendrás que contarles la verdad. Al menos a tus padres.

—Viven más felices así.

—¿Y tú? ¿Vives más feliz ocultando quién eres?

Su silencio me responde. Le paso una mano por la cintura y lo abrazo. Apoya la barbilla sobre mi cabeza.

—Clarita, no te preocupes tanto por mí, que estoy bien. Tú, en cambio, parece haber viajado al pasado. ¿Cómo lo llevas?

Suspiro sin soltarlo todavía.

—No lo sé.

—¿Quieres que hablemos del tema?

—Prefiero que vayamos a comer.

Salimos al jardín, donde mi padre está empezando a preparar la barbacoa. La madre de Sebas ha sacado un viejo radiocasete que tiene más años que esta casa y ha puesto una cinta con villancicos de fondo. Mi madre, que sale todavía medio discutiendo con Diana, empieza a encender lucecitas en el porche, alrededor de la piscina y básicamente por cada rincón.

Cuando llevamos un rato charlando, bebiendo y picando los aperitivos, Lucía suelta el vaso de golpe sobre la mesa de madera.

—No puedo más. —Todos la miramos—. Hermana, ¿puedes quitar un rato los villancicos? Si escucho otra vez que hacia Belén va una burra, me ahorco con las luces.

—Qué exagerada eres... Un poco de música de fondo siempre viene bien.

—Depende de la música —sigue Lucía—. Sebas, por favor, ¿puedes poner tú algo? Hazlo por la salud mental de tu tía.

El chico se encoge de hombros y se encamina hacia el interior. Carlos se queda mirándolo hasta que desaparece.

—Qué putada, sigue estando tan bueno como siempre —susurra para que solo lo oiga yo.

Le doy un codazo y me rio por lo bajo.

—Con el tiempo, te vuelves inmune.

—Quieres decir como tú, ¿no? —Alza las cejas—. ¡Venga ya!

—Mira, eso da igual... En unos días estaré de vuelta en Londres y esto será solo como una pesadilla.

—Una pesadilla húmeda y caliente y...

—¡Cierra el pico!

Sebas aparece con su portátil y un par de altavoces. Conecta todo y trastea con el ratón hasta que, por fin, los Backstreet Boys empiezan a sonar.

—Para que vayamos practicando —dice al ver que su tía sonrío.

—Un momento... ¿vais a hacer los *playbacks* en Nochebuena? —Carlos parece encantado—. ¡Qué suerte la mía!

Niego con la cabeza.

—Anda, come y calla.

Lucía obliga a bailar a su hermana, que aún parecía un poco ofendida por la pérdida de sus amados villancicos.

Mi abuelo se pone en pie y extiende la mano hacia la abuela de Sebas.

—Amparito, ¿te animas?

—¿A bailar contigo? ¿Esta música?

—Claro, yo soy un Backstreet Old —responde mi abuelo mientras menea los brazos.

Hay una carcajada general, pero a Amparo no parece hacerle ni pizca de gracia.

—Deja de hacer el ridículo, viejo engreído. Te vas a romper algún hueso si sigues moviéndote así.

—La tengo loquita —dice mi abuelo de cara a Leo.

El chaval se lleva los dedos a la boca y silba para animarlo.

—¡Claro que sí, Amancio! ¡Vaya ritmo!

Pero pronto todos estamos de mejor humor, disfrutamos de un rato en familia entre risas, música y buena comida. Incluso mi padre parece estar pasándoselo en grande. Apuesto a que sigue pensando en su puzle, pero mantiene a raya la adicción.

Levanto la cabeza del móvil de Carlos en cuanto distingo las primeras notas de *Incomplete*. Sebas me está mirando desde el otro lado de la mesa. Y, por un momento, es como si no hubiera gente a nuestro alrededor. Como si en ese jardín solo estuviéramos él y yo y... una *boy band* de los noventa cantando mi canción favorita.

*I tried to go on like I never knew you
I'm awake but my world is half asleep
I pray for this heart to be unbroken
But without you all I'm going to be is incomplete*

Un montón de recuerdos se amontonan en mi mente y el nudo de mi garganta se hace más grande. Sebas y sus ojos marrones siguen puestos sobre mí.

Es demasiado para soportarlo.

Me levanto con la excusa de llevarme unos platos vacíos y entro en la cocina. Me aprieto el pecho con la mano y respiro hondo, necesito que mis latidos vuelvan a su ritmo habitual. Miro por la ventana y me doy cuenta de que Sebas ya no está.

—¿Buscas a alguien?

—¡Joder! —exclamo, asustada, dándome la vuelta de golpe. Él está justo ahí, a menos de un metro de mí—. ¿Qué coño haces?

—¿Sigues siendo tu favorita o eso también ha cambiado?

Frunzo el ceño.

—¿De qué hablas?

—La canción.

—¿Y a ti qué más te da?

Da un paso más. Trago saliva. En su rostro esculpido por los dioses no hay ni un atisbo de broma. Se atreve a atrapar un mechón de mi pelo.

—Ginger...

Un susurro ronco. Su nariz casi pegada a la mía. Estoy a punto de cerrar los ojos y abandonarme, pero algo en mi cabeza hace clic. Lo aparto de golpe.

—¿Se puede saber qué pretendes? ¿Crees que porque hayas puesto una estúpida canción voy a caer en tus redes? ¿Crees que puedes jugar conmigo como antes?

—Yo no...

—No vuelvas a acercarte a mí.

Lo dejo en la cocina, rodeado de platos sucios, y me largo a la habitación a toda prisa para que no vea las primeras lágrimas.

Se acabó la fiesta por hoy.



14. SEBAS

Me giro en la cama por enésima vez y me quedo mirando cómo las gotas de lluvia se estampan contra la ventana. Es un sonido que suele relajarme, pero hoy no funciona.

Anoche quería besar a Clara. Si no me hubiera apartado cuando me acerqué a ella, si no hubiera reconocido de nuevo el odio en su mirada, habría dado otro paso adelante a la espera de que cerrara los ojos y me dejara pegar mis labios a los suyos.

Estuve a punto de contarle la verdad, pero... ¿qué pretendía conseguir con eso? ¿Que me perdonara? ¿Que volviera conmigo?

Compartir techo con ella me está afectando más de lo que habría esperado en un principio. Y lo que me contó Leo por teléfono ayer no está ayudando en absoluto.

Clara tiene novio, joder. Y yo no tengo ningún plan para reconquistarla. Aunque tal vez, podría ser sincero. A estas alturas de la vida, lo que más valoraría sería su perdón.

Me levanto para ir al lavabo, pero escucho un ruido en el piso de abajo que me hace dar la vuelta y dirigirme a las escaleras.

—¡Vas a despertar a todo el mundo! —exclama alguien en voz baja.

—¿Quién ha puesto esa mesa ahí?

—Esa mesa siempre ha estado ahí.

—¡No me digas! Pues es monísima.

Me asomo a la cocina y me encuentro a mi madre y a la de Clara con los pelos revueltos y una sonrisilla en la cara.

—¿Qué estáis haciendo?

—¡Sebas, cariño! —Mi madre me abraza—. ¿No es muy temprano para ti?

—Alguien estaba haciendo ruido en la cocina.

—¿Quién? —pregunta Catalina—. No hemos visto a nadie.

—¿Vosotras? —Entrecierro los ojos—. ¿Estáis borrachas?

—¿Cómo te atreves a acusar a tu madre de beber por las mañanas?

Se le traba la lengua y apenas puede abrir los ojos. De pronto, me fijo en el plato de galletas a medio comer que hay en la encimera.

—¿Eso no era de la tía Lucía?

Mi madre se lleva un dedo a los labios.

—No se lo digas. Solo queríamos algo *light* después de la cena de anoche. Por eso hemos cogido las galletas con llevan eri... eritri...

—¡Eritritraun, traun, traun! —canturrea Catalina.

Le aparto el plato.

—Voy a haceros un café.

Las siento en un par de sillas y abro el armario en busca de tazas.

—¿Qué estáis haciendo?

Clara ha entrado en la cocina frotándose los ojos. Cuando me ve, se despierta de golpe. Lleva unas mallas negras que se le ciñen al culo y una camiseta gris.

—Nuestras madres están colocadas.

—¿Qué?

—¡Qué tonterías dices! —suelta Catalina.

—Son las galletas —sigo explicando—. Ya sabes, las... especiales.

Clara se lleva una mano a la boca para aguantar la carcajada.

—Un momento. —Mi madre se pone en pie—. ¿Estamos drogadas por el eritri... *comosellame?*

Muevo la mano a un lado y a otro.

—Más o menos.

—¿Y Mercadona lo sabe?

Clara y yo nos miramos y no podemos evitar echarnos a reír.

—Te ayudaré con ese café —dice ella, que parece de mejor humor que anoche.

Me embarga una calidez mientras se coloca a mi lado y trastea con la cafetera. De repente, esa acción tan cotidiana es todo lo que necesitaba para sentirme mejor.

—Qué buena pareja habéis hecho siempre —dice su madre a nuestra espalda.

Miro por el rabillo del ojo a Clara. Ella sigue concentrada en el café.

—¿Me pasas el azúcar, por favor? —le pregunto, tratando de ignorar a las dos señoras de la mesa.

—Sebas —me llama Catalina. Me giro para mirarla—. ¿A ti aún te importa mi hija?

A Clara se le cae la cucharilla que estaba sujetando. Yo carraspeo y evito mirarla.

—Por supuesto.

—A ella también le importas tú, estoy segura.

—Mamá...

—¿Qué? Solo digo que lo único que no tiene solución en esta vida es la muerte.

—¿Alguien ha hablado de muerte?

Clara bufa.

—El que faltaba.

Su abuelo se sienta en otra de las sillas.

—¿Qué pasa aquí? —Mira a su hija—. Cata, ¿te encuentras bien?

Su nieta se acerca.

—Se han comido unas galletas con marihuana. —Pone las tazas de café en la mesa—. Te dejo al mando, yo no la aguanto.

—¿Dónde está mi móvil? —pregunta su madre de pronto, alarmada—. ¡Lo he perdido!

Su hija suspira, exasperada.

—Yo lo busco. Tú tómate eso.

La sigo a toda prisa cuando sale de la cocina.

—Espera, Clara. ¿Podemos hablar un momento?

—¿De qué? —pregunta sin ni siquiera mirarme. Se ha puesto a rebuscar por los cajones del aparador.

—Quiero pedirte perdón por lo de anoche. No debería...

—Está olvidado.

—¿En serio? Porque yo apenas he podido pegar ojo.

Levanta la vista.

—Anoche no pasó nada, Sebastián. Y no va a pasar nunca, ¿está claro?

Aprieto los dientes.

—Como el agua.

—Genial, ahora déjame que busque el dichoso teléfono.

Suspiro y saco el mío.

—Voy a llamarla a ver si suena.

A los pocos segundos, una melodía nos llega amortiguada desde el sofá. Rebusco entre los cojines y saco el aparato.

—Aquí está. —Echo un vistazo a la pantalla y frunzo el ceño.

—¿Qué pasa?

—No, nada. Hay un mensaje que...

—Dame eso. —Me quita el teléfono y, cuando termina de leer, me mira fijamente—. ¿Quién coño es Manuel y por qué tiene ganas de ver a mi madre?



15. CLARA

—Diana, tenemos que hablar.

Mi hermana está tumbada en su cama. Me mira por encima del libro que está leyendo.

—Parece serio. —Se incorpora y lo deja sobre la mesilla de noche—. ¿Qué pasa?

Le enseño el teléfono de nuestra madre, la conversación con ese tal Manuel. Sus ojos se van abriendo más conforme lee.

—¿Mamá tiene un lío?

Camino de un lado a otro de la habitación, nerviosa.

—No lo sé. Apenas son unos pocos mensajes, y la mayoría son tonterías y memes.

—Ha puesto el emoticono de la carita con corazones para despedirse.

La miro, desesperada.

—¿Crees que eso es muy grave?

—No lo sé.

Me dejo caer sobre la cama.

—Chatea con un hombre, se coloca con unas galletas... ¡Y papá con el dichoso puzle sin enterarse de nada!

—Espera, espera... vuelve a lo de las galletas.

Le cuento a mi hermana lo que ha pasado hace un rato en la cocina. Ella se ríe.

—Joder, habría pagado por ver eso. ¿Han sobrado?

—Diana.

—Vale, vale. Centrémonos en lo importante. Nuestra madre es una adúltera y tu novio de mentira está a punto de llegar.

Me froto la cara con las dos manos.

—No sé cómo me dejé convencer para venir a esta casa de locos.

Mi hermana me pasa un brazo por encima de los hombros.

—Ay, hermanita... ¿qué sería de la vida sin un poco de locura?

El timbre suena, dándome un susto de muerte. Bajo corriendo las escaleras. Sé que es Marc sin necesidad de comprobarlo por la mirilla. Cuando lo veo aparecer con su camisa impecable y esa sonrisa tranquilizadora, me lanzo a sus brazos.

—Gracias por venir. Llegas en el momento justo.

—Eso ya lo veo.

Me aparto y sigo la dirección de su mirada. Carlos está allí, de pie, mirándolo con interés y una sonrisa ladeada.

Pero también están Sebas y Leo, que han acudido al escuchar la puerta.

—Córtate un poco, se supone que estabas deseando verme a mí —mascullo por lo bajo mientras le paso una mano por la cintura y miro a los demás—. Chicos, este es Marc.

—El novio de verdad —añade él al estrechar la mano de Sebas.

No puedo creer que haya dicho eso en voz alta. Por un momento, estoy convencida de que Sebas no va a devolverle el saludo. O que, como mínimo, le va a soltar algún comentario sarcástico.

Pero para nada.

—Un placer conocerte —le dice con un tono de voz tranquilo. Me lanza una mirada rápida y una sonrisa que me resulta algo triste.

—Lo mismo digo —dice Marc. Me atrae hacia él y me da un beso en la mejilla—. Bueno, cielito, ¿qué me he perdido?



16. SEBAS

—¿Qué tal este?

—Es un collar de la abuela.

Mi tía me lo coloca en el cuello y gira la cabeza para observarme.

—Yo creo que sirve. —Rebusca en el joyero—. Tiene pendientes de clip.

—No pienso ponerme eso.

—Pero A.J. lleva pendientes.

—Lleva aros, no esa especie de macarrones dorados. —Me quito el collar de mala gana—.

Prefiero agujerearme las orejas.

Suelta un bufido y se deja caer a los pies de la cama.

—Vale, sin pendientes. Con esa ropa y las gafas de sol, das el pego.

—Tampoco es que vayamos a salir por la tele. Esto es una gilipollez.

Mi tía me mira muy seria.

—Estoy recién divorciada, me he quedado sin coche y tengo que vender mi casa. Esto es lo único que tengo, Sebastián.

Chasqueo la lengua y le doy un beso en la cabeza.

—Vale, lo siento. Me pondré lo que quieras.

Su cara cambia de golpe. Es una manipuladora profesional, como todas las mujeres de mi familia.

Se pone en pie.

—Voy a ver qué tienen pensado Leo y Diana. Clara me ha dicho que ya tenía lo suyo.

—Por supuesto que sí.

El tono de voz me ha delatado. Se me sale la amargura por los poros. Mi tía se vuelve.

—¿Cómo llevas lo del tal Marc?

—Perfectamente.

—Se te nota.

—Lo digo en serio. Me alegro por ella.

—Ya... Bueno, no se queda a cenar.

—¿Y qué?

—Pues que tendrás vía libre para... ya sabes.

—No, no sé.

—¿No vas a intentar arreglar las cosas con ella?

—Ya somos capaces de compartir techo por un periodo corto y limitado. No creo que se pueda conseguir nada más.

Mi tía sonrío y veo la chispa en sus ojos.

—Nunca se sabe, en Navidad pueden ocurrir milagros.

El novio de Clara es real. Tiene unas manos reales con las que acaricia las de ella. También una boca real con la que le he visto ya darle algunos besos.

Pero lo que más me ha jodido es ver la conexión que parecen compartir. Se miran con una confianza infinita, como si se entendieran sin palabras.

Como nosotros solíamos hacerlo.

Marc se ha ganado a todo el mundo. Incluso Jesús ha dejado en *stand by* su puzle para interactuar con el novio de su hija mayor.

—Ay, Marc, ¡qué bonitas las fotos de ayer! —exclama Catalina en aquel momento, cuando ya estamos todos sentados a la mesa, a punto de comer—. Se nota que te llevas muy bien con tu familia.

Él se encoge de hombros.

—Nos toleramos bastante —responde—. No haga caso de todo lo que vea en Instagram.

Le guiña un ojo y Catalina suelta una risita. Yo me esfuerzo por no poner los ojos en blanco.

—Es un detalle que hayas venido a ver a Clara aunque solo sea por unas horas —sigue la mujer, pasándole un plato. Luego mira a su hija—. Eso no lo hace todo el mundo, ¿eh? Tu padre no es capaz ni de bajar de la buhardilla para comer.

—Estoy aquí —suelta Jesús.

Catalina alza las cejas.

—Ah, sí, querido. —Le da unos toquitos en la mano.

Clara frunce el ceño y los mira con preocupación. Estoy seguro de que está pensando en lo que hemos encontrado en el móvil de su madre hace unas horas.

De repente, Marc y Diana parecen estar en medio de una conversación privada de lo más interesante. Hablan entre susurros. Diana suelta una carcajada.

Un bufido a mi derecha. Mi hermano.

—Míralo, si parece que está saliendo con las dos. ¿Es que no tiene bastante con Clara?

Tiene la vista fija en ellos mientras desmenuza un trozo de pan de forma inconsciente. Se lo quito de la mano.

—¿Qué cojones te pasa? —pregunto por lo bajo.

Suelta el pan como si acabara de darse cuenta de que lo estaba destrozando y se sacude las migas de la palma.

—A mí nada, ¿qué me va a pasar?

Enarco una ceja.

—Dímelo tú.

Se acerca para hablar en voz baja mientras los demás siguen hablando y comiendo.

—Pues que este pavo ha venido aquí a deslumbrarlos a todos y a hacerte sombra. ¿Es que te da igual?

No, claro que no me da igual. Pero ¿qué quiere que haga exactamente? ¿Lanzarle la servilleta a la cara? ¿Montar una escenita de celos absurdos?

—Es el novio de Clara.

Mi hermano entrecierra los ojos y sigue observándolo.

—Algo no me cuadra.

—A ti lo que te jode es que se lleve tan bien con Diana.

—Porque es la hermana de tu chica, imbécil. Si se gana a la cuñada, estás jodido.

—Clara no es mi chica. Y parece que ya se ha ganado a Diana. Déjame terminar de comer de una puta vez para que me pueda levantar de este infierno de mesa.

—Tú sabrás lo que haces.

—Pues eso.

Pues eso, que no sé una mierda.



17. CLARA

—Está celoso.

—Me da igual.

—Claro que no. Por eso me has hecho venir.

Pongo los ojos en blanco.

—Marc, te he hecho venir para callarle la boca. Para que viera que tenía lo suyo totalmente superado.

—Y para darle celos —insiste mi amigo. Hemos salido al jardín mientras los demás tomaban café.

—Que no.

De repente, me agarra de la mano a toda prisa.

—Yo también voy a echarte de menos, cariño.

Frunzo el ceño, pero cuando sigo la dirección de su mirada, veo que Sebas está saliendo de la casa, así que finjo una sonrisa idiota para admirar a mi flamante novio de mentira.

Sebas carraspea cuando llega hasta nosotros.

—Siento interrumpir —dice mientras se coloca las gafas de sol y a mí se me seca la boca—. Clara, ¿has podido averiguar algo más de... lo del teléfono?

Desde que Marc está aquí, no me ha vuelto a llamar Ginger.

—¿Te refieres a lo del idilio de Catalina? —responde él en mi lugar. Al ver la expresión de sorpresa en el rostro de Sebas, sonrío—. Clara y yo no tenemos secretos.

Esta vez, se nota a leguas que la sonrisa de mi ex es forzada. No necesito conocerlo bien para darme cuenta.

—Genial. —Me mira—. ¿Y bien?

—Aún no he encontrado el momento. Siempre está con alguien.

—Ha subido al piso de arriba.

—Pues voy a ver.

Lanzo una última mirada a Marc.

—Estaremos bien, Ginger —contesta él con una sonrisa provocadora. Sebas se tensa a su lado, pero Marc le da un codazo amistoso—. ¿Verdad que sí, colega?

Sé que las manos en los bolsillos de Sebas se han convertido en puños.

—Claro.

Los dejo allí y cojo aire mientras paso de largo el comedor y subo las escaleras. Mi madre se ha puesto a envolver regalos de última hora.

—Nadie me ayuda nunca en nada —está farfullando ella sola.

—¿Mamá?

—Ah, Clara, cariño. ¿Puedes pasarme el celo? Me lo he dejado en la cómoda y ya tengo el papel en su sitio.

Hago lo que me pide y observo el movimiento de sus dedos ágiles. Cuando termina con esa caja, me hace que le baje una bolsa de lo alto del armario. Es una vasija de cristal de un tono verdoso muy bonito.

—Es para Marisa. La vio el otro día en el catálogo de Muy Mucho y se enamoró.

—Es preciosa.

Ella sonríe mientras sigue a lo suyo.

—Oye, Marc es un encanto. Aunque te seré sincera, creía que igual habías hecho avances con Sebas.

—Y los he hecho. Puedo comer en la misma mesa que él sin lanzarle el cuchillo a la yugular.

Mi madre sacude la cabeza.

—Siempre tan exagerada. ¿De verdad no hay ninguna posibilidad de...?

—Mamá, estoy con Marc.

—Ya, bueno, pero lleváis poquito, ¿no? Y no va a estar en Navidad.

Frunzo el ceño.

—¿Estás sugiriendo que lo engañe con Sebas como regalo de Papá Noel?

—No he dicho eso, pero a veces pasan cosas... hay sentimientos que no se pueden controlar y...

Y aquí está la señal que necesitaba para tantearla.

—¿A ti te ha pasado alguna vez?

—No estamos hablando de mí.

No me gusta esa respuesta.

—Mamá, ¿hay algo de lo que quieras hablarme? ¿Algunos sentimientos nuevos que no puedes controlar?

Me mira por primera vez.

—¿Qué tonterías dices?

Trago saliva y cuento hasta cinco para no gritarle a la cara que he cotilleado su teléfono.

—No lo sé, a lo mejor eres tú la que tiene que plantearse seriamente una decisión, y no yo.

—Clara, no sé de qué hablas, pero tengo prisa.

Se acabó.

—¿Alguna vez has engañado a papá?

La vasija se le resbala de las manos y cae al suelo, haciéndose añicos.

—¡La madre que...! —grita ella con los ojos como platos. Yo he ahogado un grito y me he quedado petrificada, como una estatua. Me mira echando chispas—. ¡Mira la que has liado!

—¿Yo? Ni siquiera te he tocado.

—Me has puesto nerviosa con tus preguntitas.

—¿Y eso por qué? ¿Es que tienes algo que ocultar?

Por un momento, nuestras miradas se cruzan en silencio. Sabe que sé algo, lo veo en su cara. Está aterrada en medio de todo ese enfado.

—Sí, estos pedazos antes de que Marisa suba y los vea —responde de mala gana—. Y ahora tengo que comprarle otra cosa antes de mañana. Gracias por la charla, hija.

Estoy cabreada, pero también me siento culpable.

—Voy a comprar otra vasija —gruño antes de dirigirme a la puerta—. Ten cuidado, no vayas a cortarte.

—¡Cómprala en verde, no en marrón! —grita ella desde la habitación.

«No, tranquila. Ya tenemos marrón bastante en esta casa».



18. SEBAS

—Bueno... —comienza a decir Marc.

—Bueno...

A los dos nos incomoda habernos quedado solos, pero somos lo suficientemente educados como para no echar a andar en dirección contraria al otro.

—¿De verdad crees que mi suegra engaña a su marido?

Estoy convencido de que ha dicho «mi suegra» para tocarme las pelotas.

—Pues no lo sé, la verdad.

Marc se sienta sobre uno de los columpios y se agarra a las cadenas. Mira al horizonte.

—No sé si yo podría perdonar una infidelidad. —Al ver que no respondo, me mira—. Perdona, no quería darte mal rollo. Me había olvidado de... ya sabes.

Sí, claro que lo sé. Y cuando estoy a punto de preguntarle por qué coño lo sabe él, mi cerebro me recuerda que es el novio de Clara y que, según se han asegurado de dejarme claro, no hay secretos entre ellos.

—Qué va, si desde que has llegado todo ha sido buen rollo.

Por su media sonrisa entiendo que se me ha notado demasiado el sarcasmo. Pues vale, me la pela ya.

—Veo que ya has superado lo de tu querida Ginger.

—Tío, te estás pasando —le advierto. No quiero cabrearme, pero me lo está poniendo difícil—. Normalmente, no dejo que me vacile un puto desconocido.

Me da un toquecito en el hombro y me aparto con brusquedad.

—Tranquilo, hombre, si ya somos como de la familia.

—Ella es mi familia —le aclaro—, pero tú no. Sé que es tu novia y que a lo mejor te ves amenazado por mi presencia aquí porque...

Su carcajada me hace callarme de golpe. Alza las manos.

—Lo siento, lo siento. Sigue, por favor.

Me quito las gafas de sol para mirarlo a los ojos.

—¿Clara sabe que eres tan gilipollas?

—La verdad es que sí. —Joder, su descaro no tiene límites. Se cruza de brazos—. Decías que me siento amenazado por ti. ¿Puedes culparme por eso?

Me echo el pelo hacia atrás.

—No va a pasar nada entre nosotros.

—¿Estás seguro? Porque veo cómo la miras.

—Yo no...

—Tú sí. Y ella, en realidad, también.

El corazón se me acelera.

—Te aseguro que te equivocas.

—Eh, tío, tranquilo. Yo estoy de tu parte, ¿vale?

—¿Y eso qué cojones quiere decir?

No me da tiempo a averiguarlo porque Clara sale de la casa echando humo. Doy un paso atrás para dejarla pasar. Cuando se enfada, suele andar sin mirar a su alrededor y sin rumbo fijo. Supongo que Marc también lo sabe, porque ambos le dejamos unos segundos para que recorra el jardín.

Viene a nuestro encuentro cuando tiene suficiente.

—Esta mujer es increíble.

—¿Has averiguado algo? —pregunto.

Habla deprisa. Pillo algo de una Catalina nerviosa y una vasija rota.

—Así que ahora tengo que ir al centro a por otra. Me miente a la cara y encima voy a hacerle un recado. ¡Perfecto!

—Puedo acercarte, si quieres.

Sé que su novio también está allí, pero él tiene que volver a Barcelona ya, ¿no? Lo lógico es que la lleve yo y él desaparezca de una vez.

La veo dudar. Mira a Marc.

—¿A qué hora te vas?

—Con estar en casa sobre las ocho, me vale. Además, quiero hacer unas compras de última hora.

Me vuelvo a colocar las gafas de sol para ver si soy capaz de ocultar la decepción que siento ahora mismo.

—Genial —celebra ella, aliviada. Se vuelve hacia mí—. Gracias de todas formas.

—Tengo una idea mejor —dice Marc—. ¿Por qué no vamos los cuatro?

—¿Qué cuatro?

—Pues Sebas, Carlos, tú y yo.

Clara alza una ceja.

—¿En serio?

—Así Sebas no pillaré complejo de sujetavelas —explica él.

Niego con la cabeza.

—Por mí no os preocupéis, yo me quedo aquí.

—De eso nada —insiste él—. Ahora que nos hemos empezado a hacer amigos, no vamos a separarnos todavía. Voy a buscar a Carlos.

Clara y yo intercambiamos una mirada... rara. Incómoda. Marc intercepta a su primo antes de que ninguno de los dos podamos negarnos.



19. CLARA

Sebas se ha empeñado en llevarnos él con la excusa de que Marc ya iba a hartarse de conducir más tarde, pero sospecho que solo pretende vacilar de BMW y mantenerse ocupado al volante.

Segunda vez que me subo a su coche en menos de veinticuatro horas. Parece un puñetero chiste.

—Joder, esta maravilla va como la seda, tío —le dice Carlos, que va en el asiento del copiloto—. ¿Me dejas conducirlo a la vuelta?

Suelto un ¡ja!

—¿Sebas dejándole su coche a alguien? Buen intento.

Sus gafas de sol me encuentran a través del retrovisor, pero me ignora al responder a mi primo.

—Pues claro que te lo dejo, colega. Ni caso a las pelirrojas bordes.

Enarco una ceja.

—Vaya, el niñoato que dibujaba pollas en cada libreta ha madurado por fin.

—No creas.

—No, no creo.

—Pues a ti te gustaba este niñoato, Ginger.

—Las cosas cambian. Las personas veo que no.

—Las personas también cambian —responde más serio. El coche está en silencio. Luego carraspea—. Aunque sigo dibujando pollas de vez en cuando.

Levanta la barbilla para que vea su sonrisa de chulo insoportable. No le lanzo el bolso a la cabeza porque no quiero que terminemos en una cuneta.

A mi lado, Marc se está descojonando en lo que él cree que es silencio. Al darse cuenta de mi cara, me coge de la mano.

—No te enfades, cariño. Anda, dame un beso.

A los ojos de los demás, puede que parezca algo romántico, pero mi amigo ha aprovechado que está cerca de mi oído para susurrarme «el guaperas te pone y lo sabes».

—Marc, cariño, no estamos solos —digo entre dientes, apartándome un poco.

—Es que te he echado tanto de menos.

—Solo han pasado tres días sin vernos.

—Me han parecido meses. Seguro que Sebas me entiende, ¿verdad?

Le doy un codazo sin disimulo ya. El conductor ni siquiera responde. Mi primo nos mira a uno y a otro sin saber dónde meterse.

—Bueno... ¿y qué tal van las fiestas?

Su pregunta casi me hace reír, aunque le agradezco el intento. De hecho, me da pie a cambiar de tema y volver al motivo de esta absurda excursión.

—Genial, creo que mi madre tiene un lío.

—Sí, ya la he visto, está a tope con los preparativos de esta noche.

—Un lío con otro hombre.

Silencio. Mi primo gira el cuello.

—¿Perdón?

Le cuento lo del móvil. Los *gifs* cargantes con corazones de Manuel. La actitud de mi madre ante mi interrogatorio.

—No puede ser... ¿cuernos? —responde mi primo—. Tu madre no le haría eso a tu padre.

—Bueno, cualquiera puede cometer un error —dice Marc. Alza las cejas y luego desvía la vista al conductor.

Aprieto los dientes.

—Un error es confundir el azúcar con la sal —mascullo—. Engañar a la persona a la que supuestamente quieres es una putada.

Mis ojos me traicionan y buscan a Sebas en el espejo antes de girarme hacia la ventana.



20. SEBAS

Se me ha hecho más largo este trayecto que el de Madrid-Valencia. Las pullitas y la tensión me han dañado la tapicería, fijo.

La ciudad está a tope, así que nos toca dejar el coche en un *parking* público. Siempre me sorprende la cantidad de personas que esperan para hacer las compras en el último momento. Me pregunto si alguna estará allí porque se le ha roto un regalo, como a nosotros.

El tráfico es caótico en esta zona. Tengo que agarrar del codo a Clara para que no se la lleve por delante una bicicleta.

—¡Dios! —dice con la mano en el pecho. Al ver que todavía la estoy tocando, aparta el brazo.

—Ten más cuidado, Ginger. No queremos cenar en el hospital esta noche.

Me lanza una mirada de odio.

—Cruzar esta calle es un infierno.

Se adelanta y nos deja atrás para avanzar a grandes zancadas. La seguimos por cada calle, esquivamos a la gente con sus bolsas, nos paramos en algún que otro escaparate decorado con luces y pequeños abetos de plástico cubiertos de nieve falsa. Carlos y Marc, en concreto, no parecen tener prisa por volver al coche.

Casi me choco con Clara cuando se detiene de golpe en la puerta de la tienda. Me pongo a su altura, levanto la cabeza y miro el cartel. De repente, tengo un nudo en la garganta. Esa tienda se llama Muy Mucho, y cuando salíamos, Clara no podía pasar por delante sin entrar y quedarse allí un tiempo que a mí me parecía infinito. Y siempre, siempre, me convencía para que entrara con ella diciéndome que me quería muy mucho. Yo me rendía y accedía diciéndole que yo a ella también.

Miro a la preciosa pelirroja que está a mi lado. Cuando nuestros ojos se encuentran, tengo la certeza de que está recordando lo mismo que yo.

Distingo el momento exacto en que decide dejar atrás ese pensamiento porque sus rasgos se

endurecen. Se mete las manos en los bolsillos del abrigo.

—Bueno, acabemos con esto.

Reconozco que la tienda es acogedora. Las velas, los vasos, los cojines, las mantas, los muebles... todo tiene un aura de cabaña en la montaña decorada con madera y mimbre. En esta época, además, hay luces cálidas por todas partes, estrellas de madera y bolas brillantes.

—¿Cómo es la vasija? —pregunto, perdido ante un estante lleno de vidrio.

Clara saca el móvil y nos enseña un pantallazo.

—Tiene que ser en verde, no en marrón.

—Entendido.

Nos dispersamos por la tienda. No encuentro lo que buscamos, así que le pregunto a una de las dependientas.

—Creo que puede quedar alguna dentro, espera.

Les hago un gesto a los demás, que se acercan.

—Nos la están buscando en el almacén.

La chica sale enseguida con un gesto de disculpa.

—Queda una, pero está reservada.

—¿Y no hay nada que se pueda hacer? —Me quito la chaqueta y veo cómo la chica se fija en cada uno de mis movimientos. Quizá pueda utilizar ese interés para nuestro beneficio—. ¿A alguna otra tienda le queda? Es una emergencia.

—Bueno... —Veo a la chica tragar saliva—. No vienen a recogerla hasta el miércoles, y para entonces supongo que podríamos...

—Sí, claro que podríais —suelta Clara.

Le doy la espalda para taparla. Me vuelvo de nuevo hacia la dependienta con la mejor de mis sonrisas y las manos juntas como si rezara.

—Por favor, te estaría muy agradecido.

Las comisuras de sus labios se elevan, hace un gestito con la cabeza y asiente.

—Está bien, voy a prepararla.

—Si tenéis una encuesta de satisfacción, estaré encantado de darte la nota más alta.

Se va seguida de una risita.

—Precioso —murmura Clara a mi espalda.

Me giro.

—Casi lo estropeas con tu amabilidad.

Se cruza de brazos y enarca una ceja.

—Estoy segura de que se te habría ocurrido cómo arreglarlo. Por ejemplo, quitándote también los pantalones.

Sus ojos viajan hasta mi chaqueta, que todavía tengo sobre el brazo.

—Es verdad —interviene Marc entre risas—. Tienes un don, colega.

Me encojo de hombros, solo para joder a la pelirroja.

—Supongo que sí.

Ella finge una arcada.

—Voy a vomitar, os espero en la caja.

La dependienta vuelve y deja la vasija en el mostrador. Le dice a su compañera que ya nos cobra ella y, cuando saca el *ticket*, escribe a mano en él antes de entregármelo.

—Para cualquier... consulta —dice sin más. Ha escrito su nombre y un número de teléfono que dudo que sea de la empresa.

Clara bufa a mi izquierda. Yo finjo ignorarla y cojo la bolsa dirigiéndole una última mirada a la chica.

—Gracias por todo... Laura.

Una vez en la calle, Clara me arrebató la bolsa.

—De nada —le digo.

Los orificios de su nariz se ensanchan. Sé que le cuesta un mundo pronunciar las palabras, por eso lo hace entre dientes y con la boca pequeña.

—Gracias.

—Bueno, chicos, Carlos y yo tenemos que ir a por unas cosillas... —empieza a decir Marc—. ¿Nos vemos aquí en un rato?

El primo de Clara parece sorprendido, pero sigue a Marc cuando este le hace un gesto con la cabeza.

—¿No es un poco raro que tu novio se empeñe en dejarnos solos? —pregunto yo.

Clara se encoge de hombros.

—Solo quiere que todos nos llevemos bien. Es un optimista.

—Tú y yo ya nos llevamos bastante bien, ¿no?

—Demasiado para lo que te mereces.

—¿Ves? A eso me refiero.

Se le escapa media sonrisa. Cuando se da cuenta, se recompone y vuelve a ponerse su máscara de frialdad.

—Voy a... dar una vuelta. Luego nos vemos.

Llevo más de media hora entrando a tiendas. Al final, mis pasos me llevan hasta la calle Xàtiva otra vez. El escaparate de la librería Soriano me trae también algunos recuerdos y, como soy masoquista, decido entrar.

No soy un gran lector, pero he visitado muchas librerías por culpa de Clara. Echo un vistazo a

las estanterías y me fijo en las novedades. Leo un par de sinopsis y voy en busca de las guías de viaje. Me llama la atención una de Londres, la ciudad que me robó a Clara.

Bueno, eso no fue exactamente así, pero... no sé por qué, he generado cierto rencor hacia todo lo británico. Quizá ha llegado el momento de hacer las paces con el té. Mientras paso las páginas, me imagino visitando cada rincón que aparece en las fotos junto a ella y no me parece un mal plan, la verdad.

De pronto, siento la necesidad de alzar la vista, como si algo me llamara en mitad de tantos libros. Descubro a una pelirroja con la cabeza agachada, hojeando uno. Es precioso verla en su hábitat natural. Hay una calma abrumadora en su rostro cuando está entre libros. No se da cuenta, pero frunce el ceño y sonríe conforme lee sinopsis. A veces, alza las cejas o asiente para sí misma.

Ahora mismo, está acariciando una página con devoción. Y aun a riesgo de romper esa calma, me acerco hasta ella.

—Hola.

Da un respingo. Estaba en su burbuja y yo acabo de explotarla.

—¿Qué haces aquí? ¿Me estás siguiendo?

—Aunque no te lo creas, no.

—Claro, porque a ti te encanta ir a librerías.

No puedo decirle que a veces la necesidad de sentirla cerca es tan abrumadora, que no puedo resistir el impulso de entrar en una.

—Tienen su punto.

Sus ojos bajan a mis manos.

—¿Una guía de Londres?

—Me han dicho que hay cosas muy interesantes allí. —Sé que pillas mis segundas intenciones.

El silencio se apodera de nosotros. El sonido que hago al tragar saliva rebota en mis oídos. El corazón me va a toda hostia. Tengo ganas de apoyarla contra la estantería de ficción juvenil que tiene detrás y besarla hasta que no podamos respirar.

—Voy a buscar a Marc —dice ella de repente.

Me da el libro que estaba sujetando y echa a andar. Suelto el aire que no sabía que había estado reteniendo y bajo la vista a la cubierta.



21. CLARA

Salgo de la librería a toda prisa, sin pararme a mirar nada más. Y eso es algo inaudito en mí, porque soy de las que siguen echando un ojo al interior incluso cuando ya estoy en la calle.

Me dan ganas de gritar, de darme un par de guantazos o de todo a la vez. Pero estoy en medio de una de las calles más transitadas de Valencia, mejor espero para llegar a casa y gritarle a la maldita almohada.

Sebas y libros no son una buena combinación. Mis dos grandes debilidades juntas en un espacio reducido. La catástrofe era inminente, por eso he tenido que largarme así.

He visto en sus ojos y en su postura algo que me ha hecho despertar. He sentido que quería besarme y yo he deseado que lo hiciera. Lo habría dejado pegarse a mí, habría dejado que me tocara. Todos mis avances y mi autocontrol a la mierda en apenas unos segundos de debilidad.

Pero me he resistido. No sé de dónde he sacado las fuerzas para reaccionar. Creo que era la voz de Diana la que he oído en mi cabeza diciéndome lo cabrón que era el tío que tenía delante.

Le envío un mensaje a Marc para decirle que vuelvan cagando leches y me alejo de la librería para no cruzarme con Sebas hasta que estemos todos juntos. Me froto las manos y doy vueltas sin parar de insultarme mentalmente.

Qué estúpida y débil soy. He estado a punto de cometer el mayor error de mi vida. Bueno, el segundo mayor error, porque el primero fue confiar en ese chulo playa con gafas Rayban.

Al cabo de no sé cuántos minutos, he dejado de flagelarme para darme palmaditas mentales en la espalda por haber sido capaz de mantener a raya mis instintos más primarios hace un momento.

Porque eso es lo que me ha pasado. La atracción sexual, el recuerdo de lo que Sebas me hacía sentir cuando me besaba. Lo guapo que estaba con ese jersey azul.

Nada más... ¿verdad?



22. SEBAS

Tardo unos minutos más en salir de la librería. Supongo que necesitaba algo de tiempo para recomponerme. Bueno, eso, y que tenía que hacer cola en la caja para pagar lo que me he guardado bajo la chaqueta.

El sol está empezando a esconderse. Las calles se tiñen de tonos anaranjados y la gente parece andar más rápido. Echo un vistazo a ambos lados para buscar a Clara, pero parece haberse esfumado. Creo que le he dado mal rollo antes. He interrumpido su momento de paz en la librería y luego... ha debido de notar algo en mi cara que la ha terminado espantando.

A la mierda lo de aparentar que tengo superadas mis ganas de tocarla cuando la tengo cerca.

Me subo la cremallera de la chaqueta y me dirijo hacia la calle Colón, pero no doy más que unos pasos porque lo que veo me hace detenerme de golpe. Parpadeo varias veces y me acerco. ¿Me estoy confundiendo? Hay mucha gente y...

No, no hay ninguna duda. Marc y Carlos se están enrollando. Ni siquiera están escondidos en un portal. Carlos tiene la espalda apoyada en el escaparate de Oysho y Marc ha pegado su cuerpo al de él mientras le mete la lengua hasta la campanilla sin ninguna preocupación aparente por si los pilla su novia.

Dios mío... Clara. Aprieto los puños, cabreado, y me acerco a grandes zancadas. Los separo con brusquedad.

—¿Qué cojones estáis haciendo?

Veo por el rabillo del ojo que Carlos boquea un par de segundos como un pez. Marc chasquea la lengua, más como si le hubiera molestado mi interrupción que por otra cosa.

—Vaya.

—¿Vaya? ¿Eso es lo único que tienes que decir? ¡Le estabas comiendo la boca!

—Si digo que ha sido por la emoción de encontrar unas botas de mi talla a mitad de precio no cuela, ¿no?

—¿Tú qué crees?

Suspira.

—Me lo temía. —Se gira hacia el otro—. Bueno, Carlitos, uno menos al que contárselo.

Miro al primo de Clara.

—Carlos, eres...

—Gay, sí.

Sacudo la cabeza.

—Iba a decir un cabronazo. Es el novio de tu prima, tío. ¿En qué estabas pensando?

—No estaba pensando mucho, la verdad.

—¡Pues hay que pensar, Carlos, hay que pensar!

La mano de Marc toca mi hombro.

—Cálmate, no es para tanto.

—Que no es para... —Me pellizco el puente de la nariz—. Mira, o se lo dices tú a Clara ahora mismo o se lo digo yo.

Marc mira por encima de mi hombro y señala con la cabeza. Giro el cuello y la veo acercándose a nosotros.

—Pues casi que díselo tú —suelta el tío—, porque no quiero que me quiten esas botas.

Coge a Carlos de la mano, que tiene la decencia de mirarme con un gesto de disculpa antes de seguirlo mientras yo me quedo con cara de idiota.

La pelirroja llega a mi lado.

—¿A dónde iban esos dos?

Cojo aire y lo expulso antes de girarme del todo hacia ella.

—Clara, no sé cómo decirte esto.

—¿El qué?

—Desconozco si Marc y tú tenéis una relación abierta o...

—¿Y eso a qué viene?

Levanto las manos.

—No te estoy proponiendo nada, tranquila. Deja de mirarme así.

—Sebas, habla claro.

Trago saliva. Muy bien, allá voy.

—Tu novio se ha enrollado con tu primo hace un momento.

Vaya, nunca pensé que diría una frase así.

—Oh.

No parece excesivamente sorprendida. Ha levantado un poco las cejas.

—Supongo que es un *shock* para ti —continúo.

—¿Eh? No, sí... —frunce el ceño, pero parece un gesto falso—. Estoy... qué cabrón.

La miro, extrañado.

—Los he pillado besándose y ahora están los dos en una tienda, cogiditos de la mano. Marc sabía que te lo iba a contar, pero no ha parecido importarle mucho.

Toda esta situación me parece surrealista.

—Ya... bueno, nunca hemos dicho que lo nuestro fuera exclusivo. Técnicamente, supongo que puede liarse con más gente.

Entrecierro los ojos.

—¿Con tu primo, Clara? ¿Cuando viene a tu casa a conocer a la familia?

Su gesto se endurece.

—Ah, es verdad, que estas cosas hay que hacerlas con desconocidos, en discotecas oscuras y alcohol de por medio al que echar la culpa.

Estoy a punto de preguntarle por qué en vez de estar enfadada con esos dos, parece estarlo conmigo, cuando la parejita vuelve con una nueva bolsa colgando de su brazo.

—Ya estamos aquí —dice Marc como si nada—. ¿Nos vamos?



23. CLARA

Le lanzo a Marc una mirada de odio en el asiento de atrás y vuelvo a escribir con dos pulgares enfurecidos.

Marc

En línea

La madre que te parió. ¿Cómo se te ocurre enrollarte con mi primo en mitad de la calle?

Lo siento, ¿vale? Ha sido un impulso.

¿Es que no tienes autocontrol? Podrías haber esperado a llegar a casa.

Esas cosas no se programan, Clarita. Y las luces de Navidad por toda la ciudad tampoco ayudan. Era un momento perfecto.

Ahora Sebas se cree que me pones los cuernos. Otro novio que se ríe de mí, ¿no es fantástico?

Le has dicho que tenemos una relación abierta, tampoco es para tanto.

Me conoce. Sabe que miento.

Londres te ha podido cambiar. Has abierto la mente a otras posibilidades. La pareja tradicional está obsoleta.

Di lo que quieras, pero esta te la guardo.

Ya lo sé, te debo una.

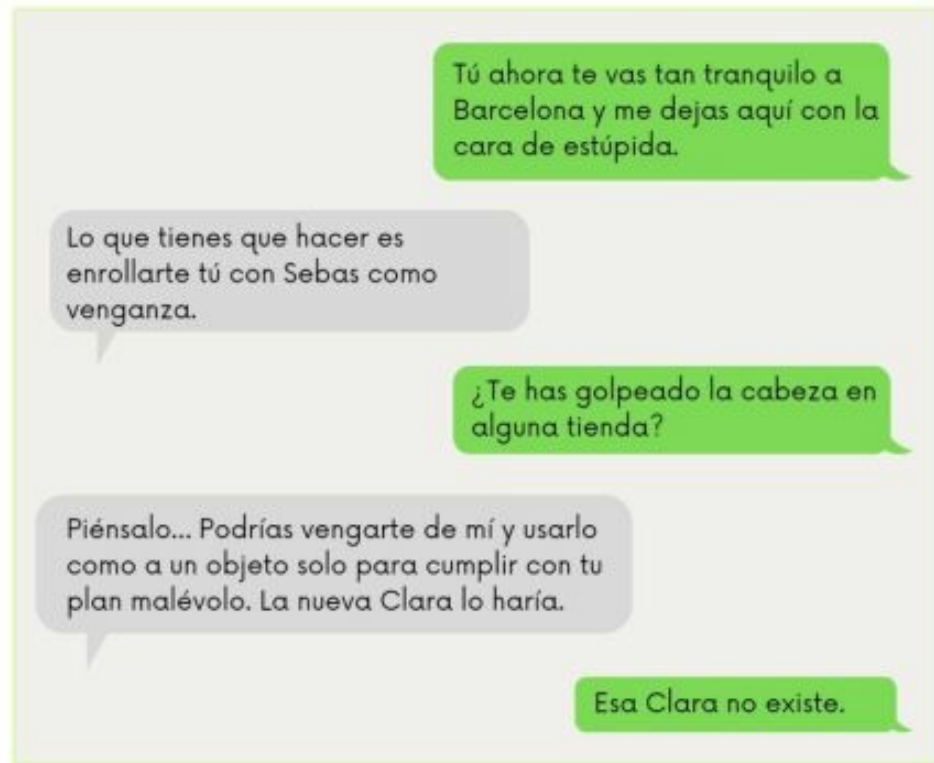
¿Una? Media docena, por lo menos.

Vale.

Y el dinero del viaje.

Que sí.

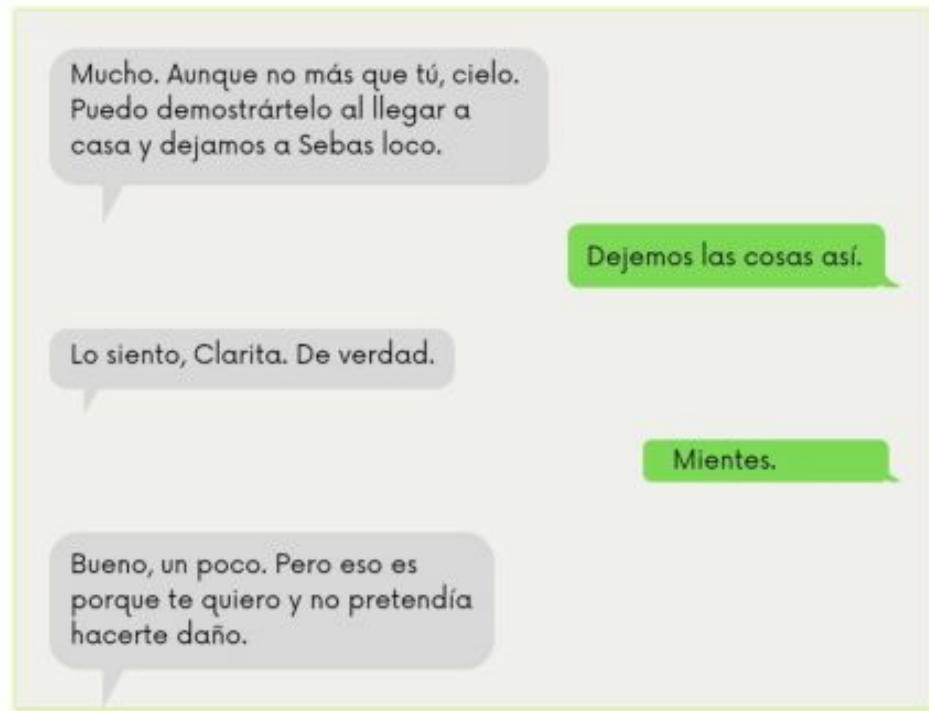
Suspiro. Sebas no ha dejado de lanzarnos miradas de preocupación por el espejo retrovisor. Al final, Carlos no se ha atrevido a pedirle que le dejara el coche. De hecho, no ha abierto la boca desde que ha subido. Sabe que Marc es mi novio de mentira, pero está claro que también entiende que me acaban de dejar los dos con el culo al aire.



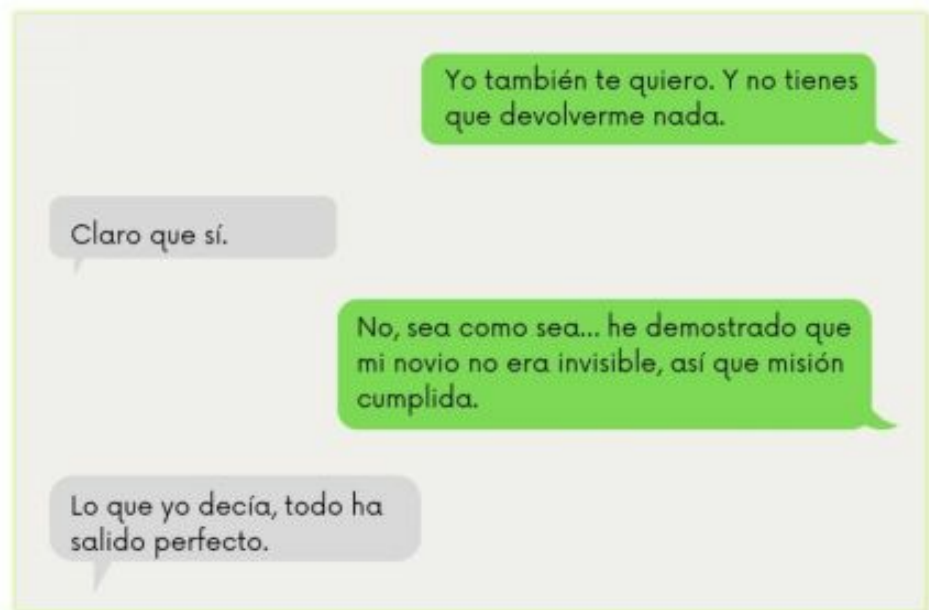
Miro por la ventana. La música de la radio impide que el silencio tenso que hay en el coche nos trague a todos. Al cabo de unos minutos, me giro hacia mi amigo y lo pillo lanzándose una miradita con Carlos. Pongo los ojos en blanco y oculto una sonrisa antes de coger el móvil otra vez.



Marc me dedica una sonrisa de alivio.



Miro a mi amigo. Siempre ha estado ahí cuando lo he necesitado. Nos conocimos al poco de llegar a Londres. Yo empezaba como camarera en un restaurante y él era el pinche de cocina. Desde entonces, nunca nos hemos separado. Me ha apoyado en mis momentos más oscuros y eso nunca voy a poder agradecérselo lo suficiente.



Me río en voz alta sin querer y Marc me sigue. Sebas y Carlos echan un vistazo hacia atrás.

Marc me coge la mano y la levanta para darme un beso en el dorso.

—Todo arreglado —anuncia en voz alta—. Podemos volver a comportarnos como personas normales que hablan entre ellas.

Al bajar del coche, siento la mirada de Sebas puesta sobre mí en todo momento.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Ya has oído a Marc.

—Sí, pero quiero oírte a ti.

Me encojo de hombros.

—Estoy bien.

Echo a andar hacia la casa con la maldita vasija que ha causado todo este estropicio. Carlos se queda en el salón con Raúl y Lucía, pero Marc y Sebas me siguen escaleras arriba. El primero porque tiene que recoger sus cosas antes de irse y el segundo... no lo sé, quizá quiere ir a su habitación, pero me pone nerviosa llevarlo detrás.

—Voy a dejar esto en la habitación de mis padres —digo con la bolsa en la mano.

Pero cuando estoy a punto de entrar, mi madre sale y se lleva la mano al pecho.

—Qué susto me has dado, Clara. —Sus ojos vuelan rápidos a la bolsa—. ¿Está ahí?

—Sí, iba a guardarla. —Señalo con la cabeza hacia la puerta.

—Guárdala en la habitación de tu abuelo. —Me empuja para que me aleje—. Marisa está ahí dentro probándose uno de mis vestidos para la cena.

Obedezco y me doy la vuelta. Marc sale de mi habitación en ese momento y Sebas se ha quedado en el pasillo, echando un vistazo a su móvil.

—Me ha dicho que la guarde en... —comienzo a decir mientras giro la manivela de la puerta.

Suelto un grito que hace que los dos corran a mi lado. He dejado la puerta abierta y soy incapaz de moverme. La bolsa de la vasija se me resbala de los dedos, pero Sebas consigue atraparla antes de que se haga añicos.

—¡Cerrad la puerta! —dice una voz que parece la de mi abuelo desde dentro. Y digo parece porque ya no soy capaz ni de enfocar la imagen que tengo delante. Sinceramente, es mejor así.

Sebas se gira entonces y cuando mira hacia el interior de la habitación, abre la boca.

—¡Abuela!

Mi abuelo y Amparo están... estaban... ¿Qué narices estaban haciendo? Se han tapado hasta el cuello y tienen los pelos revueltos y los rostros enrojecidos como si... como si... No, imposible. Esto tiene que ser una puñetera broma.

La risa de Marc a mi derecha me hace volver en mí.

—Sexo octogenario antes de la cena de Nochebuena —comenta él, tan contento—. Tía, cómo me jode tener que irme justo ahora.



24. SEBAS

Bueno, así están las cosas.

Marc, el novio de Clara, se acaba de ir a Barcelona después de comerse la boca con el primo de esta.

Catalina tiene un lío con un tal Manuel que le envía *gifs* moñas de ramos de rosas mientras su marido se obsesiona con un puzle, ajeno a todo.

Nuestros abuelos, que parecían odiarse, están enrollados, así que empiezo a plantearme si Leo y Diana también tienen algo a nuestras espaldas.

Y mi tía ha vuelto a hacer otra hornada de sus galletas especiales, pero las ha escondido en algún sitio secreto que ahora mismo me gustaría encontrar porque no sé muy bien cómo afrontarlo todo estando sobrio.

—¿Estás segura de esto? —le pregunto a Clara antes de que pueda llamar de nuevo a la puerta.

Se recoge el pelo con las manos y luego lo vuelve a soltar, nerviosa.

—Tenemos que hablar con ellos, Sebas. Tenemos que saber qué narices están haciendo.

—Creo que está muy claro lo que están haciendo.

Arruga la nariz.

—Esa imagen me va a perseguir en mis pesadillas. —Se gira hacia la puerta, coge aire y lo expulsa. Golpea la madera con los nudillos y espera.

—Pasad, anda.

—¿Estáis visibles?

—No, pero si decís nuestro nombre tres veces, aparecemos.

Qué cachondo Amancio. Yo creo que le da absolutamente igual que los hayamos pillado.

Cierro los ojos un momento con fuerza y los abro antes de seguir a Clara al interior. Se queda cerca de la puerta, como si temiera tener que salir huyendo. Buena idea.

Su abuelo se está colocando los zapatos sentado sobre la cama revuelta.

—¿Y Amparo? —pregunta su nieta.

—Se ha encerrado en el baño.

Suspiro y me acerco a la puerta.

—Abuela, es tarde para esconderse. —Silencio—. No me voy a ir hasta que salgas.

Pasan unos segundos hasta que la manivela se mueve. Mi abuela sale con el moño blanco recién hecho, evitando mis ojos.

—¿Te has maquillado? —le pregunto al ver el rubor en sus mejillas. Ella me fulmina con la mirada—. ¿Qué he dicho?

Clara chasquea la lengua a mi lado.

—Ese color es natural, atontado.

—Y tan natural —suelta Amancio, que se pone de pie como si nada. No está avergonzado, eso es evidente. Más bien, parece sentirse muy satisfecho.

—Me dijiste que habías puesto el pestillo, viejo inútil.

—Esa cosa falla mucho, Amparito. No es para tanto.

—¿Que no es para tanto? Nuestros nietos nos han pillado haciendo... ¡no puedo ni decirlo!

—¿El amor?

Me sacudo un escalofrío. No quiero dar alas a mi imaginación, por favor.

—Nada de amor, viejo. No te confundas.

Amancio le da un beso en la mejilla, pero ella se aparta enseguida.

—¿Cómo no desearte con ese carácter tan guerrero? Si nos dejan solos otra vez, te vuelvo a quitar la falda.

—¡Basta, por favor! —exclama Clara, tapándose la cara.

Me acerco a la puerta y me aseguro de echar el pestillo de forma correcta. Me coloco al lado de la pelirroja y me cruzo de brazos.

—Vale, no más secretos, por favor os lo pedimos. ¿Qué ha sido esto exactamente?

—El último deseo de un moribundo —responde Amancio.

—Como luego no te mueras, te mato yo.

Se me escapa una carcajada.

—Abuela, ¿te lo has tragado?

Clara carraspea.

—Por favor, cuida las palabras que utilizas en este contexto —murmura—. No hablemos de tragar.

Se me corta la risa de golpe.

—Joder, Clara.

—Lo siento, estoy muy susceptible.

—Vale, volvamos al tema... —Me dirijo de nuevo a la acusada—. ¿Te has acostado con Amancio como último deseo antes de morir? Abuela, pero si nos va a sobrevivir a todos.

—Estoy a punto de estirar la pata, pero creo que tu abuela me ha dado energías para llegar hasta las uvas. Es como una recarga de esas de los móviles, ¿sabéis? Amparito, dos más de estos y me tienes hasta primavera. —El anciano sube y baja las cejas—. ¿Qué me dices?

—Que ni lo sueñes. Era un favor aislado sin más.

—No me vengas con esas, que aquí el deseo era mutuo. Estabas ya que no te aguantabas.

—Tampoco te lo creas tanto —gruñe mi abuela—. Me has pillado con las defensas bajas.

—Nosotros siempre tenemos las defensas bajas.

—Vamos a ver —interviene Clara—. Entonces, ¿estáis juntos o esto es un rollo de una noche? O de una tarde. Lo que sea.

—¿Por qué poner nombre a las cosas tan deprisa? Nosotros nos dejamos llevar y a ver qué pasa.

Que un señor de ochenta y tantos años esté hablando de tomarse las cosas con calma en cuanto a una relación me resulta cuanto menos curioso.

—Además, ¿a vosotros qué os importa? No seáis entrometidos y mostrad un poquito más de respeto por vuestros abuelos. No tenemos por qué daros explicaciones. ¡Faltaría más!

—Abuela, te daría la razón si no fuera porque en esta familia somos mucho de meternos en la vida de los demás. Y ya hay bastantes complicaciones como para liarla más esta noche.

—¿Qué complicaciones?

Clara sacude la mano.

—Eso ahora no importa. Lo que importa es que nuestras madres no se enteren de esto. No hay que darles más munición. Tengamos una Navidad tranquila y luego cada uno que siga su camino.

Amancio se pone en pie.

—Niños, la tranquilidad está sobrevalorada. —Se acerca a los dos y nos pone a cada uno una mano en el hombro—. A veces vale la pena complicarse un poco la vida.



25. CLARA

—Clara, ¿me estás escuchando?

Parpadeo varias veces y aparto los ojos de la ventana para mirar a mi hermana.

—Perdona, ¿qué?

Se sienta sobre la cama y suspira. Lleva una minifalda puesta y un sujetador de encaje.

—Déjalo, me pongo la roja y ya está. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Es por Sebas? ¿Por lo de mamá?

Me dejo caer a su lado.

—Es por todo. —Me tapo con el edredón. Me importa bien poco estar peinada y maquillada ya—. ¿Crees que colaría decir que estoy enferma para evitar la cena?

—Ah, no, de eso nada. —Me destapa y tira de mi mano para que me incorpore—. No vas a dejarme sola en esa jaula de grillos.

La miro con angustia.

—Me da miedo bajar, Diana.

—¿Por qué?

—No estoy preparada para el siguiente desastre. Ya he tenido suficiente por hoy.

—¿Te refieres a lo de Marc y Carlos?

Trago saliva y desvío la vista.

—Sí, eso.

Barbie detective estrecha los ojos.

—Hay algo más que no me has contado.

—Porque con que una de las dos tenga pesadillas es suficiente.

Me apunta con su uña roja.

—Empieza a hablar.

Me pongo en pie porque necesito moverme mientras saco todo lo que llevo dentro. Le cuento

lo de nuestro abuelo con Amparo y veo cómo abre los ojos de forma gradual hasta que termino.

—No me lo puedo creer.

—Ya ves, se ha aliado con el enemigo, el muy...

—¿Lo sabe Leo?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. A lo mejor Sebas se lo ha contado.

Ella chasquea la lengua.

—Joder, seguro que lo utiliza en mi contra.

La cojo por los hombros.

—Diana, céntrate. Esta familia está perdiendo el juicio. ¿Crees que podríamos salir para el aeropuerto ahora? Cuando lleguemos, le mandamos un WhatsApp a mamá para avisarle de que no cenamos en casa.

Mi hermana se ríe.

—¿Y perdernos la diversión? Ni de coña. Tú vas a ponerte bien sexy y vas a bajar para que a Sebas se le caiga la mandíbula al suelo. Y luego ya vamos viendo.

—No tengo nada sexy.

—Por eso te voy a dejar un vestido.

La miro horrorizada. El estilo de mi hermana es demasiado atrevido para mí.

—Ni de coña.

—Tranquila, es negro y elegante.

Cuando abre el armario y me enseña la prenda, entrecierro los ojos.

—¿Eso es elegante?

—¿Qué? Ni siquiera tiene escote.

—Por delante no, pero toda la espalda está al aire. ¿Y el sujetador?

—El sujetador es un opresor. Libres domingos y domingas.

Le lanzo el vestido a la cara.

—No voy a ir marcando pezones en la cena familiar.

Diana coge el vestido y pone los ojos en blanco. Abre un cajón y me tira un paquetito.

—Toma, anda.

—¿Qué es esto?

—Para tus pezones. Te lo pegas y hasta te sube un poco el tetamen. Adiós a los aros y a los tirantes.

Empiezo a quitarme el pijama y me miro los pechos, indecisa. Me desabrocho el sujetador y abro el paquetito. Diana me ayuda a que queden los dos igualados y a colocarme el vestido.

—Se me marca hasta el alma. Me siento desnuda.

—Pero no lo estás, así que ponte unos taconazos y baja. Apuesto a que a cierto idiota se le

van a salir los ojos de las órbitas al verte.

Se me escapa una media sonrisa.

—En teoría, eso me debería dar igual.

—¿Y en la práctica?

Me encojo de hombros. Mi hermana me guiña un ojo.

—Vale, vamos a avisar a papá —le digo en cuanto dejamos atrás la habitación—. Seguro que ni se ha vestido todavía.

Tocamos a la puerta de la buhardilla y entramos. Para sorpresa de ambas, nuestro padre no está absorto en su puzle, sino peleándose con un pedazo de papel de regalo, medio vestido ya para la cena.

—Chicas, ayudadme con esto. ¿Lazo plateado o cordel?

Diana se acerca.

—¿Para quién es?

—Para vuestra madre. —Levanta la caja y nos la enseña. Es un puzle personalizado de una foto de los dos—. De nuestro viaje a París. Así podemos hacerlo juntos.

Se me cae el alma a los pies. Diana y yo intercambiamos una mirada.

—Es precioso, papá —dice mi hermana—. Ponle el lazo.

—Espera, ya lo hacemos nosotras —me ofrezco yo—. Termina de vestirte.

—Gracias, hijas.

Se mete en el cuarto de baño canturreando, ajeno a todo el drama que se cuece en la casa. Mi hermana y yo terminamos de envolver el puzle en un silencio que me oprime el pecho. Siento una mezcla de lástima, rabia e incertidumbre que amenazan con romper la cremallera del dichoso vestido.

—Le ha encargado un puzle, Clara. —susurra mi hermana—. Un maldito puzle con sus caras. Hay que decírselo.

—Debería hacerlo mamá.

—Estoy de acuerdo, pero si no lo hace ella, lo haré yo. —Aprieta el nudo del lazo tanto, que dudo que nadie pueda abrirlo sin las tijeras—. Joder, esta noche no puede ir a peor.

Escribo en la etiqueta en blanco del paquete el nombre de mi madre. Tapo el rotulador al terminar y suspiro.

—Siempre puede ir a peor.



26. SEBAS

Me quito la camisa después de tres intentos de abrochármela correctamente.

—¡Joder!

—¿Qué pasa? —pregunta mi hermano desde el alféizar de la ventana, el único lugar donde puede fumar dentro de casa.

—Están mal los putos botones.

Deja el cigarrillo entre los labios y coge la prenda que he tirado sobre la cama. La analiza y la vuelve a dejar antes de dar una calada.

—Los putos botones están perfectamente. —Alza una ceja—. Me parece que eres tú el que estás mal, colega. ¿Todo esto es por lo de la abuela con Amancio?

No le he hablado de lo de la madre de Clara y Diana. Ni lo de Carlos y Marc. Y no por falta de ganas, pero supongo que no me corresponde a mí hacerlo, aunque confíe en Leo más que en nadie.

—No me lo recuerdes —respondo, cerrando los ojos con fuerza—. Tienes suerte de no guardar ese recuerdo en tu cabeza.

Mi hermano suelta una carcajada.

—Ahí te doy la razón.

Apaga el cigarrillo y guarda la colilla en un pañuelo que luego tirará en la basura para que no quede ni una prueba del crimen. Yo sigo buscando algo que ponerme hasta que él vuelve a coger la camisa blanca que hay sobre mi cama.

—Anda, trae.

Me obliga a ponérmela.

—Venga, cuenta conmigo —dice, señalando los botones mientras los abrocha—. Uno, dos...

—Vete a la mierda.

Pero mi hermano tiene razón, los botones están perfectamente. Termino lo que él ha

empezado mientras sale de la habitación. A los dos segundos, la puerta se vuelve a abrir.

—¿Qué coño quieres ahora?

—Vaya, veo que no es un buen momento.

Me giro al escuchar la voz de Carlos.

—Perdona, creía que eras Leo.

—¿Puedo hablar contigo?

Le indico con un gesto de la cabeza que pase. Él se queda de pie, aunque cierra la puerta a su espalda. Espera paciente a que termine con la dichosa camisa.

—Tú dirás.

—Recuerdo el día en que te lo compró —dice él, mirando el reloj Armani que estoy abrochándome—. Yo iba con ella. Nunca la he visto tan indecisa con nada.

Acaricio un poco la correa.

—Siempre ha tenido buen gusto —respondo. Al ver que me mira con la ceja levantada, carraspeo—. Vale, casi siempre.

—No he dicho nada.

—No ha hecho falta, lo he visto en tu cara. Y lo veo en la de ella cada vez que me mira.

Me sabe la saliva más amarga.

—No puedes culparla, Sebas.

Levanto la vista del reloj.

—Y no lo hago. Soy yo el único culpable y nunca he dicho lo contrario.

Carlos me mira fijamente.

—Nunca entendí por qué lo hiciste. Sé lo que teníais y... no me cuadra que lo tiraras por la borda por algo así.

Trago saliva. No pienso hablar de esto con él ahora.

—Querías hablarme de algo.

Sacude la cabeza.

—Sí, perdona. Es sobre lo que has visto esta tarde. Lo de que soy...

—¿Gay?

—¿No te importa?

—No de la forma en que parece creer —le explico—. Todo lo que forme parte de ti y tu forma de ser, me importa. Porque eres familia, tío. Y un buen amigo. Pero si lo que estás dudando es de si me supone algún problema con quién te acuestes... es que no me conoces en absoluto. Y me voy a cabrear.

Su sonrisa de alivio es contagiosa.

—Siento no habértelo dicho antes.

—Tranquilo, no debe de ser fácil abrirte con esos padres que tienes. No te ofendas.

—No me ofendo, es la verdad.

—Además, ya lo sabía.

Abre los ojos.

—¿Cómo? —Asiente—. Clara.

—Te equivocas. Tu prima es la persona que mejor guarda un secreto del mundo. Nunca me ha comentado nada.

—¿Entonces?

—Te recuerdo que hemos salido de fiesta juntos más de una vez. No estoy ciego, ¿sabes?

Se ríe y se echa el pelo hacia atrás.

—No voy a preguntarte qué has visto.

Le paso el brazo por los hombros.

—Mejor. —Le doy un beso en la cabeza—. Anda, vamos a cenar.

En cuanto salimos de la habitación, se detiene.

—Gracias, Sebas. Sé que mi prima y tú ya no estáis juntos, pero para mí siempre serás mi primo.

Levanto las cejas.

—No fue eso lo que me dijiste ayer cuando llegaste.

—Entiéndeme, sigo estando en el Team Clara.

Suspiro.

—Yo también.

—Y en cuanto a lo de Marc... quiero que sepas que todo está bien con ella.

Me encojo de hombros.

—Sinceramente, no entiendo nada de esa situación, pero me alegro por vosotros. Si a Clara le parece bien que su novio se enrolle contigo... —Me interrumpo—. Madre mía, es que me duele la cabeza solo de intentar entenderlo.

Carlos se ríe y comienza a bajar las escaleras. Lo sigo, incapaz de encontrarle un sentido a la situación, pero aliviado de haber hablado con él.

En el salón, Leo y mi abuela están hablando por lo bajo. Ella le suelta una colleja y él se echa a reír.

—¿Qué os pasa?

—Le has contado lo de... —Levanta las cejas y abre mucho los ojos—. Ya sabes.

—Abuela, entiéndeme, tenía que compartir el trauma.

Me cae otra colleja a mí.

—Mostrad un poco más de respeto por vuestros mayores.

—¿Y cómo va a ser la cosa a partir de ahora? —pregunta Leo—. ¿Vamos a tener que llamar abuelo a Amancio?

Mi hermano y yo nos echamos a reír mientras mi abuela sigue gruñendo hasta que unos tacones golpean la madera de la escalera. Automáticamente, levantamos la vista.

Diana baja primero. Se ha ondulado su larga melena rubia y se ha pintado los labios de rojo. Escucho tragar saliva a mi hermano. Estoy a punto de burlarme de él cuando por fin veo a la pelirroja que baja detrás de su hermana.

Parpadeo varias veces para asegurarme de que la imagen que tengo delante es real. Clara lleva un mini vestido negro que se ajusta a su cuerpo y deja a la vista la piel pálida y suave de sus largas piernas. Se ha alisado el pelo, y se mete un mechón tras la oreja en lo que a mí me parece cámara lenta.

La risa de mi abuela me trae de vuelta al salón.

—Cerrad la boca, par de idiotas.



27. CLARA

—¿Has visto cómo te ha mirado Sebas?

—Calla.

Mi hermana sonríe.

—Lo has visto.

—Lo que he visto es a Leo babeando por ti.

—Sí, yo también —admite ella con satisfacción—. Hoy me apetece hacerle sufrir un poco.

—Diana...

—Alguien tiene que bajarle los humos a ese niño.

—Ese niño tiene unos meses más que tú.

Sacude la mano.

—Solo en la partida de nacimiento, pero le llevo años de ventaja.

Niego con la cabeza y sonrío antes de seguir poniendo la mesa. El mantel es de un blanco impoluto, lo que hace resaltar todavía más la cubertería dorada. Hay un centro de mesa lleno de cirios rojos, algún que otro lazo y bastantes piñas. Mi madre cuida mucho los detalles, en especial en estas fiestas, es algo que siempre he admirado.

No puedo evitar sucumbir y levantar la vista un segundo. Sebas me está mirando muy serio, sin un atisbo de su habitual socarronería. Está guapísimo con esa camisa blanca. Puedo imaginarme a la perfección cómo debe de oler ahora mismo. Estoy tentada de acercarme a su cuello y cerrar los ojos.

Un codazo de Diana interrumpe esa peligrosa línea de pensamiento.

—Mírala —susurra—, ya está con el móvil.

Nuestra madre, que lleva todavía el delantal y se ha puesto las gafas de cerca, sonríe como una tonta de cara a la pantalla.

—A lo mejor está contestando a la tía. Le habrá mandado uno de esos vídeos chorras para

felicitarle las fiestas.

Casi puedo oír rechinar los dientes de mi hermana.

—Se está mordiendo el labio. No está contestando a la tía.

—A lo mejor...

—¡Deja de buscar excusas! Sabemos lo que está haciendo y con quién.

Intento mantener la calma por las dos, pero mi madre me lo está poniendo difícil.

—Cada vez que pienso en el puzle de papá, me vengo abajo —confieso.

—Hay que hablar con ella ya.

—Espera al menos a mañana.

Una risita de mi madre es el detonante que nos faltaba.

—Se acabó.

Sigo a Diana y nos plantamos las dos de cara a ella. Se lleva el móvil al pecho en cuanto se da cuenta.

—Qué susto me habéis dado.

Mi hermana entrecierra los ojos.

—¿Ah, sí? ¿Qué hacías?

—Contestar felicitaciones.

—¿De quién?

Estamos las dos con los brazos cruzados, cubriendo ambos flancos para que no pueda huir. Ella nos mira a una y a otra con el ceño fruncido.

—¿Y a vosotras qué más os da?

—Pues nos da —respondo—, porque resulta que es a nuestro padre al que estás engañando con un tal Manuel.

Se le resbala el móvil ante tal acusación. Diana es más rápida que ella y lo coge del suelo, pero nuestra madre lo recupera, indignada.

—¿Me habéis estado espiando?

La señalo con el dedo.

—No hagas eso, mamá. Deja de estar a la defensiva. Estás poniéndole los cuernos a papá y vas a decírselo.

—Yo no estoy...

—¡Hemos visto los puñeteros mensajes! —exclama Diana.

—Baja la voz —murmuro.

La señora rubia a la que tengo en frente, y que ya no reconozco como mi madre, suspira.

—Tenéis razón.

Diana suelta un taco. Yo cojo aire y lo expulso.

—¿Desde cuándo te ves con él?

—¡Familia, a cenar!

Mi padre ha salido de la cocina y ha dado una palmada como si diera el pistoletazo de salida a una noche memorable. Desde luego, tiene pinta de que va a serlo.

Me vuelvo hacia mi madre otra vez.

—Díselo o lo haremos nosotras.

—¿Vais a hacerme chantaje en Nochebuena?

—Creía que no había nada más navideño que el chantaje familiar —disparo en respuesta.

Alza la barbilla en un último intento de mantener la dignidad. No le sirve de nada.

—No me esperaba esto de vosotras.

¿Cómo tiene la desfachatez de decirnos eso? La miro con toda la decepción del mundo.

—Ni nosotras de ti.

Diana la apunta con su dedo.

—Tienes cuarenta y ocho horas.



28. SEBAS

El ambiente en la mesa está... raro. Excepto por Jesús, que lleva toda la tarde alejado de su puzzle en un nuevo récord, y por su suegro. A Amancio no parece importarle demasiado que los demás lo pillemos lanzándole miraditas a mi abuela. Ella, en cambio, lo evita de forma evidente. Aunque le resulta difícil porque se le ha puesto al lado.

Yo me las he ingeniado para hacer lo mismo con Clara. Lo de sentarnos juntos, no lo de mirarla embobado. Bueno, creo. Me resulta imposible no poner los ojos sobre ella.

Parece preocupada. Y, desde luego, no es la única. Su madre y su hermana están igual. Son un triángulo de miradas asesinas en el que es mejor no estar en medio.

—¿Qué bicho os ha picado? —pregunta mi tía—. Estáis todos muy callados.

—Serán los nervios del estreno —responde Leo—. Apenas hemos ensayado.

Ella sonríe y levanta la copa.

—Eso nunca ha sido un problema. ¡Empezad a beber!

A todos nos parece buena idea. Necesitamos relajarnos y que alguien abra la boca de una vez. Por suerte, Amancio nunca ha sido un hombre callado. Comienza a recordar viejos tiempos de esta época y, poco a poco, todos vamos entrando en la conversación mientras untamos tostadas, comemos canapés y damos buena cuenta del solomillo con patatas.

Sin embargo, Catalina está tiesa como el palo de una escoba. Mi madre le susurra algo al oído, pero ella niega con la cabeza. Escucho resoplar a Clara a mi lado.

—Ginger, ¿estás bien?

Cuando gira la cabeza y me mira, el corazón rebota contra mis costillas. Sus ojos azules están enmarcados por una línea negra que ha alargado y le da un aspecto felino. Se ha dejado los labios desnudos, nunca ha sido de colores estridentes, pero a mí siempre me gustó así. Tan natural, tan... ella. Sus pecas sobresalen por encima de un pequeño toque de rubor.

Se pasa un mechón pelirrojo tras la oreja y se inclina un poco hacia mí.

—Mi madre sabe que lo sabemos.

Enarco las cejas.

—¿Cómo?

—Se lo hemos dicho. Mira a mi padre, Sebas. —Hace un gesto con la cabeza hacia él—. Le ha encargado un puzle personalizado de lo más romántico. Se ha puesto la camisa favorita de mi madre.

—Joder.

—Sí, joder. —Se coloca una servilleta sobre los muslos. Yo mataría por ser ese trozo de tela ahora mismo—. Pero vamos a cenar y a fingir que todo va bien porque eso es lo que hacen las familias, ¿no?

Le aparto la mano del cuchillo que estaba sujetando con tanta fuerza.

—A lo mejor tendríamos que haber sacado unos de plástico.

Su risa me provoca una corriente eléctrica de la cabeza a los pies.

—Habría sido una buena idea.

—Estoy aquí, ¿vale? Cuando te entren ganas de gritar o agarrar el cuchillo, puedes desahogarte conmigo.

—¿Te estás ofreciendo como víctima?

—Un par de insultos y algún corte superficial, como mucho.

Me sonrío de esa forma que emborrona todo lo que tengo a mi alrededor que no sea su cara.

—Gracias.

Me encojo de hombros.

—No se merecen. —Trago saliva—. Por cierto.

—¿Qué?

Mis ojos bajan de los suyos a esos labios carnosos que brillan bajo la lámpara del salón.

—Estás preciosa.



29. CLARA

Voy a tener que cambiarle el sitio a alguien. Sabía que tener a Sebas al lado no podía ser buena idea. Su olor me está desconcentrando, y luego está lo que acaba de decirme. Sé que no es nada del otro mundo, pero es... la forma en que lo ha dicho mientras clavaba sus ojos en los míos.

Maldito sea.

Es fácil olvidar lo que me ha hecho cuando lo tengo tan cerca, pero también es fácil recordarlo a los cinco segundos.

Sin embargo, sentir que lo tengo de mi parte esta noche es reconfortante, sobre todo con todo lo de mi madre. La tensión me está devorando por dentro cada vez que la miro a ella o a mi hermana. Mi padre se ríe con mi abuelo, ajeno a todo el follón. De verdad que a veces pienso que la felicidad está en la ignorancia.

Yo misma he deseado más de una vez no haberme enterado de ciertas cosas, pero es un pensamiento que desecho enseguida. Prefiero la verdad siempre, aunque me deje jodida.

—Hay que ver qué guapos os habéis puesto todos —comenta mi abuelo—. Sobre todo tú, Amparito.

La abuela de Sebas le da un puntapié por debajo de la mesa.

—Calla ya.

Su enamorado suelta una carcajada y alza la copa.

—Venga, un brindis por la familia.

Todos lo imitamos y bebemos. Mi madre apura la copa hasta el final.

—Hostia, tía, hoy vas a tope—comenta Carlos.

Mi padre se ríe.

—Voy a por otra botella.

—Ya voy yo —dice ella, poniéndose en pie sin soltar su copa.

Intercambio una mirada con mi hermana. Y aunque sé que sigue firme en su decisión,

también percibo cierta culpabilidad en su rostro. Lo sé porque es como mirarme a un espejo, yo me siento igual. No nos gusta verla tan preocupada y a punto de abandonarse al alcohol para superar esta noche. Puede que la haya cagado, pero sigue siendo nuestra madre. No somos monstruos.

—Voy a ayudarla. ¿Alguien quiere algo?

Echo un vistazo a mi alrededor. Sebas me mira de arriba abajo de una forma que me acelera el pulso.

—No, nada.

Trago saliva y le doy la espalda. Voy hacia la cocina bajándome el vestido. Mi madre está peleándose con el corcho de una botella de champán.

—Será posible... —masculla con los dientes apretados.

—Mamá.

Se da media vuelta, sobresaltada.

—¿También has venido a espiarme a la cocina? Ni siquiera llevo el móvil encima.

Suspiro.

—¿Estás bien?

—¿Yo? ¡Estupendamente! —Sigue insistiendo en su intento de descorchar la botella—. ¿Por qué? ¿No lo parezco? ¿No parezco estar increíblemente bien?

Empieza a trabársele la lengua. Está frenética, casi rozando el histerismo. Esto no puede acabar de forma civilizada.

—Te has equivocado de bebida —informo, aunque ella parece no escucharme—. Sé que Diana y yo hemos sido duras contigo antes.

—Venga, hija, déjate de dramas esta noche. —El corcho por fin hace ¡pop! y me da de lleno en la frente.

—¡Joder, mamá!

—¡Clara! —Suelta la botella y se acerca a mí—. ¿Estás bien?

Me froto la zona donde el corcho ha aterrizado y froto.

—¿Es que no parezco estar increíblemente bien? —gruño, imitándola. Cuando me roza la zona dolorida, la aparto—. Estate quieta y lleva el vino a la mesa para que te lo abra alguien.

Se da cuenta entonces de que llevaba todo el rato intentando abrir una botella con la bebida equivocada, pero no dice nada al respecto.

—¿Tú no vienes?

—Yo necesito un momento.

Se va sin abrir de nuevo el pico, con su copa vacía en una mano y la botella cerrada en la otra. Diana y Sebas entran en la cocina.

—¿Qué ha pasado? Mamá se ha quedado blanca y está abrazada a una botella de vino.

—Casi me deja tuerta con el maldito champán —explico. Me he apoyado en la encimera y he cerrado un ojo.

Sebas da un paso hacia mí.

—Creo que te va a salir un buen chichón.

Abro el ojo y lo fulmino con la mirada.

—¿No me digas?

Mi hermana saca una bolsa de guisantes del congelador y se la entrega.

—Cuida de ella. Yo voy a controlar a la señora del vino.

Me guiña un ojo por detrás de Sebas, la muy...

—No necesito que me cuides —mascullo.

—Eso ya lo sé. —Él se acerca a mí y me coloca la bolsa de guisantes en la frente. Siseo por el frío—. ¿Te duele mucho?

Veo las motitas de color ámbar de sus iris marrones. Sus labios están tan cerca...

—Un poco —digo con un hilo de voz—. Ha sido más el susto que otra cosa.

Una media sonrisa y unos segundos de silencio. Me aparta un mechón de la cara que se ha pegado a la bolsa. Trago saliva.

—Esto no pinta bien, ¿verdad?

—¿La frente? —pregunta.

—Y la noche.

—La noche no, francamente. Y la frente... bueno, parece que te está saliendo un cuerno.

Aparto la bolsa de un manotazo.

—Muy gracioso.

Frunce el ceño, confuso, pero entonces parece entender.

—Joder, Ginger. ¿Tienes que sacarle punta a todo? Solo quería ayudar.

Le quito la bolsa de guisantes y me la pongo yo misma.

—Vale.

—¿Vale?

—Sí, querías ayudar y ya lo has hecho. Gracias por sujetarme los guisantes congelados, pero puedes volver a la mesa.

Chasquea la lengua y se da la vuelta.

—Incluso borde sigues estando preciosa.



30. SEBAS

Todo lo que digo puede ser usado en mi contra y, de hecho, es lo que ocurre cada vez que hablo con Clara. Sé que para ella fui un cabrón egoísta que tiró por la borda años de confianza, pero... joder, ya ha pasado más de un año. Un error. Una noche.

La cena se ha descontrolado por completo. Catalina está borracha del todo y no deja de interrogar a su sobrino sobre su vida sentimental. Mi tía y Raúl se han ido al sofá a ver la tele, hartos de aguantar tanta daga voladora cruzando la mesa.

Mi madre no ha parado de recordarnos a Clara y a mí lo buena pareja que hacemos.

Y está claro que Amancio le está metiendo mano a mi abuela por debajo de la mesa.

—Por favor, abuelo —lo riñe Clara—. Te estamos viendo todos.

—No sé de qué me hablas.

—Amancio, respete un poco —exige Leo con la nariz arrugada—. Todavía estamos con el postre.

El anciano resopla.

—Os habéis vuelto muy puritanos todos de repente.

Mi madre nos apunta con el teléfono.

—Dejadme que os haga una foto, niños. Por los viejos tiempos. —Se levanta y nos lanza un par de gorros de Papá Noel que Catalina tenía para decorar una lámpara y un reno de tamaño casi real.

Clara y yo intercambiamos una mirada incómoda en cuanto los atrapamos.

—Mamá, ya vale.

—Sebastián, solo es una foto. ¿Vas a tener que replicarme también esta noche? Venga, pegaos un poco más, que parecéis dos desconocidos. —Mis labios dibujan un «lo siento». Clara niega con la cabeza y pega su hombro al mío—. Y poneos los gorritos.

Chasqueo la lengua, pero obedezco. Clara está peleándose con la borla blanca, que se le va

continuamente hacia la cara, así que me atrevo a echársela hacia atrás. Rozo su pelo en el proceso y siento que la boca se me reseca.

—Pero pásale el brazo por encima o algo —insiste mi madre.

—Hazlo de una vez para que nos deje en paz —murmura Clara, sin perder la sonrisa.

Trago saliva. Siento que el corazón me rebota en el pecho cuando mis dedos rozan su piel.

—Lo que yo decía, una pareja preciosa.

Mi madre se ha quedado contenta con su maldita foto y nosotros volvemos a poner distancia.

Son solo unos centímetros, pero pesan como si fueran kilómetros.



31. CLARA

—Bueno, Carlitos, cariño —comenta mi madre tras apurar su... no sé, he perdido ya la cuenta de cuántas copas lleva encima—, ¿y qué me dices de la hija de los vecinos? Creo que está soltera.

—No me interesa.

—¿Por qué no? Es muy mona.

—Pues porque no, tía. Porque estoy bien así.

Mi madre insiste. Carlos bebe para soportarla. Mi hermana y Leo, que se han puesto un par de diademas con antenitas y se menean al gesticular, discuten por no sé qué chorrada de TikTok. La madre de Sebas sigue comiéndole la cabeza a su hijo mayor con lo de que volvamos a ser pareja.

—Hija, Marisa tiene razón —me dice mi madre, metiéndose en la conversación—. Sebashhh y tú... —Cierra los ojos, pegada a su copa—. Seguro que lo puedes perdonar, sea lo que sea lo que te haya hecho. Ya ha pasado tiempo, hay que olvidar.

Aprieto los dientes. El mantel. Hasta el culo para no saltar y montar un espectáculo.

—Deja a la niña, Cata —interviene mi padre—. Ya es mayorcita.

—Tú calla y vuelve con tu puzle, que es lo único que te preocupa.

Mi padre resopla. Diana lo ha escuchado y suelta el vaso que sujetaba con fuerza sobre la mesa. En mi ojo se acaba de manifestar un tic muy molesto.

—¡Amparito, que me tienes loco! —exclama mi abuelo. La mujer falla en el intento de tapar la risa que se le escapa.

—Hermana, aquí todo el mundo se va emparejando menos nosotras —comenta Lucía.

—Eh, yo no me estoy emparejando con nadie —dice Diana.

—¿Y mi sobrino?

Leo se cruza de brazos.

—Yo paso de Barbie.

Diana se echa el pelo hacia atrás y se inclina sobre él, dejando su escote muy cerca de su cara.

—Serías mío si quisiera, bocazas.

Los ojos de Leo lo traicionan. Diana le lanza a la cabeza un trozo de pan y vuelven a la carga. Mi padre lanza miradas de anhelo hacia la escalera. Raúl ha subido la voz a la película de dibujos y ahora el genio de *Aladdín* se escucha por los altavoces. La madre de Sebas acaba de tomar el relevo de mi madre para inmiscuirse en la vida de Carlos.

—Cielo, yo creo que tendrías que dejar a Marc. —El aliento cargado de mi madre en la cara me revuelve el estómago. ¿Cuánto va a tardar en largarse a dormir la mona?—. Ya sabes que lo aprecio mucho, pero Besas... es Besas.

—¿Qué dices?

Se lleva la mano a la boca y se ríe como una hiena.

—¡Uy! Sebas. Quería decir Sebas.

La cabeza me palpita con furia. Por el *corchazo* de antes, pero sobre todo por esta velada desastrosa. Mi madre sigue hablando, aunque apenas entiendo ya lo que dice.

Todo es caos a mi alrededor y yo ya no puedo soportarlo más. Me levanto y doy un golpe sobre la mesa.

—¡Basta ya! —grito. Se hace el silencio. El corazón me va a mil por hora—. Marc y yo no somos pareja. ¡Era todo mentira! ¡Y no tenéis ningún derecho a meteros en mi vida ni en la de nadie, joder!

Los hombros me suben y bajan mientras trato de respirar. Es pronto para descartar un ataque al corazón.

Mi abuelo se pone en pie.

—¡Amparo y yo somos amantes!

—¡Viejo bocazas!

Carlos toma el relevo. Decidido, suelta la servilleta de golpe y se levanta también.

—¡Soy gay y he besado a Marc! Y no pienso seguir ocultándome.

Mi madre ahoga un grito. Miro a mi primo con los ojos como platos de sorpresa, pero también de admiración.

—A mí no me ha gustado el pollo —dice Raúl desde el sofá.

Me da la risa. Una risa nerviosa e histérica. Diana arrastra la silla al levantarse y alza el puño.

—¡Abajo el patriarcado!

Leo la imita.

—¡Esta cena es un puto desastre!

Una carcajada de mi abuelo.

—¿Veis como es mejor ser sinceros?

Veo a mi madre levantarse como si fuera a cámara lenta. Apoya las dos manos sobre la mesa con la determinación escrita en la cara.

—Jesús, te he engañado con otro.

Dejo de respirar por un momento. En serio, me ahogo. La cara de mi padre es un poema. Creo que espera que alguien le diga que todo es una broma, pero eso no va a ocurrir.

Todos empiezan a hablar a la vez. Alguien tira una copa de vino sobre el mantel, pero ni me doy cuenta de quién. Los cirios rojos del centro caen sobre la mancha.

—¡Cuidado! —grita Amparo—. ¡Todavía salimos ardiendo!

No lo aguanto más. Necesito aire. Me doy media vuelta y dejo los restos de esa cena atrás para salir de allí.

Es pura supervivencia.



32. SEBAS

Las preguntas han dado paso a reproches. Todos están hablando a la vez. Me levanto de la mesa y cojo el abrigo de Clara del perchero y mi cazadora antes de seguirla al exterior.

No la busco por el jardín porque la valla está abierta. Mis pasos crujen por la gravilla hasta que la veo y me detengo. Está de espaldas, mirando hacia el oscuro horizonte, con las manos sobre la cabeza.

—Ginger.

No se gira, pero veo que se tensa. Sus manos se convierten en puños. Cuando me pongo a su lado, entiendo que es porque está intentando no echarse a llorar.

—¿Vienes a regodearte? Porque no es el momento.

—¿Qué?

—Ya sabes, tú tenías razón con lo de Marc —dice, todavía sin mirarme—. No es mi novio y ya sé que no tenía que haber...

—Clara, no tienes que darme explicaciones.

Le pongo el abrigo por encima.

—Gracias —susurra. Asiento en silencio y me coloco la cazadora, pero no digo nada. Solo quiero que sepa que estoy aquí—. Sabía que la noche sería difícil, pero esto...

—Sí, ha superado nuestras expectativas.

Sacude la cabeza y, por fin, me mira.

—No sé si reír o llorar.

Me encojo de hombros.

—Bueno, ¿por qué elegir? Sácalo todo, te vas a hacer una contractura si sigues guardándolo.

Sonríe un poco. Luego suspira.

—¿Estaban discutiendo? —se atreve a preguntar, aunque sé que tiene miedo de la respuesta—. Mis padres.

—Tu madre ha empezado a llorar. Y a gritar. No se le entendía nada, la verdad. Tu padre subía las escaleras cuando yo salía. ¿Quieres que volvamos dentro?

Se gira y me mira con esos ojos azules brillantes por las lágrimas.

—Ve tú, si quieres. Yo prefiero dormir sobre esas piedras que enfrentarme a eso ahora mismo.

Llevo las llaves del coche en el bolsillo de la cazadora. Las saco y abro las puertas.

—Vale, nos vamos.

—¿A dónde?

—¿Acaso importa?

Me mira fijamente y, sin decir nada más, abre la puerta del copiloto. Arranco, enciendo la radio, y salgo de allí sin mirar atrás.

Durante un rato, ninguno de los dos decimos nada. Clara va cambiando de emisora, y ese gesto me parece tan familiar, que me hace sonreír.

—¿Qué?

—Nada.

—¿No podía tocar tu radio?

—No, no es eso.

—¿Entonces?

—He tenido un *déjà vu*.

Se muerde el labio.

—Ah.

Un silencio extraño se apodera del coche. Carraspeo y le pido que siga buscando una emisora que le guste. Se detiene en la Muy buena con una gran sonrisa.

Me río al reconocer el principio de la canción.

—A esto le llamo yo recordar viejos tiempos.

—¿La has pinchado alguna vez?

—¿*Flying free*? Pues claro.

La veo mover la cabeza y dar golpecitos en sus muslos. Hace *playback*, pero sé que se está conteniendo.

—Ginger, no es así como se disfruta de esta canción y tú lo sabes.

Su risa es mejor que cualquier melodía.

—No voy a ponerme a saltar en tu coche.

—¿Y por qué no? —La miro con las cejas levantadas, retándola—. ¿Los dos juntos?

Compartimos una sonrisa. Y nos soltamos, porque ahora mismo es lo único que necesitamos. Yo doy golpes en el volante, ella empieza su coreografía. Nos señalamos, levantamos las manos, movemos la cabeza.

Y nos partimos el culo de risa.

Cuando la canción termina, tenemos la respiración acelerada.

—¿Mejor? —pregunto.

Ella asiente.

—Joder, ya lo creo. Esta canción tendría que recetarla el médico para el estrés.

—Estoy de acuerdo.

Nos calmamos poco a poco. Seguimos evitando hablar de la cena y nos centramos en la música. En las avenidas tranquilas de la ciudad en esta Nochebuena.

Clara ha apoyado la frente en el cristal mientras Coldplay canta bajito y yo quisiera que este trayecto en coche no terminara nunca.

—¿No había otro sitio? Estoy helada.

Hemos dejado los zapatos y las zapatillas junto a las escaleras del paseo para no mancharlos.

—Te encantaba venir a esta playa en invierno.

Las olas del mar suenan con fuerza en medio del viento.

—Pero de día. Con solecito.

Me acerco a ella y froto sus brazos y su espalda.

—¿Mejor?

—Sí, aunque el efecto dura poco.

Tuerzo una sonrisa.

—Venga, a correr.

—¿Qué?

La cojo de la mano y tiro de ella. La obligo a correr unos pasos, pero nos da la risa y tenemos que parar.

—Estás loco.

—Oye, no tenemos alcohol, así que de alguna forma tendremos que entrar en calor.

—Y se te ha ocurrido hacerme correr con este vestido, claro que sí.

—Bueno, también se me ocurren otras cosas... —Enarco una ceja y la miro de arriba abajo.

—Ni lo sueñes.

—A ver si lo vas a soñar tú.

Coge un puñado de arena y me la tira.

—Cierra el pico.

Me sale la carcajada antes de agarrarle las manos para evitar que vuelva a la carga. Ella pelea un poco, pero no puede escapar. Durante un instante, nos miramos a los ojos. El mar de fondo, nuestro aliento mezclándose con el del otro...

Traga saliva y se mira los pies. Carraspeo y la suelto. Ella da unos pasos hasta la orilla.

—Vale, quizá no haya sido mi mejor idea venir aquí. Pero... he echado mucho de menos este sitio.

Y la compañía, aunque no añado nada. Sonríe de cara al mar.

—No, está bien. —Cierra los ojos un momento—. El mar tiene algo que cura, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí.

Me pongo a su altura y me pego un poco a ella. Se me para el corazón un segundo cuando apoya su cabeza sobre mi hombro.

—Feliz *Nochemala*, Sebas.

Sonríó.

—Feliz *Nochemala*, Clara.



33. CLARA

—No tenemos por qué entrar. Podemos ir a cualquier otro sitio —dice Sebas—. Podemos volver a la playa.

Miro al interior del local, que está abarrotado.

—Una copa no me vendría mal.

—De acuerdo.

Un amigo suyo le ha propuesto acercarse a un *pub* del centro y a mí no me ha parecido mala idea, la verdad. Música alta y alcohol para ahogar mis pensamientos. ¿Qué más podría pedir ahora?

Una vez dentro, Sebas me coge la mano para no perderme. Me resulta un gesto tan familiar, que tardo dos segundos en comprender que, en realidad, ya no lo es. Pero es agobiante la cantidad de personas que hay, así que me aferro a sus dedos y lo sigo hasta la barra.

—¿Qué te apetece? —me pregunta al llegar. Se da cuenta de que sigue sujetando mi mano y me suelta—. Perdona.

—Tranquilo. Un daiquiri de fresa. —Él esboza media sonrisa y pide dos—. ¿No prefieres vodka?

Se quita la cazadora. Qué guapo está con esa maldita camisa.

—Hoy me adapto a tus gustos, Ginger. Me apetece algo más dulce.

Se humedece los labios después de decir eso, justo en el momento en que yo me deshago del abrigo. Estoy convencida de que no es casualidad.

El camarero nos sirve las copas y brindamos por la mierda de noche.

—Se me hace raro salir de fiesta en Nochebuena —digo tras el primer sorbo—. ¿Saliste el año pasado?

La pregunta se queda unos segundos en el aire. Sebas da un sorbo.

—Estuve trabajando.

Eso significa que estuvo en una discoteca, así que...

—Ya.

No sé qué más añadir en este momento, pero tampoco hace falta porque es él quien habla.

—Era la primera Navidad que no estábamos juntos. No me vi capaz de celebrarla sin ti.

No levanta la vista de la copa. Las ganas de besarlo son demasiado reales.

—Para mí tampoco fue fácil —admito—. Supongo que estaba demasiado reciente todavía.

Por fin, me mira.

—Supongo que sí. —Sus ojos vuelan entonces a mi frente—. ¿Te duele?

Me llevo la mano al lugar donde el corcho de mi madre se ha estrellado antes. Se me había olvidado por completo.

—Ya no.

—Quiero pensar que es por los veinte segundos en los que te he sujetado los guisantes.

—Desde luego. Estoy en deuda contigo por eso. —Doy un trago largo a mi copa, algo más relajada por el desvío de la conversación—. Ahora tendríamos que estar bailando una recopilación de los Backstreet Boys.

Sonríe.

—Es verdad. Mi tía debe de estar hecha polvo.

—Madre mía, Lucía. —Me muerdo el labio—. Esta nos la va a guardar.

—Eso ni lo dudes.

Seguimos charlando un rato sobre nuestras familias. O gritando, más bien, porque es imposible entenderse a un tono normal aquí dentro. La gente baila, grita, bebe.

—¡Tío!

Un chico le da una palmada en el hombro a Sebas de golpe.

—¡Ey, Dani! —suelta él, dándole un abrazo—. Joder, cuánto tiempo.

—No te dejas ver nunca, cabronazo. ¿Sigues en Madrid, no?

—Eso parece. —Me lanza una mirada de reojo—. Dani, esta es Clara.

Los ojos del tal Dani se abren por la sorpresa y luego se inclina para darme dos besos.

—Un placer conocerte por fin.

—¿Por fin?

Sebas carraspea. El otro se da cuenta de que ha metido la pata.

—Sí, bueno... yo conocí a Sebas cuando tú y él... ya sabes. Acababais de romper. Me alegra que lo hayáis podido solucionar.

Alzo las cejas.

—No, no...

—No estamos juntos, colega —interviene Sebas—. Clara y yo somos amigos.

Doy un sorbo a la copa.

—Bueno, eso aún está por ver.

Mi ex se gira hacia su amigo y se encoge de hombros.

—Me lo está poniendo difícil.

Dani se ríe y le da otra palmada de camaradería.

—Clara, me caes bien. —Me guiña el ojo—. Lo que pidas esta noche corre de mi cuenta.

—Tío, ¿estás intentando ligar con ella?

—Has dicho que solo sois amigos, ¿no? —Se gira hacia mí—. ¿Qué me dices?

—Te digo que paso, no te ofendas. Esta noche solo pienso ligar con esta copa.

El chico, que en realidad parecía estar bromeando todo el rato, suelta una carcajada. Invita a Sebas a subir a la cabina del Dj y este me mira, como pidiéndome permiso.

Levanto el daiquiri.

—Estoy servida, haz lo tuyo.

—Solo un par de canciones, te lo prometo.

—Tampoco es como si tus promesas fueran de fiar.

No sé por qué he dicho eso. Bueno, sí, porque es la verdad, pero no pretendía sonar tan brusca.

—Clara...

—Te están esperando.

Le doy la espalda y apoyo los codos sobre la mesa. Sé que se queda unos segundos mirándome, y solo suelto el aire que estaba conteniendo cuando de reojo percibo que empieza a alejarse.

El Dj de esa noche anuncia a un colega. La gente vitorea y aplaude. Ahora que ya no lo tengo cerca, me permito fijarme en él. Con los cascos a medio poner, ese ceño fruncido por la concentración. Sé lo que siente al estar frente a una mesa de mezclas, la pasión que siempre ha puesto en cada sesión que ha creado.

Las luces cambian su piel de color. Alza un brazo, se mueve al ritmo de la música, y a mí me parece demasiado sexy como para apartar la vista.

—Eh, Clara, siento lo de antes.

Me giro al descubrir a Dani a mi lado.

—No te preocupes.

—Solo quería meterme un poco con él. No soy un acosador.

Alzo una ceja, pero sonrío.

—¿Y por qué sigues aquí?

Suelta una carcajada.

—Es una buena pregunta. —Sigue mi mirada hasta Sebas—. Realmente, disfruta de su trabajo, ¿verdad?

—Eso parece.

—Es el mejor.

Una chica se ha acercado a Sebas y le dice algo al oído. Se ríe. Él también. De repente, me asalta un recuerdo. Uno amargo y doloroso. ¿Así fue como empezó todo? Unas palabras al oído. Un roce en el brazo. Una desconocida cualquiera.

—Parece que no eres el único que lo piensa.

Dani apoya su codo en la barra.

—Es la erótica del Dj.

—¿Eso existe?

—Dímelo tú.

Yo no puedo ser objetiva porque lo que siento por Sebas no se limita a cuando lo veo pinchar. Pero sí, está claro que desprende algo magnético ahí arriba.

De repente, comienza a sonar una música que reconozco muy bien.

—No lo puedo creer.

—¿Qué pasa?

Sacudo la cabeza. Un *remix* de *Backstreet's back* suena por toda la discoteca. La gente se vuelve loca. Todo el mundo conoce esta canción.

Los ojos de Sebas me encuentran entre la multitud. Enseña sus dientes al sonreír y me señala.

—¡Ginger, esta es para ti!

La gente se gira a mirarme. Me tapo la cara, pero no dejo de sonreír. Dani ha empezado a cantar en un inglés muy cuestionable. Le sigo el rollo y canto también, incluso hacemos algún paso de la coreografía.

Sebas nos encuentra en medio de un *alright!*

—A Dani le falta ensayar mucho —me dice al oído. Su aliento de daiquiri de fresa me hace cosquillas.

Se me escapa la carcajada.

—Eh, te he oído —le dice su amigo. Luego nos pone una mano en el hombro a cada uno—. Tengo que irme un momento, disfrutad de la noche. Clara, un placer.

—Lo mismo digo.

Se aleja sin dejar de saludar a todo el mundo a su paso. Sebas y yo bailamos un rato, nos reímos, nos gritamos al oído.

Cuando volvemos a la barra, ambos estamos sudados y sonrientes. Estamos muy cerca. Tanto, que nuestros alientos se entremezclan. Me da vueltas todo, y sé que se debe más a los saltos que estábamos pegando que al alcohol, pues apenas he tomado una copa.

—Necesitaba esto —confieso—. Gracias.

Se encoge de hombros.

—Lo que sea por verte sonreír así, Ginger.

Esa sonrisa de la que habla se ensancha todavía más. Soy yo la que atrapa su mano ahora.

—¿Y si nos vamos ya?



34. SEBAS

Muchos de mis sueños empiezan así: Clara mirándome con ese brillo en los ojos, mordiéndose el labio, acercándose hasta casi rozar mi pecho... Entonces entrelaza sus dedos con los míos y me lleva a algún sitio donde poder besarnos sin tener que ocultar el sonido de nuestros jadeos.

Pero los sueños son solo eso, sueños. Y al salir del local, me ha soltado la mano para poner rumbo al coche. Abrimos las puertas a la vez y entramos. De repente, el silencio parece haber engullido cualquier sonido y solo quedamos nosotros y una especie de energía que nos envuelve.

Arranco el motor y ella me sonríe con cierta timidez al tocar de nuevo mi radio. Ese gesto me lanza una descarga al centro de la columna. Aprieto el volante y cuento hasta diez mientras finjo que estoy perfectamente.

Måneskin suena por los altavoces. Clara apoya la cabeza en su mano, de cara al cristal, y canta entre dientes su *Honey, are you coming?* Yo me limito a conducir y a aguantar las ganas de parar en cualquier sitio para poderla besar.

Al llegar a casa, le pongo una mano en el hombro para despertarla. Abre los ojos de golpe.

—¿Me he dormido?

—Un poco. Pero tranquila, casi no has roncado.

—¿Qué? ¡Yo no ronco!

Me río y ella me da un golpe con el bolso.

—Me he divertido esta noche, Ginger. —Entonces recuerdo lo que pasó en la cena y señalo con la cabeza hacia la casa—. Bueno, me refiero a lo de después de todo eso.

Ella esboza media sonrisa.

—Yo también.

Me quito el cinturón. Mi cuerpo se acerca al suyo un poco sin pedirme permiso.

—Al final, voy a tener que agradecerle a mi madre que me engañara para venir.

El corazón se me dispara. El olor de Clara está por todo mi coche. Ver cómo se humedece los

labios antes de contestar es una tortura.

—Supongo que no ha sido tan mala idea juntarnos —dice ella.

Me inclino un poco. Atrapo un mechón de su pelo despacio con un par de dedos. Es como una tira de seda roja suave y conocida, como atrapar un pedazo de hogar. Sigo poniendo toda mi atención en ese mechón. Se lo paso tras la oreja despacio y entonces la miro a los ojos. Reconozco el deseo en ellos. Sus pupilas han devorado gran parte de la línea azul del iris.

Trago saliva y me acerco despacio. Mi mano se ha colado por su pelo y atrapa su nuca. Cierro los ojos cuando nuestras narices se rozan.

—¡Amparo se está peinaaando, entre cortina y cortiina!

Abro los ojos de golpe. Los dos nos apartamos, cohibidos, confusos. Es Clara la primera en salir del coche. Yo la sigo con un suspiro de frustración.

—¿Qué cojones...? —se me escapa cuando encontramos a Amancio bajo la ventana de la habitación de mi abuela. Lleva una botella de vino en la mano.

—Sus cabellos son de ooro... y el peine de plata fiiina... Bueno, Amparito, tus cabellos fueron de oro, ahora son de plata también.

El viejo suelta una risita y empina el codo otra vez.

—¿Abuelo, qué haces?

—¡Clarita, cariño!

Se lanza a los brazos de su nieta. La ventana de mi abuela se ilumina.

—¡Carcamal escandaloso, son las dos de la mañana!

—Ay, Amparito, no podía dormir pensando en tu belleza.

A Clara le da la risa. Yo estoy alucinando con esta escena tan surrealista. Por no hablar de que el puñetero Amancio me ha jodido el momento con su nieta.

Más ventanas se abren.

—Mamá, ¿qué narices hacéis a estas horas? —Mi tía se frota los ojos y, cuando nos ve a Clara y a mí, se cruza de brazos—. Vaya, vaya, los desertores.

Clara levanta las dos manos.

—Lucía, te lo vamos a compensar.

—Más os vale. Os había hecho unos micrófonos de puta madre.

—¿Mamá?

La frente de mi primo pequeño aparece por la ventana. Lo que me extraña es que Diana y mi hermano aún no estén aquí.

—En realidad, hemos cumplido. Técnicamente hablando —añado yo—. Hemos bailado *Backstreet's back*.

—Necesito pruebas gráficas.

—No las tenemos —confiesa Clara, que sigue sujetando a su abuelo.

—Entonces es como si no hubiera pasado.

Pero sí ha pasado. Y las imágenes no se van a borrar de mi cabeza.

Amancio empieza a cantar otra vez. Clara le tapa la boca con la mano. Mi abuela le lanza unos calcetines y unos cuantos insultos antes de cerrar la ventana otra vez.

—¿Es Papá Noel? —escucho que pregunta Raúl—. ¿Trae los regalos? ¿Se ha comido y bebido lo que le dejamos?

—Sí, cariño. Se lo ha comido y bebido todo. Solo le ha faltado el agua de la piscina.

—¿Puedo verlo?

—Tienes que irte a la cama, es el trato. Papá Noel solo se queda si estás dormido.

El crío refunfuña un poco, pero acepta. Estoy seguro de que se va a quedar dormido en menos de un minuto. Mi tía nos señala a Clara y a mí, como lanzándonos una amenaza silenciosa, y vuelve a cerrar la ventana.

Clara se ha pasado el brazo de su abuelo sobre los hombros y me mira.

—Ayúdame a acostarlo. Papá Noel no puede coger el trineo en este estado.



35. CLARA

Acabo de acostarme cuando escucho golpes en el cristal. Giro el cuello, sobresaltada, y abro la boca por la sorpresa.

—Jo, jo, jo. —El sonido suena amortiguado. El aliento de Sebas empaña el cristal.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunto al abrir la ventana.

Se cuela en mi habitación de un salto.

—Recordar viejos tiempos. —Se sacude el pantalón con una mano—. Estoy tan ágil como siempre, Ginger.

Niego con la cabeza y sonrío.

—Tampoco hace tanto de la última vez.

Sus ojos me encuentran bajo la luz de la luna.

—A mí me ha parecido toda una vida. —Tras unos segundos de silencio, carraspea y señala la cama vacía de mi hermana—. ¿Y Diana?

—Se ha ido a una fiesta.

—Leo también. No podemos culparlos, ¿no? Los hemos dejado a todos tirados.

Suspiro.

—Sí, es verdad. Tenemos muchas deudas con esta familia.

—Nos ocuparemos mañana de eso. —Enarca una ceja—. ¿Vamos?

—¿A dónde?

—He dejado en los columpios galletas de mi tía.

Chasqueo la lengua.

—Sebas, Lucía ya está bastante cabreada con lo de los Backstreet Boys. No creo que comernos sus galletas especiales lo vaya a arreglar.

—Le diremos que han sido los renos de Papá Noel.

Tiene un pie fuera y me ofrece la mano. Este se cree que es Aladdín y que yo voy a subirme a

su alfombra mágica solo por su sonrisa bonita.

Pero qué bonita la tiene, el muy...

—Estaba a punto de dormir.

—Siempre se te ha dado mal mentir, Ginger.

Me cruzo de brazos.

—Tendrás que darme unas clases.

Su sonrisa se tuerce con amargura, pero no baja su mano. Aunque sí el tono de su voz.

—Por favor.

Sabe de sobra que eso es juego sucio, que a ese tono ronco y sexy es difícil resistirse. Suelto un bufido, pero acabo dándole la mano.

—¿Por qué no salimos por la puerta? —pregunto, aunque ya estoy con un pie en el alféizar.

—¿Y dónde quedaría entonces la aventura?

Paso con cuidado a la rama del árbol. Sebas tarda unos segundos en seguirme. Lo hace con las manos extendidas para protegerme, pero no es la primera vez que hago esto, ni de lejos. Cuando llego a la rama más baja, flexiono las piernas y salto. Caigo en el césped con un equilibrio aceptable.

—¿Te ayudo? —le pregunto con socarronería—. No vayas a romperte algo.

—Ya te gustaría.

Salta y cae a mi lado. Pisa en falso, así que lo sujeto para que no se coma el suelo. Escucho su respiración agitada.

—¿Estás bien?

Su mano está en mi brazo. Su boca entreabierta, peligrosamente cerca. Sacudo la cabeza antes de echar a andar. Estoy jugando con fuego esta noche y tengo que mantenerme fría.

Nos sentamos cada uno en un columpio. Abro la tapa de la caja de latón y cojo una galleta. Él hace lo mismo y damos el primer bocado.

—Están... raras —opino.

—Unos bocados más y nos parecerán mejor que unas Chips Ahoy.

Sonrío y me quedo mirando el agua oscura de la piscina. El reflejo de la luna en la superficie. El sonido de los grillos nos rodea. El frío y la humedad se me pegan a la piel.

—Sebas.

—¿Hum?

—Gracias por lo de esta noche.

—No tienes que agradecerme nada. Yo siempre voy a... —Baja los ojos a su galleta y carraspea—. Quiero decir, no hay de qué.

—No sé por qué haces esto —se me escapa antes de poder decidir siquiera si soltar las palabras—. No sé por qué intentas...

Levanta la cabeza y me mira.

—¿De verdad no lo sabes?

De nuevo esa electricidad trepando por mi espalda. No puedo permitirlo. Dejo mi galleta empezada en la caja y me agarro a las cadenas del columpio para balancearme.

—¿Me empujas?

Su sonrisa parece algo triste, pero hace lo que le pido. Durante unos minutos, volvemos a ser dos críos jugando. Aunque intento no hacer demasiado ruido, creo que no lo consigo.

—¡Para, por favor! —suplico entre risas—. ¡Voy a vomitar!

La risa de Sebas se extingue poco a poco a la vez que la velocidad del columpio. Se pone delante, con las manos sobre los laterales del asiento y clava los pies para terminar de parar esta cosa.

Está inclinado sobre mí otra vez. Y otra vez, vuelvo a mirar su boca. A rememorar su sabor. A soñar despierta con algo que no debería volver a pasar.

—Ginger.

—¿Sí?

Se humedece los labios. Sus ojos me engullen en la oscuridad.

—Hay algo que me he quedado con ganas de hacer antes.

Trago saliva. Se me está nublando la vista, y no es por la galleta. Ni siquiera le he dado dos bocados.

—¿El qué?

Sujeta con más fuerza el columpio para evitar que se mueva. Su nariz roza la mía despacio, como si me pidiera permiso. Mis labios y mis ojos me traicionan. Los primeros se abren para darle la bienvenida; Los segundos se cierran para permitirme sentir todo lo que viene a continuación.

Cuando por fin me besa, es como si algo explotara en el centro de mi pecho. Un fuego me abrasa la piel mientras su lengua busca la mía. Sus manos se pierden en mi pelo y un pequeño jadeo se escapa de su boca.

Por un momento, no sé ni dónde estoy. Creo que no sería capaz ni de decir mi nombre completo ahora mismo.

Cuando se retira para coger aire, solo quiero exigir que vuelva a besarme. Pero no lo hago. Me quedo mirándolo en silencio, con la respiración acelerada, tratando de asimilar que esto acaba de pasar en la realidad y no solo en mi cabeza.

Su dedo pulgar me acaricia el labio inferior.

—Buenas noches.

Y sin más, se aleja de mí y entra en la casa. Con cada paso que sus zapatillas dan sobre el césped, va volviendo mi conciencia. ¿Qué acabamos de hacer? ¿Cómo puedo ser tan débil? ¿Y

por qué no me arrepiento en absoluto?

Subo las escaleras de puntillas, aun a riesgo de encontrarme con alguien de mi familia. No me veo capacitada de escalar el árbol como un mono ahora mismo.

La puerta de la habitación de Sebas está cerrada cuando subo las escaleras. Estoy tentada de llamar, pero me reprendo a mí misma. Ya he hecho más que suficiente por una noche.

Entro en mi habitación, que sigue a oscuras. Sobre la cama, algo llama mi atención. Me acerco y enciendo la luz de la lamparita. Es un libro, pero no uno cualquiera. Es la edición ilustrada de *Mujercitas* que estaba hojeando esta tarde en la librería Soriano cuando Sebas me encontró. Esa que le puse en las manos antes de dejarlo atrás.

Tiene una nota encima.

Feliz Navidad, Ginger.

Ha debido de dejarlo en los segundos en que yo me he adelantado sobre la rama del árbol. Acaricio la tapa y luego hago lo mismo con mis labios, que todavía palpitan por el beso.

Maldito seas, Sebastián.



36. SEBAS

He estado despierto gran parte de la noche, aunque me he perdido el momento en que mi hermano ha vuelto a casa. Ahora ronca en la cama de al lado, ajeno al caos que tengo en la cabeza.

Cada vez que pienso en que anoche besé a Clara, se me escapa una sonrisa. Pero cuando caigo en la cuenta de que eso no tiene por qué cambiar nada, se me escurre por la cara como mantequilla derretida.

Me hice el fuerte al despedirme de ella. Al no salir de mi habitación cuando la escuché subir las escaleras. Al no llamar a su puerta, aunque me muriera de ganas de hacerlo.

Tengo que dejar todo eso a un lado porque es la mañana de Navidad y necesitamos arreglar el estropicio que esta familia causó anoche.

Cuando bajo al salón, veo a Clara en el sofá con su primo, que la rodea con un brazo. Tiene la cabeza apoyada en él. Me acerco a saludar y ella evita mi mirada, pero intento que no me afecte ni preguntarme el por qué.

—Carlitos, ¿has dormido bien?

—Sorprendentemente sí —me contesta él, satisfecho—. Es lo que pasa cuando te quitas un peso de encima, supongo. Además, todos se han mostrado muy comprensivos. De hecho, mi tía me ha preguntado que cómo me gustan los chicos para seguir buscándome pareja.

Niego con la cabeza, pero le doy una palmada en el hombro.

—Me alegro. —Echo un vistazo hacia la cocina—. ¿Está muy mal la cosa?

Clara suspira.

—Mi hermana tiene resaca. Mi abuelo aún no se ha levantado, tu abuela parece algo enfurruñada, tu tía destila cierto rencor, tu madre está tratando de tranquilizar a mi madre, y mi padre... se ha puesto a preparar chocolate a la taza de forma compulsiva.

Asiento.

—Un desastre. Entendido.

Diana aparece con una coleta despeinada y restos de maquillaje en los ojos.

—Joder, ¿quién está haciendo tanto ruido en la cocina?

—Papá. Creo que quiere invitar a desayunar a todo el vecindario.

—¿He oído desayunar? Me muero de hambre.

Leo ha bajado unos segundos después. Me doy cuenta de que evita mirar a Diana de forma deliberada.

—¿Dónde estuvisteis anoche? —pregunto con los ojos entrecerrados.

—De fiesta —dicen a la vez. Se miran entre ellos.

—¿Juntos? —pregunta Clara.

—Más o menos.

Diana arruga la nariz.

—No fuimos... juntos. Nos encontramos allí por casualidad.

—¿Y esa cara, Barbie? —contraataca Leo—. Ten cuidado, podría ofenderme.

—¿Se supone que eso tendría que importarme?

Leo se ríe.

—Te importa y lo sabes.

—Lo único que sé es que hoy no soporto ni el sonido de tu voz.

—Anoche no tenías el mismo problema.

Diana se está sonrojando, pero no sé si es por el enfado o por algo más.

—¿Qué pasa aquí...? —comienza a preguntar su hermana mayor.

La adolescente se echa el pelo hacia atrás, con la barbilla en alto.

—¿Se puede saber a dónde os fuisteis vosotros? Nos dejasteis con todo el marrón aquí.

Clara baja la vista a sus manos.

—Lo siento. Ni siquiera lo pensé, solo...

Doy un paso al frente.

—Necesitaba respirar —respondo por ella—. Los dos. No intentéis hacernos sentir culpables por algo tan humano, ¿vale? Bastante tenemos con lo que nos espera hoy.

Clara me dedica una mirada de agradecimiento. Yo estaría dispuesto a mandar a la mierda a nuestras familias otra vez y llevármela a mi habitación, pero sé que no es algo que vaya a pasar.

Mi madre aparece por la puerta con Raúl de la mano. Mi tía va detrás, con una cara de sueño como la nuestra.

—¿Por qué no estáis abriendo ya los regalos?

—¡Tengo un montón! —exclama el pequeño, contento, mientras se lanza a por los paquetes bajo el árbol.

Lo observamos abrirlos con una sonrisa en nuestras caras. Su espíritu navideño va calando

poco a poco mientras lo imitamos. Llamamos a nuestros abuelos. Todos abrimos nuestros regalos. Jerseys, perfumes, calcetines, agendas, soportes para móviles, videojuegos, libros... Pronto, el salón parece el taller de Papá Noel después de un asalto.

Catalina se ha unido a nosotros, pero se ha mantenido en un discreto rincón. Mi madre le ha agradecido la vasija con un abrazo antes de entregarle un juego de tazas de porcelana que a la madre de Clara le ha encantado. No me pasa desapercibida la forma en que evita la mirada de sus hijas.

—Esto se merece una buena banda sonora —anuncia Diana.

Mi tía pone cara de estar a punto de entrar en pánico.

—No pongas villancicos, por favor te lo pido.

Leo intercambia una mirada cómplice con la rubia. Echa a correr escaleras arriba, dejándonos a los demás confundidos.

—¿Qué le pasa? —escucho que pregunta Amancio.

—Quién sabe —responde mi abuela—. A lo mejor tiene una emergencia de cuarto de baño.

Mi hermano baja en menos de un minuto con un par de bolsas que deja en el centro del salón. Mi tía es la primera en entender de qué cojones va todo esto.

—¡Así me gusta! —celebra. Empieza a sacar prendas de las bolsas y a lanzárnoslas a todos. Se me queda mirando—. Ve a por tus gafas de sol.

Mi hermano me pasa un *pen drive* que conozco muy bien.

—Y enchufa esto.

Miro a Clara, que se encoge de hombros mientras se pone una chupa estilo *baseball* y se mete el pelo por el pijama para ocultar su melena. Corro a por las gafas. Me pongo un collar que obviamente es de mi abuela y un pendiente de clip tan deprisa, que me pellizca la oreja.

—¡Joder!

Mi tía me da una colleja.

—¡Esa boca, primo mayor!

—Lo siento.

—¡Ni siquiera me he lavado la cara! —se queja Diana.

—No lo necesitas, Nick Carter —suelta Leo—. Estás radiante siempre.

La hermana de Clara mira a mi hermano un segundo, incluso cuando él ya le ha dado la espalda. Veo la sonrisa que trata de ocultar antes de comenzar a recogerse el pelo en una coleta alta.

—Amparito, ¿cómo me ves?

—Ridículo.

—¿Y si me pongo la gorra del revés? ¿Aparento sesenta?

—¿De cociente intelectual? Oh, sí, desde luego.

El viejo se ríe y me da un codazo.

—La tengo en el bote.

Somos un puto cuadro. Nos hemos ido poniendo prendas sin ton ni son encima del pijama. Complementos que no tienen sentido. Llevamos las zapatillas de estar por casa, por el amor de Dios.

—Esto es... —comienza a decir Clara, que es la única que parece lucirse con el atuendo. O al menos es lo que me parece a mí.

—¿Grotesco?

Me mira con una sonrisa preciosa.

—Vamos a decir peculiar.

Tiro de la visera de su gorra hacia abajo, tapándole los ojos.

—Sí, suena mejor.

Raúl ha ido a por sus zapatillas de deporte porque tiene que dar una patada en condiciones. Hacerlo con sus calcetines navideños no le parece adecuado para un *show* de esta calidad.

—Bien, ¿estáis listos? —pregunta Leo.

—¿Para hacer el ridículo? —suelta Carlos, que se ha apuntado al final—. Siempre.

Mi hermano tuerce una sonrisa y entonces, acciona el *play* del aparato de música. Y cuando comienzan a sonar los primeros segundos de *Get down*, se nos olvida que la noche anterior fue un auténtico desastre.



37. CLARA

La actuación ha degenerado. Incluso hemos obligado a Amparo a unirse al grupo. Mi abuelo se ha empeñado en dar una vuelta porque, por un momento, lo ha poseído el espíritu de Bisbal, y se ha caído sobre la mesa.

No se ha hecho nada grave, pero le ha servido para que su amada le hiciera un poco más de caso. Me pregunto si no ha sido un montaje para hacerse la víctima y reclamar atención.

Hemos arrastrado a la pista de baile a Marisa y a mi madre. Diana ha conseguido fichar a nuestro padre para la última canción. Por un momento, ha sido fácil fingir que éramos una familia normal.

La música ha llegado a su fin y todos hemos terminado tumbados sobre el suelo del salón, tratando de recuperarnos. Mi padre ha propuesto coger fuerzas con su chocolate y, poco a poco, nos hemos ido sentando a la mesa.

El ambiente estaba un poco enrarecido, pero mucho más calmado de lo que habría podido esperar. Mis padres han ocupado sillas opuestas y no se han dirigido la palabra ni una vez, algo que no ha dejado de carcomerme en todo el desayuno.

Me pongo en pie de golpe, de cara a todos. Me miran como si temieran que fuera a soltar otra confesión que desencadenara una guerra como la de anoche.

Levanto la taza de chocolate.

—Solo quiero decir que... me alegro de estar aquí con todos vosotros. Con nuestros más y nuestros menos, seguimos siendo familia. Y sé que mientras estemos juntos, podremos con todo.

—¿Te has comido otra galleta? —murmura Sebas a mi lado, haciéndome reír.

Lucía nos señala con el ceño fruncido.

—¿Habéis sido vosotros?

Sebas se encoge de hombros con cara de disculpa y alza su taza junto a la mía.

—¡Salud, familia!

Todos se ponen en pie y chocan sus tazas. Mi madre acerca la suya a la de mi padre. Diana me coge la mano con fuerza, y seguramente aguanta la respiración igual que yo.

Al final, las tazas de nuestros padres se tocan. Se rozan, más bien, pues no emiten ningún sonido.

—Vale, se acabó —dice mi hermana. Sin soltarme de la mano, camina hacia ellos—. Tenemos que hablar ahora mismo con vosotros dos.

Ellos intercambian una mirada de desconfianza, pero el tono de mi hermana no da opción a réplica.

—Que no se escape ninguno, Clara.

Mi hermana va delante al subir las escaleras, pero yo tengo que cubrir la retaguardia. Terminamos en la habitación de mis padres. Los sentamos a los dos en la cama y nosotras nos quedamos de pie.

—Vale, mamá, creo que nos debes una explicación a todos —exijo.

—Tu padre no quiere oírla.

—Claro que quiere —respondo yo por él. Levanto la mano para indicarle que ni se le ocurra levantarse—. ¿Desde cuándo te ves con ese hombre?

—No nos... vemos.

Mi padre gira el cuello para mirarla.

—¿Cómo que no?

—Intenté explicártelo anoche —replica ella—. Solo son algunos mensajes.

—¿Por qué? —El tono abatido de mi padre me provoca una tristeza infinita.

El labio inferior de mi madre comienza a temblar. Se retuerce los dedos, es incapaz de sostenernos la mirada a ninguno.

—Es el dependiente de una tienda de almohadas. Le encargué unas nuevas, le di mi teléfono para que me avisara cuando las tuviera. Una cosa llevó a la otra...

—¿Te gusta?

—Me gusta la atención que me presta.

Mi hermana chasquea la lengua.

—¿Entonces es eso? ¿Un poco de coqueteo virtual para subirte la autoestima? ¿No crees que ya eres mayorcita para eso?

—Diana...

—No, Clara, joder. Casi nos da un puto infarto porque creíamos que se habría comprado algún picardías de estampado de leopardo en Women Secret o... yo qué sé, en Primark, y se vería a escondidas con ese tío en el hotel Ibis o algo así. ¡Y ahora resulta que solo eran unos putos WhatsApp!

—¡Sigue siendo un engaño! —exclama mi madre, alterada. Se tapa la cara con las manos—.

Sigue estando mal.

Sus hombros se sacuden por el llanto. Mi padre suspira y le aparta las manos de la cara.

—Cata, ¿tan mal va lo nuestro?

—Ya no me haces ni caso, Jesús. Estás siempre ocupado con el trabajo, y ahora que llegan vacaciones... ¡hasta un puzle va delante de mí!

Mi padre estrecha sus manos.

—Cariño, lo siento. No era consciente de que te sentías así.

—¿Tú me quieres, Jesús?

Mi padre besa sus nudillos y no duda cuando responde.

—Más que a mi vida.

Mi madre se lanza a sus brazos y lo besa. De repente, se han olvidado de que sus dos hijas están presentes.

Arrugo la nariz y cojo a mi hermana del brazo para largarnos de allí. Al cerrar la puerta a nuestras espaldas, las dos suspiramos con fuerza a la vez.

—Creo que Manuel y sus putas almohadas son historia —opina ella—. Vámonos de aquí antes de que escuchemos algo que no queremos.

—Sí, por favor. —Caminamos por el pasillo hacia las escaleras—. Lo superarán, ¿verdad? A veces, solo se necesita hablar.

—Y un buen...

—Te suplico que no lo digas.

Diana se ríe y me pasa el brazo por los hombros.

—Ay, Clarita... ¿y qué hay de ti?

—¿Qué hay de mí?

—¿Me vas a contar lo que hiciste anoche con Sebas?

—Bailar.

—¿En vertical o en horizontal?

La aparto de un empujón.

—Cierra la boca.

Se me queda mirando con los ojos entrecerrados y, de repente, me señala.

—¿Te lo has tirado?

—Que no.

—¿Seguro? Tienes cara de haberte comido un buen polvorón.

Le tapo la boca con la mano.

—Solo ha sido un beso.

Me chupa la mano, cosa que sabe que me da un asco tremendo, para liberarse de la mordaza.

—¡Lo sabía!

—Pero solo ha sido un pequeño capricho, ¿vale? Estamos en Navidad. Es como comer chocolate o turrón... siempre pecas un poquito, no tiene mayor importancia.

—¿Puedo darte un consejo?

—Vas a hacerlo de todas formas.

—Ya que pecas, peca bien. Un beso es solo una onza; cómete la tableta entera y ya te arrepentirás en enero.



38. SEBAS

Clara me encuentra en el jardín, con los cascos puestos y los ojos cerrados. Cuando me toca el hombro, los abro y le dejo sitio a mi lado. Mira al horizonte con expresión tranquila. Me fijo en su perfil, en esa nariz respingona llena de pecas, en sus labios carnosos, en las puntas curvas de sus pestañas. En su pelo, que parece prendido en llamas bajo la luz del sol.

—¿Cómo ha ido?

Sonríe antes de girarse.

—Bastante bien. Resulta que mi madre no tenía una aventura con Manuel. No una física, al menos. Era el tonto por el móvil, nada más. Sigue estando mal, pero... parece que mi padre va a poder perdonárselo.

—Me alegro mucho.

Suspira.

—Y yo. —Su mano atrapa entonces el collar que rodea mi cuello y se ríe—. ¿Es de Amparo? Me lo saco por la cabeza.

—Ni me acordaba de que aún lo llevaba. —Lo enrolla y lo guardo en el bolsillo—. Creo que ha sido nuestro mejor espectáculo, ¿no crees?

—Desde luego. A improvisación no nos gana nadie.

En los minutos siguientes, recordamos momentos y pasos de nuestra actuación estelar. La caída de su abuelo, la voltereta de Raúl, los pasitos de TikTok de Diana y Leo sospechosamente sincronizados...

—Y nunca vi a Brian tan guapo —suelto entre risas.

Se queda callada y me mira. Joder, ¿para qué abro la boca?

—Sebas...

—Perdona, no tenía que haberlo dicho.

Niega con la cabeza.

—No, no es eso. —Tengo la impresión de que coge aire antes de hablar—. Hace horas que quiero darte las gracias por el libro.

—Ah. —No sé qué esperaba que dijera, pero no tenía que ver con el regalo—. Me he fijado en cómo lo mirabas, sé que te lo habrías comprado si yo no te hubiera interrumpido.

Su sonrisa se vuelve dulce.

—Yo no tengo nada para ti.

—Sigue sonriéndome así y me doy por regalado para los próximos diez años.

—Déjate de tonterías.

—Nada que tenga que ver contigo es una tontería, Ginger. —Me atrevo a cogerle la mano. Que no se aparte ya es una alivio—. ¿No vamos a hablar de ese beso?

Traga saliva.

—Solo ha sido un beso. No significa...

—No termines esa frase, por favor.

—¿Qué quieres que te diga?

El nudo en mi garganta se ha hecho más grande.

—¿Me has perdonado?

Sus ojos azules se me clavan hasta el alma.

—No lo sé —admite con un hilo de voz y se suelta de mi mano—. No sé nada.

Sonríó con amargura.

—Veo que de clara solo tienes el nombre.

—Lo siento, pero... ¿creías que dos días en esta casa de locos iban a cambiar tanto las cosas?

—No, claro que no. —Soy un estúpido por haberme ilusionado—. Aunque me gustaba pensar que habíamos hecho avances.

—Y es así. Hemos podido convivir bajo el mismo techo, ¿no?

—Y eso es todo.

—Sebas, hay demasiada historia entre nosotros. Lo que sea que estás proponiendo, no podría funcionar.

—¿Por qué no?

Las próximas palabras son como disparos.

—Porque ya no confío en ti.

Aprieto los dientes. Los puños. Pongo toda mi fuerza de voluntad en no derrumbarme.

—Clara, me conoces.

Se pone en pie.

—Eso creía, pero está claro que me equivocaba.



39. CLARA

Doy un sorbo de chocolate y acaricio el asa de la taza con forma de árbol de Navidad mientras observo el cielo gris a través de la ventana. La conversación con Sebas me ha dejado algo tocada. Estaba de buen humor y ese idiota se lo ha cargado. ¿A qué han venido esas preguntas? ¿Quiere que retomemos lo nuestro o solo que pasemos de un beso aislado?

Por otra parte, pienso en lo que me ha dicho Diana. Lo de pecar sin restricciones y dejarme llevar para empezar de cero en el año nuevo.

¿Podría hacer algo así?

—Toc, toc.

—Diana, esta también es tu habitación.

Mi hermana entra y se sienta en el alféizar de la ventana junto a mí.

—Pero sabía que estarías en plan reflexiva. ¿Pensando en los polvorones que te quieres comer?

Chasqueo la lengua, pero sonrío.

—He hablado con Sebas.

—¿Y bien?

—Estoy hecha un lío, Diana. No sé qué es lo que debo...

—Te equivocas de verbo —me interrumpe—. No es lo que debes, sino lo que quieres hacer. ¿Quieres volver a besar a Sebas? Hazlo. ¿Quieres meterlo en tu cama? Hazlo, pero avísame antes para que no entre.

—No es tan fácil.

—Claro que sí. ¿Qué quieres, Clara? De verdad.

Trato de desliar el nudo enmarañado de mi estómago, pero soy incapaz. Dejo la taza con fuerza sobre la mesilla de noche y me tiro sobre la cama.

—¡Yo qué sé!

—Oye, sabes que he sido la más crítica con respecto a ese idiota que tenías por novio, pero... he visto cómo te mira desde que llegó. Y lo más importante de todo, he visto cómo lo miras tú. ¿Y si...?

—No, no, no.

—No te estoy diciendo que lo olvides todo ni que retoméis las cosas donde las dejasteis. Pero, ¿y empezar de nuevo?

Me echo el pelo hacia atrás.

—Sabes el tiempo que llevo intentando pasar página.

—Vale, ¿y si el problema está en que no cerraste vuestra historia en condiciones?

—¿Y la cerraría acostándome con él?

Se encoge de hombros.

—Yo qué sé, ¿qué daño puede hacer? Te serviría para descargar toda esa tensión sexual que se te está acumulando por su culpa, te lo debe.

Me remuevo, incómoda.

—No se me está acumulando... nada.

—Guárdate tus mentiras para quien se las crea. —Me pone las manos en las rodillas—. Piénsalo bien. Si te acuestas con él y eres capaz de seguir con tu vida como si nada, le habrás demostrado que lo tienes superado del todo. Y mejor aún, te lo habrás demostrado a ti misma.

—Visto así...

—Es que es así como hay que verlo. Te vas mañana a Londres, ¿de verdad quieres quedarte con la duda?

Joder, creo que Barbie me está convenciendo de que es buena idea. Pero... ¿Tiene sentido de verdad o es que me conviene que lo tenga?



40. SEBAS

Carlos se ha despedido hace un rato porque sus padres ya están de vuelta, y el resto de la familia ha decidido irse al cine. Bueno, excepto Diana, Leo, Clara y yo. Diana ha sugerido que era buena idea ver la segunda entrega de *Avatar* y aquí estamos, sentados en el sofá bajo las mantas con el sonido de la lluvia como telón de fondo.

Sé que nos han dejado a Clara y a mí juntos a propósito, pero no me quejo. Por un rato, puedo intentar fingir que las cosas son como antes.

—A mí Jake Sully me pone más de avatar que de humano —suelta Diana.

Leo se lleva un puñado de palomitas a la boca.

—Siempre has sido un poco rarita.

—No te pongas celoso, tonto.

—¿Celoso yo? Menuda gilipollez.

Clara y yo intercambiamos una mirada. No parece ninguna gilipollez, llegados a este punto.

—No soy la única que lo piensa. A Clara también le gusta más de azul, ¿a que sí?

—Desde luego.

—Pues otra rarita.

—Por eso le gustaba tu hermano.

—Eh, que yo no he abierto la boca —me quejo. Los adolescentes continúan discutiendo sobre el atractivo de la raza na'vi, así que aprovecho para inclinarme un poco sobre Clara—. ¿Gustaba, en pasado?

—Efectivamente —responde en un susurro.

—A lo mejor tendría que bañarme en pintura azul para volver a gustarte.

Sonríe.

—A lo mejor.

No sé si lo hace a propósito, pero al poco tiempo, sus dedos rozan los míos bajo la manta.

Solo un segundo, aunque es suficiente para que me estremezca. Trago saliva y tanteo la superficie del sofá para volver a tocarla. Evita mirarme, pero nuestras manos se acarician. Primero con timidez, aunque terminan entrelazándose, buscándose. De repente, debajo de esta puñetera manta hace demasiado calor.

Miro la pantalla. La película sigue avanzando. La banda sonora ahoga el suspiro silencioso que se escapa de mis labios. Clara atrapa mi mano cuando comienzo a bajar por su brazo. Deseo que la dirija hacia otro sitio, pero sé que eso no va a pasar.

Se destapa de golpe y se dirige a las escaleras.

—¿Paramos la peli? —pregunta su hermana.

—No —responde ella, ya de espaldas—. Vuelvo enseguida.

La sigo sin decir nada. Ha entrado al cuarto de baño, así que espero en el pasillo. Escucho el grifo abierto un momento y luego silencio. Cuando abre la puerta, me fijo en sus mejillas encendidas, en su pelo suelto y algo revuelto.

Da un respingo al verme.

—Solo quería ver si estabas bien —explico.

—¿Por qué no iba a estarlo?

Me paso la mano por el pelo.

—Me he dejado llevar antes. Por un momento, he creído que tú querías... Que deseabas...

Da un paso adelante.

—Y has creído bien.

Frunzo el ceño y trago saliva.

—¿Qué significa...?

Su beso ahoga el final de mi pregunta.



41. CLARA

Los besos son como prender una hoguera. Todo empieza con una chispa que salta, y entonces las primeras llamas lamen la madera despacio hasta llegar al punto de arder con fuerza.

Pero los besos con Sebas son distintos. La chispa salta antes de rozar sus labios, y para cuando están pegados a los míos, la hoguera ya mide dos puñeteros metros.

Sus manos se han colado tras mi nuca. Mi espalda está pegada a la pared y entre nuestros cuerpos no cabría ahora mismo ni un maldito alfiler. Aun así, lo quiero más cerca. Necesito que nuestras pieles se fundan como si fuéramos una misma persona. Como si no pudiéramos volver a separarnos nunca más.

Me pierdo en su sabor. En su olor. En el roce de sus manos, tan conocido y anhelado.

—Vamos a mi habitación —dice entre jadeos.

Tanteo la puerta con la mano, a mi espalda, sin dejar de besarlo. Él cierra de un portazo y atrapa mi boca de nuevo. Creo que nunca nos habíamos desnudado tan deprisa.

De repente, cuando ya no queda ni una prenda que se interponga entre nosotros, nos miramos de arriba abajo. Está tan increíblemente *sexy* como siempre. Esos brazos, esos pectorales... Sus abdominales deben de ser esa tableta de chocolate de la que Diana hablaba, la que tenía que comerme porque era Navidad, ¿no?

Se me escapa una risita nerviosa. Él me dedica una de esas sonrisas torcidas que me hacen perder la cabeza.

—Ginger... Eres aún mejor que en mis sueños.

—¿Quieres que me crea que sueñas conmigo?

Se acerca a mí despacio.

—¿Tú conmigo no?

Me tapo la cara.

—No puedo pensar si me estás apuntando con eso.

Su carcajada me envuelve, tan cálida como un abrazo. Su mano atrapa la mía.

—¿Estás segura de esto?

Estoy desnuda, expuesta ante él, y no me siento vulnerable. Claro que estoy segura.

Tiro de su mano y lo acerco para volver a besarlo. Cierro los ojos y entro en su boca despacio. Bajo los dedos por su espalda y aprieto sus glúteos.

—¿Responde esto a tu pregunta?

Esa sonrisa. Yo daría cualquier cosa por esa sonrisa.

—Me has convencido.

—Ah, ¿tenía que convencerte?

Su aliento me hace cosquillas en el cuello. Comienza a bajar por mi esternón, sus manos acarician mis pechos en su descenso. Me obliga a tumbarme sobre la cama y su lengua sigue trazando el camino que habían comenzado sus dedos. Bajan por mi ombligo y...

—Joder, Sebas.

No sé si estoy soñando, pero espero no despertarme todavía. La imagen de la cabeza de Sebas entre mis piernas es demasiado increíble, así que me esfuerzo por no cerrar los ojos. Pero su lengua me lo está poniendo muy difícil.

—Ven aquí —le pido, tirando de la mano que tiene sobre mi vientre.

Busco sus labios a la vez que su erección, que acaricio mientras nos besamos. Se le escapa un gruñido y, sin pensarlo más, se separa para buscar un preservativo. Se lo coloca tan rápido, que casi parece cosa de magia.

Vuelve a ponerse sobre mí. Sus ojos me devoran antes que su boca. Sus dedos atrapan un mechón de mi pelo.

—Llevo mucho tiempo echándote de menos, Ginger.

Entra en mí despacio. Lo veo cerrar los ojos y apretar los dientes. Su mandíbula se marca cuando casi ha llegado al final. Me abandono a la explosión de sensaciones del momento y bajo mis párpados también. Se me escapa un gemido. Mis dedos se aferran a sus brazos, que tienen cada músculo en tensión.

Poco a poco, el ritmo va aumentando. El sudor, los jadeos, las caricias y los besos, cada vez más húmedos. Se me ha olvidado todo lo que hay fuera de esta habitación. Fuera de esta cama.

Giro para quedar encima de él, que recibe el cambio con una sonrisa.

—Eres...

Le tapo la boca con el dedo. Cierro los ojos y me muevo despacio. Me echo un poco hacia atrás y me apoyo en sus muslos. El placer me recorre entera. Siento una energía conocida en el vientre que me avisa de que estoy a punto de explotar. Cambio el peso de mi cuerpo y dejo las palmas de las manos en su pecho. Nuestras frentes casi se tocan. Sus dedos se clavan en mi cintura.

Busco su boca, pero los besos se vuelven algo torpes por culpa de los jadeos que se escapan de nuestros labios.

Lo veo poner los ojos en blanco. Levanto la cabeza y cierro los míos.

Y en la oscuridad, la hoguera se ha convertido en un montón de fuegos artificiales.



42. SEBAS

Sigo acariciando la espalda de Clara mientras ella duerme sobre mi pecho. Entierro la nariz en su pelo y cierro los ojos. No me puedo creer que esto sea real.

—Me he quedado dormida. —Se incorpora y me mira. Está tan bonita despeinada—. ¿Crees que habrá terminado la peli?

—No lo sé, y no quiero bajar al salón aún.

Mete el brazo bajo las mantas y se tapa hasta el cuello.

—Pero deberíamos —responde, acurrucándose conmigo otra vez—. Diana y Leo podrían subir en cualquier momento. Y no sabemos a qué hora llegarán los demás.

Dejo escapar un suspiro.

—Ya, supongo que tienes razón.

—¿Pero...?

—Pero me da miedo que lo que ha pasado se quede solo en esta habitación.

Apoya su barbilla sobre mi pecho.

—¿Estás proponiéndome algo?

Trago saliva. Joder, claro que sí. Estoy a punto de contestar, pero mi teléfono empieza a sonar.

—Perdona. —Miro en la pantalla y lo bloqueo—. Es trabajo.

—Quizá deberías contestar.

—¿A la llamada o a tu pregunta?

Me parece que la sonrisa que me dedica es un poco más triste que antes. Se levanta y comienza a vestirse.

—Me muero de hambre, ¿tú no?

—¿Eso va con segundas? Porque yo estaría encantado de repetir.

Me lanza los calzoncillos a la cara.

—Vístete.

A regañadientes, obedezco. Me pongo el pantalón de nuevo y una sudadera. Antes de que Clara salga de la habitación, atrapo su muñeca.

—Ginger, espera. —Tiro de ella y le doy un beso suave en los labios—. Vale, ya puedes salir.

Se muerde el labio para ocultar una sonrisa y se peina con las manos antes de meterse en el cuarto de baño. Tras asearnos un poco, bajamos las escaleras. Cuando llegamos al salón, Diana está durmiendo sobre las piernas de mi hermano, que está consultando su móvil.

—Vaya, por fin —dice Leo—. Habéis tardado tanto, que deben de estar a punto de estrenar *Avatar 3*.

La hermana de Clara se despierta de golpe. Cuando se da cuenta de sobre quién está tumbada, se levanta del sofá.

—¿Qué coño haces?

Mi hermano le enseña el teléfono.

—Viendo vídeos de TikTok.

—¿Y por qué estaba encima de ti?

—No lo sé, rubia, será que te resulto de lo más cómodo.

—¿Y la película?

—Parece que tu chico azul no era tan interesante después de todo, porque llevas durmiendo casi una hora.

Diana entrecierra los ojos.

—¿Me has acariciado el pelo?

Leo carraspea y baja de nuevo la vista al móvil.

—En tu sueños, a lo mejor.

La chica repara entonces en nosotros.

—¿Se puede saber dónde os habéis metido? —Nos mira de arriba abajo y abre mucho los ojos—. Habéis follado.

—¿Qué dices? —suelta su hermana con una voz un poco más aguda de su tono habitual.

Diana se acerca a ella y la olisquea. Clara la aparta de un manotazo.

—Hueles a su colonia, hermanita. Y a otras cosas que no voy a nombrar porque hay niños delante.

El niño al que señala, es decir, mi hermano, pone los ojos en blanco antes de mirarme a mí con una sonrisa de suficiencia.

—¿Te la has tirado?

Un bufido de Clara. Yo le doy una colleja a mi hermano.

—No lo digas así.

—¿Por qué? —Entonces, junta las manos sobre su barbilla y aletea las pestañas de forma

ridícula—. Ah, no me lo digas. Porque es tu querida Clara.

Tengo ganas de darle una hostia a este niño.

—No tenemos por qué daros explicaciones.

—Habla por ti —responde Diana—. Mi hermana me lo va a contar todo ahora mismo, ¿a que sí?

—Pues... —Clara intercambia una mirada conmigo y se encoge de hombros.

Sacudo la cabeza, pero no puedo evitar sonreír.

—Eh, si Barbie se entera, yo también —exige Leo. Se pone en pie y se despereza—. Después de todo, llevo más de un año dándote por culo con que le dijeras la verdad a Clara. Pero tú empeñado en que era mejor dejar las cosas como estaban y bla, bla, bla... Tío, el tiempo que has perdido por culpa de una mentira.

Me he quedado bloqueado. Esas palabras no pueden haber salido de la boca de mi hermano.

—¿De qué hablas? —le pregunta Diana.

—¡Ja! —celebra él—. Hay algo que yo sé y tú todavía no, rubia. Tranquila, tu hermana te lo conta...

—Leo, cierra la boca.

La voz me ha salido ronca. Las palabras me saben amargas. Mi hermano se ve confundido.

—¿Qué pasa?

La cara de Clara se ha vuelto de piedra cuando me mira.

—¿De qué mentira está hablando?



43. CLARA

LA NOCHE QUE LO CAMBIÓ TODO

Marta me mira por encima del móvil.

—¿Vas a estar con eso toda la noche?

Se refiere a mi trabajo de *marketing*, que se me está atragantando.

—Quiero avanzarlo hasta la mitad. Termino esta parte y ponemos la peli, te lo prometo.

Ella suelta un bufido.

—Tenía que haberme ido con Sebas y sus amigos.

Enarco una ceja.

—Tú lo que quieres es estar con Pablo.

—Pues sí, para qué voy a mentir. Me voy a Londres en un mes y no quiero que sea una cuenta pendiente.

Me río, pero que haya nombrado Londres me provoca sentimientos encontrados.

—No puedo creer que no vaya a verte a diario.

—Y yo no puedo creer que no vengas tú también por culpa de un tío.

—No es un tío cualquiera, Marta. Es Sebas.

Pone los ojos en blanco.

—Sois asquerosamente dulces. —Se levanta para sentarse en los pies de la cama—. Ahora en serio, Clara, ¿estás segura de lo que estás haciendo? Estudiar lo que te gusta en Reino Unido, con tu mejor amiga. ¿Cada cuánto se presenta una oportunidad así?

Suspiro.

—Ya lo sé, pero...

—Pero Sebas es Sebas, lo pillo. Sabes que él te esperaría, ¿verdad?

—Lo sé. Y no es cosa suya, sino mía. Él me ha pedido que me vaya, pero no quiero alejarme tanto tiempo. Y en España puedo estudiar lo mismo, ya saldrán más oportunidades.

Era el mantra que llevaba repitiéndome desde hacía varios días, cuando me habían ofrecido la

posibilidad de continuar con mis estudios en Inglaterra. ¿Que si me hacía ilusión? Por supuesto. Pero estar a tantos kilómetros de Sebas durante tanto tiempo se me antojaba demasiado duro como para que todo aquello me compensara.

—Bueno, ya te invitaré a la cena en Buckingham cuando me ligue a alguien de la realeza.

—¿Sigues empeñada en tener tu propia versión de los Bridgerton? Porque las posibilidades de que...

—¡No me quites la ilusión!

Me río y me giro de nuevo hacia el portátil hasta que Marta me interrumpe de nuevo.

—Me cago en la puta.

—¿Qué pasa?

Me mira con cara rara. Se ha pegado el móvil al pecho.

—¿Te acuerdas de la sudadera que le regalaste a Sebas hace unos días?

—¿La Adidas?

—Esa.

—Parece que hayas visto un fantasma, tía.

Traga saliva y me pasa el móvil. ¿Por qué parece tan preocupada?

—Vuelve a atrás en las historias de Pablo. La de después de la hamburguesa.

—Vale... —Hago lo que me pide. Es un vídeo dentro de algún local con la música a tope. Pablo saluda a la cámara—. ¿Qué tengo que...?

Me callo de golpe. Pablo bebe un chupito y la cámara enfoca a alguien que está de espaldas. Alguien que lleva una sudadera que reconozco a la perfección porque la compré yo.

Pablo silba.

—Mi colega el Dj ha triunfado —suelta mientras señala al chico de la sudadera, que está muy pegado a una chica rubia.

El corazón me late con furia. Y cuando veo que ella le rodea el cuello con los brazos y se pega a su cara, se me cae el alma a los pies.

Y tengo la certeza de que el mundo, tal como lo conozco, ha dejado de existir. Que nada será lo mismo a partir de ahora y que no sé cómo voy a ser capaz de afrontarlo.



44. SEBAS

LA NOCHE QUE LO CAMBIÓ TODO

—Venga, tío, ánimate un poco —me dice Pablo—. Clara se queda, ¿no es eso lo que querías?

Doy vueltas al vaso sobre la barra.

—Sí, pero... no así.

—¿Así cómo?

—Por mi culpa.

—Ya te ha dicho que aquí también puede seguir estudiando. No es como si le hubieras jodido la carrera.

Levanto la vista.

—Es curioso, porque siento que eso es exactamente lo que estoy haciendo.

Pablo me pone la mano en el hombro.

—Es su decisión, colega.

—Ya lo sé, pero...

—Tienes miedo de que se arrepienta.

Niego con la cabeza.

—Sé que se va a arrepentir, la pregunta es cuándo.

Llevábamos una semana discutiendo por lo mismo. Clara quería quedarse, yo no hacía más que decirle que estaba perdiendo una gran oportunidad. Que no podía renunciar a sus sueños por estar conmigo. Que la esperaría mientras estuviera en Inglaterra o donde fuera.

Pero me había dicho que era cosa suya y que no podía decidir por ella. Y tenía razón, joder. Pero seguía sintiéndome culpable y sabía que, tarde o temprano, ella acabaría arrepintiéndose de no haberse subido a ese avión. Y el rencor que sentiría por mí entonces ya no tendría marcha atrás.

Sigo bebiendo, no estoy de humor para nada más. Ni siquiera quería salir esta noche.

De repente, mi amigo se acerca entre risas y señala hacia la pista de baile.

—Te han suplantado la identidad, colega. Le ha dicho a la tía que es Dj.

Jaime está bailando con una rubia y lleva puesta una sudadera sospechosamente parecida a la mía. Bajo la vista al respaldo de la silla, donde la había dejado y de donde él me la ha robado.

Niego con la cabeza y me río.

—Más le vale no mancharme la sudadera nueva.

Mi teléfono comienza a vibrar en el bolsillo del pantalón. Cuando veo que se trata de Clara, me dirijo a la puerta para salir a la calle.

—Hola, Ginger.

—¿Te has puesto para salir hoy la sudadera que te regalé?

Me parece que el tono de su voz es frío y contenido.

—Pues claro. Ahora es mi favorita.

—Te he visto en las historias de Pablo.

—¿Ah, sí?

Un silencio cargado de algo extraño al otro lado del teléfono.

—Sí, y estabas besándote con una rubia.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—¿Vas a negármelo?

Mi cabeza embotada por el alcohol comienza a funcionar a mil por hora. A reunir todas las piezas y los posibles escenarios que se presentan ante mí.

—Espera, Clara...

—¿Por qué, Sebas? Renuncio a Londres por ti y ¿cómo me lo pagas?

Un puñetazo habría dolido menos. Ni siquiera lo pienso, solo me dejo llevar por un impulso.

—Te dije que no tenías que renunciar a nada.

—¿Entonces es culpa mía?

Mis labios se abren sin pedirme permiso para seguir vomitando lo que va a ser mi condena.

—No... yo... lo siento, Ginger. De verdad. No quería hacerte daño.

—¿Eso es todo?

—No sé qué más quieres que te diga.

Quiero gritarle que la quiero, que todo ha sido un malentendido, que yo no era el imbécil de la puñetera sudadera. Que a mí me da igual esa rubia o la que sea porque solo tengo ojos para una pelirroja.

—No quiero que me digas nada. Nunca. —Su voz tiembla al final—. Te puedes ir a la mierda.

Me quedo con el teléfono en la mano mucho rato después de que ella cuelgue, tratando de asimilar la magnitud de lo que he hecho. Imaginarme una vida sin Clara es demasiado doloroso,

no estoy seguro de ser capaz de soportar algo así. El vacío en mi pecho se extiende y, por un momento, no siento nada, como si mi cuerpo ya no estuviera allí. No siento el aire que roza mi piel, no escucho la música que debe de salir del local.

El mundo se ha quedado en silencio y, de pronto, solo quiero gritar. Y llamarla. Y decirle que soy un imbécil y que nada de lo que le he dicho iba en serio. Que las cosas no son como ella cree. Que todo ha sido un estúpido malentendido.

Una voz en mi cabeza me repite que todo esto será bueno para ella, que ahora no puedo dar ni un paso atrás.

He perdido a la chica que quiero por una mentira, pero si el precio por sus sueños es tener que cargar con el peso de un corazón roto, lo pagaré sin dudarlo.



45. CLARA

De repente, estoy agotada. Enfadada, pero agotada. Me faltan fuerzas para moverme de donde estoy.

—¿Cómo has sido capaz de mantener esta mentira tanto tiempo?

La mano de mi hermana se aferra a mi brazo, recordándome que cuento con ella para no volver a caer.

—Con mucho esfuerzo —responde Sebas.

—¿Y ya está?

Aprieta los puños y da un paso adelante.

—¿Crees que no he deseado llamarte cada minuto de cada día para contártelo todo? Pero tú te fuiste a Londres, comenzaste a cumplir un sueño y yo no podía simplemente...

—¿Decir la verdad?

—¿Habría cambiado algo?

—¡Lo habría cambiado todo!

—Te lo dije, joder —le espeta su hermano.

Él le lanza una mirada de advertencia y traga saliva. Baja el tono de su voz.

—Vale, te lo estoy diciendo ahora. ¿Lo cambia todo ahora?

Niego con la cabeza.

—Es demasiado tarde.

—¿Por qué? ¿Por qué no podemos volver a intentarlo? Antes, en mi habitación...

Me pellizco el puente de la nariz. Tengo que morderme el labio para no derrumbarme.

—Olvídate de lo de antes. Olvídate de todo. Tampoco es que te vaya a costar mucho, ¿no? Tienes práctica.

Se deja caer en el sofá con un suspiro. Se tapa la cara con las manos y luego me mira. No hay ni rastro del chico arrogante.

—Clara, de verdad que lo siento. Nunca fue mi intención hacerte daño. Al principio, estuve a punto de decírtelo varias veces. ¿Recuerdas esa vez que te llamé y estabas en el Museo Británico? Iba a confesar, pero entonces, escuché a Marc contigo y...

Niego con la cabeza y dibujo una sonrisa cínica.

—Y te cabreaste conmigo porque creías que estaba con otro tío.

—Bueno... sé que no tenía derecho...

—No, no lo tenías.

Levanta los brazos y los apoya en el respaldo del sofá.

—Vale, está bien. Soy un gilipollas y un mentiroso, pero tú no me diste ni una oportunidad. Y se supone que me querías.

Parpadeo varias veces.

—¿Perdón?

—Tiene cojones... —escucho que gruñe mi hermana.

—Llegué a guardarte cierto rencor por no perdonarme, lo reconozco. Por dejar que un puñetero beso aislado se cargara lo nuestro.

Esto tiene que ser una coña. Me está vacilando.

—¿Te estás escuchando? El que dejó que un puñetero beso se cargara lo nuestro fuiste tú. ¡Y se supone que me querías!

Se pone en pie.

—¡Ya lo sé! Pero no dejaba de pensar en que no habría nada que yo no te hubiera perdonado a ti.

—Eso es injusto. No puedes pretender cagarla y que el amor lo pueda todo, Sebas. Sobre todo cuando crees que el de la otra parte no ha sido más que una puta mentira.

—Nunca ha sido una mentira.

Tal vez sus intenciones fueran buenas, pero... ¿Cómo voy a olvidar todas las noches que pasé tratando de recomponer los pedazos de mi corazón destrozado?

—No luchaste por mí. Llamarme algunas veces durante el primer mes, no es luchar por mí. Dejar que creyera que me habías fallado, no es luchar por mí. Coger un maldito avión a Londres para dar la cara habría sido luchar por mí.

Sus ojos brillan por las lágrimas contenidas.

—Tienes razón, Ginger. Tienes toda la razón.

Odio verlo así, por mucho rencor que le guarde. Por mucho daño que me haya hecho. Creo que la única vez aparte de esta que se ha derrumbado delante de mí, fue cuando su padre los abandonó para irse con su nueva novia.

Me limpio con rabia las lágrimas que no he podido controlar cuando escucho abrirse la puerta de casa. Es tarde para correr escaleras arriba y encerrarme en la habitación. Sebas sigue

mirándome con esa cara que es una mezcla de angustia y vergüenza. No veo arrepentimiento, lo que me dice que lo volvería a hacer.

Me volvería a mentir como si no tuviera otra opción y se volvería a cargar lo nuestro como si no importara.



46. SEBAS

Hay algo de alivio oculto entre el dolor de esta herida abierta. Porque por fin me he quitado el peso que llevaba tanto tiempo cargando, pero el precio vuelve a ser esa mirada de decepción de la chica a la que quiero.

Puedo tolerar mejor la rabia que eso.

—¿Qué pasa aquí? ¿Quién se me ha adelantado de camino al cementerio?

Aparto la vista de Clara y miro a su abuelo.

—Nadie, sigue teniendo usted el pase VIP, no se preocupe.

—¿Y por qué tenéis esa cara? —pregunta Catalina. Se gira hacia su hija—. ¿Clara?

—No pasa nada. Solo estábamos recordando viejos tiempos. —Intenta sonreír, pero le resulta imposible—. Buenas noches.

Sube las escaleras sin esperar una contestación. Mi tía se pone a mi lado.

—¿Qué le has dicho?

Suspiro, derrotado.

—Todo.

Ella asiente y me da un apretón en el hombro antes de llevarse a Raúl hacia la cocina con la excusa de preparar la cena. Leo se acerca con el arrepentimiento pintado en la cara.

—Lo siento, tío. Pensaba...

Le doy una palmada en la espalda.

—No es culpa tuya.

De repente, siento la necesidad de soltar el último lastre. De dejar toda la mierda en este año y encarar el siguiente limpio de secretos.

—Os debo a todos una explicación. —Los miro uno a uno. En sus caras se ve que están preocupados—. Hace tiempo, hice creer a Clara que la había engañado para que se fuera a Inglaterra.

Catalina ahoga un grito. Mi madre farfulla algo por lo bajo.

—¿Que hiciste qué? —pregunta mi abuela, indignada—. Hijo, ¿tú eres tonto?

—Déjalo hablar, Amparo. —Amancio me hace un gesto con la cabeza—. Continúa.

—No podía permitir que se quedara aquí por mí y perdiera esa oportunidad. Ella vio un vídeo en el que parecía que yo... ya sabéis. Pero no era yo. Era un colega con mi sudadera.

—Madre del amor hermoso...

—No espero que lo entiendas, mamá. No espero que lo entendáis nadie.

Es Jesús el primero en acercarse a mí. Me pone la mano en el hombro y me mira a los ojos.

—Eso fue una estupidez —admite—, pero una estupidez muy generosa.

—Mi yerno tiene razón —añade Amancio—, has hecho sufrir mucho a mi Clarita, pero ahora sé que todo lo hiciste por una buena razón. Estoy seguro de que ella acabará viéndolo así también.

Trago saliva.

—Lo dudo mucho.

Catalina me pone la mano en la mejilla y me sonrío de forma maternal.

—Siempre supe que la querías de verdad.

Diana suelta un bufido de exasperación.

—¡Ya está bien! ¿Todo el mundo va a obviar que es un maldito mentiroso y que mi hermana ha pasado un infierno intentando superar lo que le hizo?

—Lo que supuestamente le hizo.

Le dedica una mirada de odio a mi hermano.

—Para ella fue real, imbécil. —Vuelve a mirarme a mí—. Y sus lágrimas fueron muy reales. ¿Sabes lo que creo, Sebas? Que te acojonaste. Que tu altruismo dio paso a la cobardía más absoluta y ya no tuviste huevos a decirle nada.

Un silencio repentino. Los hombros de Diana suben y bajan deprisa. Está alterada. Y furiosa. Lo sé porque tiene los puños apretados y un pie adelantado, como si se estuviera controlando para no partirme la cara.

—No voy a negarlo —confieso—. Tenía miedo de enfrentarme a lo que había hecho, pero cuando pasó el tiempo... también tenía miedo de volver a joder la vida de tu hermana. Yo me la imaginaba feliz, haciendo lo que quería, conociendo a gente. Quizá... conociendo a alguien... — Tengo que callarme porque estoy a punto de echarme a llorar delante de toda la maldita familia.

Algo atraviesa la coraza de Diana, que suspira y baja la guardia.

—Supongo que puedo entenderlo.

—Me convencí de que era mejor dejar las cosas así. De que permitirle vivir su vida en paz era lo mínimo que le debía. —Me atrevo a cogerle la mano—. Espero que puedas perdonarme algún día, Diana. Sé que no ha tenido que ser fácil ver así a tu hermana.

Los ojos de la chica guardan una emoción difícil de controlar. Se limpia a toda prisa antes de que ninguna lágrima pueda derramarse y frunce el ceño.

—Mierda, Sebas. La has cagado pero bien. Yo puedo perdonarte, pero no sé si Clara...

Asiento.

—Ya lo sé.

El abrazo que me da me pilló por sorpresa. Pero en cuanto asimilo lo que significa, se lo devuelvo.

—Voy a intentar hablar con ella, pero no te prometo nada.



47. CLARA

Meto el cargador del móvil en la mochila y echo un vistazo a mi alrededor. Creo que ya lo tengo todo.

—¿De verdad te vas?

Mi hermana acaba de entrar por la puerta y me mira con preocupación.

—Es hora de volver a casa.

—Esta es tu casa.

—Ya me entiendes.

Se sienta en mi cama.

—La verdad es que no, no termino de entenderte. ¿Por qué sales corriendo? ¿Por qué no piensas un poco?

—No quiero tener tiempo de pensar.

—¿Es que tienes miedo de cambiar de opinión?

Dejo la cremallera de la mochila a mitad y suspiro.

—Ya hemos hablado de este tema, Diana. Durante más de una hora, por cierto.

—Clara, joder, es Sebas. Es un capullo y un mentiroso, pero en el buen sentido.

—¿Se puede ser mentiroso en el buen sentido?

—¿Has oído hablar de las mentiras piadosas?

Enarco una ceja.

—¿A eso le llamas mentira piadosa? Vaya.

—Bueno, vale, la ha liado. Ya no se puede cambiar vuestro pasado, pero sí vuestro futuro.

—Tu hermana tiene razón.

Alzó la vista para encontrarme con Lucía.

—Genial, una charla en estéreo.

Ella sonríe con cierta disculpa y se sienta junto a Diana.

—Escucha, Clarita, yo te entiendo. Sé lo que es sentirse traicionada por la persona a la que quieres, pero...

—Pero es tu sobrino, ¿no?

—No —responde—. O sea, sí. Pero no te lo digo por eso. Tú también eres de mi familia, preciosa. Y sé que el daño ya está hecho, pero me jode sobremanera ver a dos personas que me importan perdiendo la oportunidad de ser felices.

—Yo ya era feliz antes de esta mierda de Navidad.

—Bueno... —Fulmino a mi hermana con la mirada—. ¿Qué? Solo digo que todavía pensabas en él.

—Pero nada bueno.

Diana se ríe.

—Lo que tú digas.

La puerta, que se había quedado entornada, se abre de golpe. Leo y Raúl nos miran con cara de culpables.

—Este crío es un cotilla —suelta el primo mayor—. Colega, ya te he dicho que volvieras abajo.

El niño frunce el ceño.

—Pero si te he pillado con la oreja pegada a la puerta.

Me río.

—Anda, ven aquí, socio. —Abrazo a Raúl.

—¿De verdad te vas a Inglaterra, Clara?

—Sí, cielo, pero te prometo que te llamaré pronto para hablar de negocios.

Sus bracitos me estrechan con fuerza y yo siento que estoy a punto de echarme a llorar.

—Mi hermano también pensaba en ti todo este tiempo, Clara —suelta entonces Leo—. Te lo juro, ha sido un puto coñazo.

—Esa boca —lo reprende Lucía.

Él pone los ojos en blanco. Diana oculta una sonrisa, pero cuando se vuelve hacia mí, veo la resignación en su cara.

—No hay nada que podamos decirte para cambiar de opinión, ¿no?

—No, pero podéis darme un abrazo antes de irme.

Lo hacen. Me abrazan uno a uno mientras la grieta bajo mi pecho se va abriendo un poco más.

Lucía y Raúl bajan primero, y ya en la puerta de la habitación, me dirijo a los adolescentes de la casa.

—Chicos, sé que habéis estado enfrentados por nuestra culpa y lo siento. Solo... no cometáis los mismos errores que nosotros. No os guardéis las cosas, ¿vale? No permitáis que el silencio se

interponga entre vosotros.

Intercambian una mirada. Apenas dura un par de segundos, pero no me puedo quitar la sensación de que hay algo entre estos dos.

—¿Silencio con Barbie? Más quisiera yo —bromea entonces Leo.

—Ya has oído a mi hermana —responde Diana—, voy a decirte lo idiota que eres cada vez que pueda.

Bajan las escaleras discutiendo y yo niego con la cabeza, pero no puedo evitar sonreír.

Escucho risas desde fuera. Me sorprende entrar a la buhardilla y encontrarme a mis padres inmersos en el puzle de las cinco mil piezas que estaba a medias. Supongo que algunas cosas sí pueden arreglarse.

—Cariño, ¿ya te vas? —pregunta mi madre al verme.

Mi padre se pone en pie.

—Te acerco al aeropuerto.

—No, no, gracias —respondo—. Vamos a dejar aquí las despedidas, por favor.

Me dedica esa sonrisa cálida que hace que me sienta mejor y me abraza.

—Te quiero mucho, princesa.

—Y yo a ti, papá.

Mi madre carraspea. Me aparto de mi padre.

—¿Y a mí me quieres?

Me río.

—Pues claro.

La abrazo. Su voz suena amortiguada al hablar.

—Siento haberte engañado para venir.

Me aparto y levanto las cejas.

—¿De verdad lo sientes?

—Bueno, un poquito.

Niego con la cabeza, pero vuelvo a abrazarla.

—Portaos bien, no me hagáis coger un avión para venir a echaros la bronca, ¿vale?

Mi padre pasa un brazo por los hombros de mi madre. Ambos sonríen, aunque los ojos de mi madre están brillantes por las lágrimas.

Me encamino hacia la puerta.

—Clara. —La voz de mi padre me obliga a girarme—. Sé que empezar un puzle nuevo puede parecer lo más fácil, pero la satisfacción de terminar el que tienes a medias es mucho mejor. Tienes todas las piezas, hija. Es el momento de que las hagas encajar.



48. SEBAS

Utilizo la música para ahogar mis pensamientos, pero esta tarde de diciembre es imposible. Cualquiera podría sugerir que estoy huyendo de nuevo, y puede que sea así. Pero Clara se va a Londres y no quiero estar en esa casa cuando se despida. No quiero ver cómo se aleja en un taxi. No quiero que mi última imagen de ella sea la de su cara tras el cristal de la ventanilla.

Por eso me he subido al coche y he arrancado sin tener ni puta idea de a dónde iba. Porque he intentado hablar con ella, pero no ha querido seguir escuchándome. De nada le han servido las explicaciones. Sigo siendo un mentiroso. Sigo siendo el que jodió lo nuestro y nunca fue a buscarla.

Sigo siendo el mismo gilipollas enamorado que decide apartarse del camino de la pelirroja que va a estar presente en cada paso del suyo.



49. CLARA

Mi abuelo me acaricia la cabeza y me abraza.

—Cómo te voy a echar de menos, mi niña.

—Y yo a ti, abuelo. ¿Me esperarás para morirme, no?

Echa un vistazo a Amparo, que aguarda su turno para despedirse de mí.

—Cuenta con ello. En primavera lo hablamos.

La mujer pone los ojos en blanco.

—Venga, vejestorio, me toca. —Me aparta de mi abuelo y me abraza—. Niña, eres tan cabezota como mi nieto, pero te entiendo. Necesitas tiempo.

—Amparo, yo no...

—Piensa todo lo que tengas que pensar —me interrumpe—. En caliente no se deben tomar decisiones, es cuando se cometen los errores.

Mi abuelo se ríe.

—Amparito, ¿eso lo dices por ti? Porque entonces eres reincidente.

—Sigue hablando, bocazas, y no llegas a primavera.

Él se atreve a darle un beso en la mejilla.

—Siempre tan pasional.

Ella se aparta, pero se ha sonrojado. Creo que esta dinámica de amor odio les da energía.

Estoy a punto de dejarlos con sus extrañas muestras de cariño para ir a buscar a la madre de Sebas, pero ella me encuentra antes. Sale con una bolsa de la cocina.

—Toma, cariño, por si te da hambre en el viaje.

Me dejo abrazar por ella.

—Gracias, Marisa.

—Siento mucho todo lo que ha pasado, Clara. Ojalá encontréis la forma de...

Niego con la cabeza.

—Por favor.

Ella alza las manos. Pienso en lo mucho que sus ojos oscuros me recuerdan a los de su hijo.

—Tienes razón, esto es cosa vuestra. Esta vez no nos meteremos.

—Permíteme que lo dude.

—Lo intentaremos, te lo prometo.

Le sonrío antes de coger la maleta y dirigirme a la puerta, donde el Uber ya lleva unos minutos esperando. Me giro una vez más antes de subir al coche, y descubro a todos en la puerta, con la mano en alto y miradas tristes.

Procuro transmitirles tranquilidad con mi sonrisa, pero estoy segura de que me conocen demasiado bien como para creerme. Son cotillas, escandalosos y metomentodo, pero también divertidos, generosos y cuidan siempre de los suyos. Son mi familia y no la cambiaría por nada del mundo.

Alejarme no es fácil, a pesar de que sea lo que necesito en este momento. En el trayecto me da tiempo a pensar más de la cuenta. En el pasado, en el presente, en los posibles futuros... ¿De verdad voy a ser capaz de seguir como si nada? Porque aún no me he ido de Valencia y ya me duele el pecho por la nostalgia.

¿Voy a obviar que, en realidad, Sebas nunca me engañó con otra? Me mintió durante mucho tiempo, pero... en el fondo, sé que no es lo mismo. Además, no puedo dejar de rememorar una y otra vez los últimos días. Sus sonrisas, sus besos, todo lo que hemos compartido en tan poco tiempo. Joder, me va a explotar la cabeza.

Bajo del coche convertida en un manojo de nervios y dudas. ¿Me voy a subir a un avión sin despedirme de él? ¿Me arrepentiré al llegar a Londres de haber sido tan impulsiva?

Arrastro la maleta hacia el interior del aeropuerto, que está bastante concurrido en estas fechas. La decepción me muerde el estómago al comprobar en el móvil que no tengo ni un mísero mensaje suyo. Y aunque sé que es lo que le he pedido, aunque sé que no tengo derecho a sentirme así, no puedo evitar pensar que de nuevo me deja marchar sin luchar.

Estoy llena de contradicciones, lo sé. Por eso es mejor que me vaya. Así que me encamino al control de equipajes y comienzo a poner los objetos en la cinta de forma mecánica. Uno, dos, tres. Tengo que distraerme para no volver al bucle de Sebas.

Cuando por fin estoy frente a la puerta de embarque, me siento y saco el sándwich que me ha preparado Marisa. No estoy demasiado hambrienta, pero quizá logre calmar un poco el revuelto de estómago que tengo.

Solo que en el fondo de la bolsa veo algo más. Lo saco, sorprendida y muerta de curiosidad.

—No me lo puedo creer —murmuro para mí misma al ver de qué se trata.

Tengo un nudo en el pecho del tamaño de mi puño. Se me escapa una lágrima traicionera mientras sonrío. Leo la nota que hay pegada encima.

«Sé que no hay nada que pueda decir para que me perdones, pero quiero que sepas que nunca he dejado de pensar en ti. Te quiero muy mucho, Ginger»

Y algo dentro de mí hace clic. Me parece que ya es hora de terminar el puzle.



50. SEBAS

De todos los sitios a los que podía ir en esta ciudad, elijo la playa en la que tantas veces he estado con ella. Pienso en las risas que compartimos en Nochebuena, en el frío que nos envolvía. En que aquí empezamos a acercarnos por fin. En el antes y el después de tantos momentos.

Clara tenía razón, no luché por ella. Desde el principio, me esforcé más en aprender a vivir sin tenerla a mi lado que en tratar de acercarme de verdad. Y ahora aquí estamos otra vez: ella a punto de coger un avión a Londres y yo con el corazón hecho putos pedazos.

Las lágrimas se me acumulan en los ojos. Podría decir que es por mirar el sol directamente, pero sería otra mentira. Supongo que es la costumbre, ¿no? Llevo mucho tiempo fingiendo que estoy bien, que todo el dolor ha quedado atrás, que tengo una vida que me llena en todos los sentidos.

Y una mierda. Eso va a ser imposible siempre que ella no esté.

De repente, el corazón me da un vuelco. Admitirlo por fin es como recibir un puñetazo en el centro del pecho. Me levanto de golpe. ¿Qué cojones estoy haciendo en esta playa cuando Clara aún está aquí? Si tengo que vivir sin ella, lo haré, pero será sabiendo que lo he intentado todo.

Necesito llegar al aeropuerto. Su avión sale en dos horas, quizá ya haya pasado el control, pero no voy a quedarme aquí lamiéndome las heridas sin hacer nada otra vez.

Me voy sacudiendo los pantalones cuando alzo la cabeza y la veo. Creo que se me corta la respiración en cuanto distingo su pelo rojo ondeando como una llamarada. ¿Está aquí de verdad o me lo estoy imaginando?

Me quedo clavado en el sitio, incapaz de moverme. Es ella la que comienza a arrastrar su maleta por los tablones de madera del paseo.

—¿Me vas a hacer meterme en la arena? —pregunta cuando llega al final.

Reacciono por fin y me apresuro en llegar hasta ella.

—¿Qué haces aquí?

—Mira, me apetecía mirar el mar una última vez antes de irme —suelta con sarcasmo. Me enseña el CD que le grabé ayer, ese que le he pedido a mi madre que le diera—. ¿Tú qué crees?

Ni siquiera me había fijado en que lo llevaba en la mano. Me pongo las gafas de sol.

—No podías irte a Londres sin darme las gracias por tremenda obra de arte, ¿no?

Ella tuerce una sonrisa.

—¿Un CD con nuestras fotos y canciones favoritas en la portada, Sebas? Y con *Flying Free* al final. Todo muy *millennial*. ¿Te ha ayudado Lucía?

Me rasco la nuca por hacer algo.

—Solo con la portada. Ella es la reina de los *collages*. —Me muerdo el labio—. Ni siquiera sé si tienes reproductor de CD.

Da un paso adelante.

—Eso ahora no importa.

—¿Y qué es lo que importa?

—Dímelo tú.

Vale, es el momento. Me está dando una oportunidad y no puedo desaprovecharla.

—He sido un idiota, Clara. No quería ser el responsable de cortarte las alas, no quería que con el tiempo yo no te pareciera suficiente para haber renunciado a tus sueños. No quería... que acabaras culpándome por tu infelicidad. —Trago saliva—. Y fue lo que pasó de todas formas.

Veo cómo aprieta el CD.

—Yo era feliz contigo y con la vida que tenía aquí —responde—. No me estabas cortando ningunas alas. Y aunque ahora sé que lo hiciste con buena intención, sigo sin entender cómo pudiste renunciar a lo que teníamos con esa facilidad.

—Créeme, fue de todo menos fácil.

—Seguiste con tu vida sin más. —Su tono de voz me transmite todo el rencor que tiene guardado—. Te mudaste a Madrid, perseguiste tus sueños... esos que pensabas compartir conmigo.

Atrapo sus manos. El CD se interpone entre nosotros.

—Tienes razón. La cagué y no hay vuelta atrás, lo sé. Todo el daño que nos hice ya no se puede borrar, pero te juro que nunca...

Me interrumpo. Joder, tengo un puto nudo en la garganta. Clara me suelta para quitarme las gafas, sé que quiere mirarme a los ojos, que quiere saber lo que escondí. Que no haya más secretos.

—¿Que nunca qué?

Acuno su rostro con mis manos. Admiro esos ojos azules, enrojecidos por las lágrimas contenidas, sus labios rosados, las pecas que salpican su nariz.

—Que nunca he dejado de quererte.

Me besa como única respuesta y yo la abrazo con fuerza, deseando que nunca se vuelva a alejar de mí. Al separarnos, nuestras narices se siguen rozando. Sonríe cuando le paso un mechón de pelo tras la oreja.

—Te juro que iba a ir a buscarte justo cuando has aparecido —confieso. Creo que es importante que lo sepa.

—¿Ibas a montar una escenita romántica?

—Iba a intentarlo.

—Estaba en la puerta de embarque. Habrías tenido que comprar un billete para pasar.

La miro, sorprendido.

—¿Y te has largado del aeropuerto sin más?

—¿Qué otra opción tenía? El CD ha sido determinante.

Mi carcajada se mezcla con el viento.

—No me puedo creer que haya funcionado.

Sus manos trazan círculos en mi nuca. Las mías bajan por su espalda y la atraen más hacia mí.

—No quería dejar el puzle a medias.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

Ahora es su risa la que nos envuelve y un escalofrío me recorre entero.

—Ver las fotos, leer tu nota... me ha hecho darme cuenta de que todo lo que hemos vivido, todo lo que siento por ti, es mucho mayor que el rencor. Que lo que nos une puede más que lo que nos separa.

—¿Significa eso que quieres que volvamos a intentarlo?

—Me estoy arriesgando a perder un avión por ti, ¿tú qué crees?

La levanto del suelo y la hago girar mientras ella se ríe y grita para que la baje. Cuando lo hago, la beso como si necesitara de su boca para respirar.

—Te llevo al aeropuerto, ¿no?

Me duele en el alma hacer esa pregunta, pero sé que tiene que volver a Londres.

—Sí, por favor. —Abre la cremallera de la mochila—. Pero antes...

Me entrega una bolsa.

—¿Y esto? —Saco lo que hay en el interior y la miro con las cejas levantadas, sorprendido.

—Para cuando vengas a verme. No es que la necesites conmigo —comenta con chulería—, pero así puedes ir documentándote un poco.

Es una guía de Londres. Sonrío tanto, que me duelen las mejillas.

—Creo que ya no odio Inglaterra.

Se cuelga de mi cuello y sonrío.

—Te quiero muy mucho, Dj idiota.

Paso mis dedos por su pelo rojo y me acerco a su cara. Nuestras frentes se tocan.
—Yo te quiero más, Ginger.



EPÍLOGO. CLARA

TRES SEMANAS DESPUÉS

El teléfono suena mientras me quito las botas. Veo la foto de Sebas en la pantalla y sonrío antes de descolgar la videollamada.

—Hola, Ginger. ¿Te pilló en mal momento?

Tiene la nariz algo roja y un gorro de lana cubriéndole la cabeza.

—La verdad es que no —respondo de camino al cuarto de baño—. Marta y Marc han cancelado los planes en el último momento, me estaba desvistiendo. ¿Qué tal la comida de hoy?

—Ya sabes, nuestros abuelos discutiendo, nuestros hermanos discutiendo...

Me río.

—Os echo de menos.

—Y nosotros a ti, preciosa. Tengo muchas ganas de verte.

—En un par de semanas estoy ahí, prometido.

—No sé si voy a poder esperar tanto. ¿Qué tal si me das un adelanto?

Enarco una ceja.

—¿Me estás pidiendo que te mande un vídeo guarro? Porque no pienso hacerlo.

Chasquea la lengua.

—Tenía que intentarlo.

—¿Dónde estás? Pareces congelado.

Tiene la cámara tan cerca de su cara, que no puedo ver lo que hay a su alrededor.

—He salido un momento. Me he quedado sin...

De repente, suena el timbre del apartamento, interrumpiendo nuestra conversación.

—Perdona un momento, cielo. Ahora me dices sin qué te has quedado.

Me dirijo hacia la puerta principal. Se me cae al suelo el teléfono en cuanto la abro.

Sebas está delante de mí con el suyo en la mano y ese gorro gris que le sienta tan bien.

—Sin ti —dice de pronto, dejando caer la mochila al suelo—. Me he quedado sin ti, Ginger.

Y ya no lo aguantaba más.

Me lanzo sobre él y me atrapa al vuelo. Rodeo su cintura con mis piernas y lo beso en los labios, las mejillas, los ojos. Tiene la nariz congelada.

—¿Qué haces aquí?

—Ya me he terminado la guía.

Rompo a reír.

—Espera... ¿Marc sabía esto?

Esboza esa sonrisa canalla que tanto me gusta.

—Necesitaba un cómplice.

Coge su mochila, conmigo todavía en sus brazos, y entra en el apartamento dando un portazo a su espalda. Me deja caer sobre el sofá, se quita el gorro y se pone encima de mí para seguir besándome. Sus manos descienden por mi vientre y mis muslos.

—Del uno al diez —comienzo a decir—, ¿cuántas ganas tienes de ver Londres este fin de semana?

Sus dientes atrapan mi labio inferior.

—¿En comparación con tu habitación? Cero.

Agarro con fuerza las solapas de su chaqueta y lo atraigo de nuevo hacia mí.

—Me parece que el Big Ben va a tener que esperar.

Sus dedos acarician mi mejilla.

—Tenemos toda la vida por delante, Ginger. Para recorrer Londres y el mundo entero. —Sus labios apenas rozan los míos—. Lo único que me importa es hacerlo contigo de la mano.

Me sonrío de esa forma que me hace entender que, sea en el lugar que sea, me sentiré en casa si estoy con él.

Mi beso es una promesa de que no pienso soltarlo nunca más.

AGRADECIMIENTOS

Cuando empecé a escribir esta historia, tenía en mente esas películas navideñas que se disfrutaban un domingo por la tarde tomando un chocolate caliente bajo una manta.

Quería divertirme y dejarme llevar por el caos que pueden llegar a ser las cenas familiares en esa época del año. Pero también por la emoción de los reencuentros, cuando abrazas a un ser querido después de mucho tiempo sin verlo.

Y hablando de seres queridos, quiero dar las gracias a los míos por su apoyo incondicional.

A Iván, por escucharme y ayudarme siempre en todo (y por unir las piezas para que esta historia tenga portada).

A mis increíbles lectoras beta, a las que adoro. María, Sam, Raquel... tengo una suerte increíble de poder contar con ellas para aconsejarme, aguantarme y querer a mis personajes.

A mi familia y a todos los que siempre se alegran por mí.

A mis compañeras de letras y a todas las personas que me apoyan y me transmiten su cariño, sea en persona o en la distancia.

A ti, que me has dado la oportunidad.

La Navidad tiene algo de mágico. Y me gusta pensar que, por muchas dificultades que surjan, siempre habrá momentos para bailar una canción de los Backstreet Boys o brindar por otro año juntos.

SOBRE LA AUTORA

Nací en Valencia en 1988. Cuando era pequeña, soñaba con ser pintora y egiptóloga, pero la vida quiso que acabara diplomándome en Turismo.

Me encantan los días nublados y el plan de peli y manta. Mi serie favorita es *Friends* y nunca digo que no a un McDonald's.

Puedo comunicarme a base de memes y *gifs* y, cuando me gusta una canción, la repito hasta quemarla.

Escribir me hace feliz. Me lancé a plasmar sobre el papel una historia que bailaba en mi cabeza hace ya unos cuantos años. Desde entonces, no he podido dejarlo.

Adicta a las novelas románticas, siento especial debilidad por las protagonistas reales, divertidas e imperfectas.

Puedes encontrarme en:

Instagram: @lopafie

Twitter: @LorenaPachecoF

Facebook: @LorenaPacheco.autora

Puedes encontrarme en:

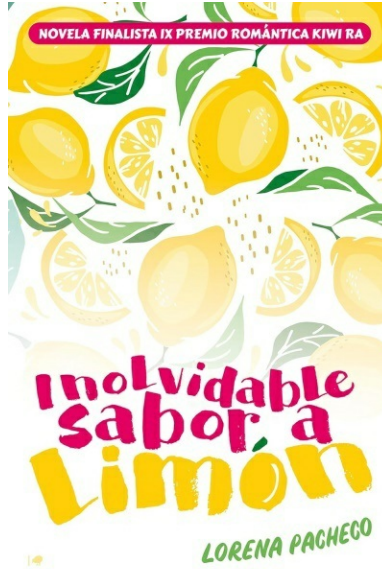
Instagram: @lopafie

Twitter: @LorenaPachecoF

Facebook: @LorenaPacheco.autora

OTROS TÍTULOS

Inolvidable sabor a limón



Ahora que se ha quedado sola, Noa siente que ha llegado el momento de salir de Madrid. Con una postal de hace más de veinte años en una mano y un sobre que tiene miedo de abrir en la otra, busca consuelo en un pueblecito de la costa amalfitana que su padre adoraba. Positano está lleno de vida y color. De un mar que promete lamer sus heridas, pero también de personas maravillosas. Amigos que se convierten en familia y un chico que, como la limonada que vende a pie de playa, puede ser una mezcla amarga y dulce y... tal vez algo más. Noa guarda un secreto, pero no es la única. Y pronto tendrá que enfrentarse a la realidad que le espera cuando llegue septiembre. Mientras tanto, ¿por qué no disfrutar del mejor verano de su vida?

Serie De Mierda

Mierda en mis tacones



Cuando el guapo y millonario jefe de Raquel, con el que además se acuesta, le pide que vaya a un pequeño pueblo de Alemania para abrir un nuevo hotel, ella no puede negarse.

Pronto se dará cuenta de que aquello no se parece en nada a su amada Barcelona. No le quedará más remedio que aprender a lidiar con animales de granja, lugareños de lo más pintorescos y el insufrible encargado de las obras, dispuesto a sacarla de quicio a la mínima ocasión.

Los tacones de Raquel no están hechos para pasearse por el culo del mundo, pero esta chica con carácter y sin pelos en la lengua no se rinde jamás.

Le espera una experiencia que pondrá a prueba su fortaleza, pero que la ayudará a encontrarse a sí misma.

Porque a veces es necesario llenarte de mierda para conseguir lo que quieres.

Mierda en mis zapatillas



Cuatro años atrás, Hanna se fugó con un hombre mayor. Ahora regresa con el orgullo herido y la intención de retomar las riendas de su vida. No será fácil. El rechazo de su hermano, la actitud prejuiciosa de los lugareños y sus propias inseguridades le harán la vida imposible, incluso cuando un nuevo amor llame a su puerta.

Dependerá de ella ganarse el perdón que añora y lograr reconectar con su pasado. Por suerte, cuenta con la ayuda de Raquel, la novia de Burke, y la mejor terapeuta del pueblo: la vaca Matilda.

La oveja negra ha vuelto a casa, y sus zapatillas aún tienen mucha mierda que pisar.

Mierda en mis botas



Axel siempre ha sabido quién era: un conquistador nato con el ego por las nubes. Pero algo ha empezado a cambiar. ¿Y si ir de cama en cama ya no le parece tan divertido? ¿Por qué ha soñado con la novia de su hermano? ¿Por qué envidia lo que ellos tienen? ¿Y por qué se hace todas esas preguntas?

Xenia, una española de ojos oscuros, irrumpe en su vida por casualidad. Ella parece ser el reto que necesita para volver a ser él mismo. Axel siente que, si la morena cae en sus redes, podrá dejar atrás su recién descubierta inseguridad y ese vacío que le oprime el pecho.

Hay una boda que preparar y una despedida de soltero. Seguro que Barcelona le va bien para desconectar.

O, tal vez, para liarse aún más.

Llegó el turno del gemelo irreverente y gamberro. Ya es hora de que sus botas recorran un camino nuevo y descubra partes de él que desconocía.

¿Lo acompaña en este último viaje lleno de locuras con las personas que más quiere?

Un final para Chloé



Lo único constante en la vida es el cambio.

Cuando Julien llegó a París en busca de inspiración, nunca imaginó que las cosas podrían torcerse tanto. Ha transcurrido más de un año desde que pasó de ser un escritor de éxito a alguien desgraciado que intenta ahogar la culpa y la frustración en litros de alcohol.

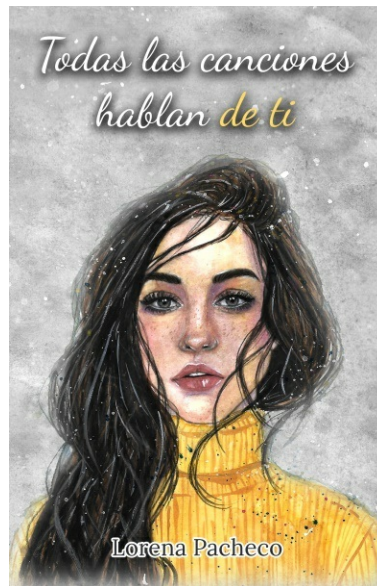
Y justo cuando empieza a asumir que cada día de su vida será igual al anterior, aparece ella: Chloé. La camarera que siempre ha soñado con ser bailarina. La chica de la boina roja, con su mirada despierta de color turquesa y esa sonrisa resplandeciente.

Ella es la chispa que estaba buscando.

Ella es la luz en medio de la oscuridad.

Serie Canciones y Desastres

Todas las canciones hablan de ti



Daniela tiene una promesa que cumplir. A pesar de sentirse rota y perdida, y de tener que llevar unas botas que pertenecieron a otros pies, lo único que le importa es el deseo de cumpleaños de alguien a quien no puede fallar. Pero incluso en un viaje planificado a la perfección puede ocurrir algo que lo cambie todo.

Un fin de año en Edimburgo.

Un chico con voz de ángel.

El destino.

El fin del mundo.

Y unas notas arrastradas por el viento que pueden salvar a una chica de ojos grises de la oscuridad.

Todos los desastres que guardas para mí



Tal vez el destino de Lara no era mudarse a Edimburgo, pero cuando se le presentó la oportunidad, no la dejó escapar. Salir de Valencia fue como volver a respirar con normalidad. Meses después, con su amiga Daniela de nuevo a su lado, y tras haber terminado una relación complicada, empieza a sentir que todo vuelve a encajar. Pero no contaba con una nueva pieza del puzzle: el chico de ojos azules que el karma pone en su camino, con el que se verá obligada a llevarse bien. Con esa sonrisa encantadora capaz de arrastrarla a un desastre tras otro.

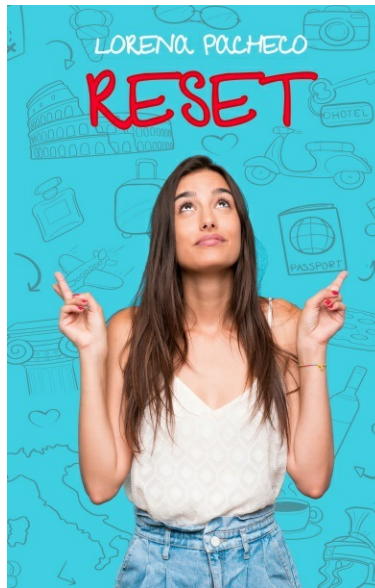
¿Qué puedes hacer cuando alguien consigue colarse en tu corazón sin que apenas te des cuenta?

Un viaje entre amigos por las *Highlands*.

La búsqueda de un monstruo.

Y la certeza de que todo ha cambiado para siempre.

Reset



A Berenice le han roto el corazón. Creía que él era el amor de su vida y, sin previo aviso, va y le suelta que ha conocido a otra. Así, sin más, con todo el morro del que disponía hasta la fecha.

Tras múltiples intentos fallidos por reconstruir su existencia, Berenice por fin encuentra lo que parece la solución definitiva. Arriesgada e increíble, la operación *Reset* puede ser la puerta hacia una vida mejor, ¿pero está dispuesta a correr el riesgo?

Una escapada a Roma, la aparición de un fotógrafo irresistiblemente atractivo y la oportunidad de empezar de cero pondrán a prueba su decisión. Divertida y disparatada, *Reset* es una historia sobre lo difícil que es olvidar y pasar página, incluso haciendo trampas.

La magia de diciembre (con María Viqueira)



Abril y Roma acaban de perder a su abuela. Cuando viajan a Canadá para la despedida, descubren que tenía una sorpresa para ellas: un viaje diferente para cada una.

Abril está tratando de encontrar su lugar en el mundo. La última vez que se sintió completamente feliz fue hace años, durante un Erasmus en Inglaterra. Allí conoció a Julia, su mejor amiga, que vive en Quebec. También conoció a Noah, su otro mejor amigo hasta que, de la noche a la mañana, él se distanció.

Por eso, cuando su abuela le regala un billete rumbo a esa ciudad, está convencida de que lo hace por Julia. No sabe que, en realidad, le espera alguien más.

Roma trata de demostrarse que puede valerse por sí misma. Su billete esconde una aventura: el mismo viaje en tren que hizo la abuela siendo joven. Roma se cree una chica dura, pero un anciano adorable, una pareja de mamás y unos niños piratas le demostrarán lo contrario. Sobre todo, un atractivo fotógrafo que no consigue apartar de ella el objetivo de su cámara.

Dos historias cortas con la Navidad de fondo, repletas de nieve, de aprendizaje y de amor. ¿Será cierto que existe la magia de diciembre?